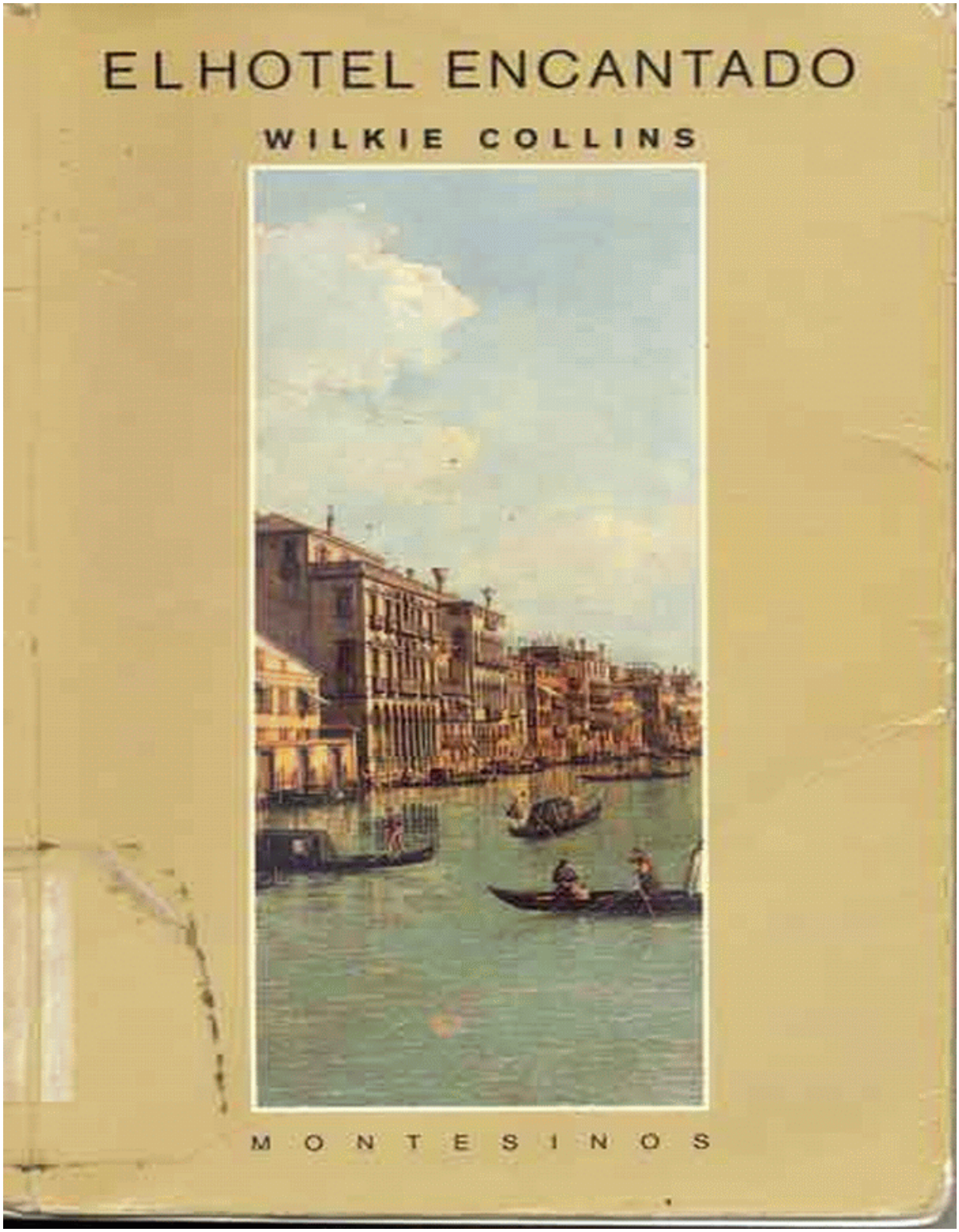
# El hotel encantado
## William Wilkie Collins




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Hacia 1860, la reputación del doctor Wybrow, médico londinense, había llegado a su apogeo. Se decía que las rentas de las que disfrutaba gracias al ejercicio de su profesión eran las más altas que jamás médico alguno había obtenido.

Una tarde, a finales de julio, cuando el doctor había dado fin a su almuerzo tras una mañana intensa en su consultorio, y con una enorme lista de visitas para efectuar fuera de su domicilio que deberían ocuparle el resto de la jornada, el criado le anunció que una dama deseaba verle

-¿Quién es? -preguntó el doctor-. ¿Una desconocida?

-Sí, señor.

-No recibo desconocidos fuera de las horas de consulta. Dígale a qué hora puede volver y despídala.

-Ya se lo he dicho, señor.

-¿Bien... y qué?

-Que no quiere irse.

-¿Que no quiere irse? -Y el doctor sonrió al repetir las mismas palabras. A su manera, poseía un agudo sentido del humor, y en aquella situación había un aspecto absurdo que le divertía-. ¿Por lo menos ha dado su nombre esa obstinada señora? -preguntó.

-No, señor; no ha querido darlo... dice que no puede esperar, que el asunto es demasiado importante para aplazarlo. Está en la consulta, y no se me ocurre como echarla.

El doctor Wybrow reflexionó unos instantes. Su conocimiento de las mujeres (profesionalmente hablando) se apoyaba en una experiencia de más de treinta años; las había conocido de todas clases, especialmente de aquella que ignora por completo el valor del tiempo y que no vacila jamás en escudarse tras los privilegios de su sexo. Una mirada al reloj le convenció de que no podía demorar su excursión cotidiana a los hogares de sus enfermos. Decidió tomar la única resolución que le permitían las circunstancias. En pocas palabras: intentó escapar.

-¿Está el coche en la puerta? -preguntó.

-Sí, señor.

-Muy bien. Abra la puerta de la calle sin hacer ruido y deje a esa señora en la sala todo el tiempo que quiera. Cuando se canse de esperar le dice que ceno en el club y que luego iré al teatro. Y ahora, Thomas, despacito. Si hace ruido estoy perdido.

Y evitando ser oído tomó el camino de la escalera seguido de Thomas, que andaba de puntillas. ¿Sospechaba algo la dama que aun estaba en el salón? ¿Crujieron los zapatos de Thomas y ella tenía un oído extraordinariamente fino? Fuera como fuere, cuando Wybrow pasaba por delante de la puerta de la sala de espera ésta se abrió y apareció una dama que puso una mano sobre el brazo del doctor.

-Le ruego, caballero, que no se vaya sin haberme oído antes.

El acento era extranjero; el tono decidido y firme. Sus dedos asían suave, pero resueltamente, el brazo del médico.

Ni su lenguaje ni su acción produjeron en el doctor el menor efecto capaz de detenerle. Lo que le hizo hacerlo en el acto fue la muda petición inscrita en su rostro. El notable contraste entre la palidez cadavérica de su cara y la extraordinaria vida de sus grandes ojos negros, de brillos metálicos, le dejaron literalmente hipnotizado. Vestía de oscuro, pero con sumo gusto; era de mediana estatura y no aparentaba tener más de treinta o treinta y dos años. Su nariz, su boca y su barbilla eran finas y de formas

delicadas, como las que se encuentran con mayor frecuencia entre las mujeres extranjeras que entre las inglesas. Era indiscutiblemente hermosa, con el solo defecto de su terrible palidez, y el menos perceptible de la ausencia de ternura en la expresión de sus ojos. Aparte de la primera impresión de sorpresa, el sentimiento que produjo en el doctor puede describirse como una punzante curiosidad profesional. El caso podía proporcionarle algo enteramente nuevo en su práctica médica.

-Si es así -pensó-, nada se pierde en esperar.

La dama comprendió que había causado en él una fuerte impresión, y retiró su mano.

-Usted ha consolado a muchas mujeres desgraciadas en su vida -dijo-. Hoy me toca a mí.

Y sin esperar la respuesta, se introdujo en la sala.

El doctor la siguió y cerró la puerta. La colocó en la butaca destinada a los enfermos, frente a la ventana. Un sol estival penetraba por los cristales, hermoso y brillante, ignorando que estaba en Londres. La luz radiante la envolvió por completo. Sus ojos la afrontaron imperturbables, con la inflexible fijeza de los de un águila. La palidez de su rostro parecía más intensa que nunca. Por primera vez en su vida, el doctor sintió como se aceleraban sus pulsaciones en presencia de un enfermo.

Tras haber logrado que la escuchase parecía, cosa muy extraña, no tener nada que decir al médico. Una singular apatía se había apoderado de aquella mujer resuelta. Forzado a hablar primero para romper el hielo, el doctor le preguntó en qué podía servirla.

El sonido de su voz pareció despertarla. Con la mirada aún fija en la luz, dijo bruscamente:

-He de hacerle una pregunta embarazosa.

-¿De qué se trata?

Los ojos de la dama fueron despacio de la ventana al rostro del médico. Con voz calmada planteó la pregunta embarazosa en estos extraordinarios términos:

-Quiero saber si corro peligro de volverme loca.

Cualquier otro se hubiese reído para sus adentros, o quizá se hubiese sentido alarmado. El doctor Wybrow tan sólo experimentó una decepción. ¿Era aquel el caso raro que se había prometido, juzgando temerariamente por las apariencias? ¿Iba a ser aquella nueva paciente tan sólo una hipocondríaca, cuya dolencia resultaría ser un desarreglo del estómago o simple debilidad mental?

-¿Y por qué ha venido a consultarme a mí? -le preguntó secamente- ¿No es mejor que acuda a un especialista en enfermedades mentales?

La respuesta no se hizo esperar.

-Si no lo he hecho es porque no me convenía un especialista... tienen el fatal hábito de juzgarlo todo desde el punto de vista de su especialidad. Acudo a usted porque su casa es una excepción a la regla general, y también porque usted tiene fama de descubrir las dolencias más misteriosas. ¿Está satisfecho?

Estaba más que satisfecho. La primera idea, después de todo, había resultado correcta. Además, estaba perfectamente dotado en cuanto a sus habilidades científicas. Su especialidad, que tanto dinero y fama le había proporcionado, era precisamente la de descubrir enfermedades insospechadas. En eso no tenía rival entre sus colegas.

-Estoy a sus órdenes -dijo-. Veamos si es posible saber de lo que se trata.

La sometió a un prolijo interrogatorio. Todo fue pronta y claramente contestado, y el doctor sacó en consecuencia que la salud de aquella extraña dama, mental y físicamente, estaba en perfectas condiciones. No satisfecho con las preguntas, examinó cuidadosamente los principales órganos responsables de la vida. Ni su mano ni el estetoscopio descubrieron nada que señalase la menor alteración. Con la admirable paciencia y el tacto que le habían distinguido desde que era estudiante, procedió a una exploración tras otra. El resultado fue siempre el mismo. No sólo no se advertía ninguna tendencia al padecimiento de trastornos mentales, sino que ni tan siquiera se detectaba el menor desarreglo del sistema nervioso.

-No encuentro nada que justifique sus temores -dijo-. Ni hallo una explicación a su extraordinaria palidez.

-La palidez no significa nada -replicó con impaciencia la desconocida-. Siendo niña escapé milagrosamente de la muerte a causa de un envenenamiento. Desde entonces no he recuperado el color, y mi tez es tan delicada que no puedo ponerme afeites sin que me salga un sarpullido. Pero esto es lo de menos. Yo necesito una opinión definitiva. La verdad, yo creía en usted, pero he sufrido una decepción -inclinó la cabeza sobre su pecho-. ¡Y así acaba todo esto!- dijo amargamente.

El doctor se sintió impresionado. Aunque tal vez sería más acertado decir que su orgullo profesional estaba un poco herido.

-Puede acabar de otro modo -dijo-, pero usted tendría que ayudarme.

Ella le miró con ojos centelleantes.

-Hable claro -dijo-. ¿Cómo puedo ayudarle?

-Francamente, señora mía, usted se me presenta como un enigma, y pretende que yo me las componga como pueda dentro de los límites de mi arte... éste puede ser grande, pero no lo es todo. Por ejemplo... puede haber ocurrido algo, algo que no tenga relación con su salud corporal pero que puede haberla alterado. ¿No es así?

Ella juntó las manos.

-¡Así es! -exclamó con vehemencia- ¡Empiezo a creer en usted de nuevo!

-Muy bien. Pero no puede pretender que yo descubra la causa moral que la ha trastornado. Sé que no hay causa material... Si usted no deposita en mí su confianza, no puedo hacer otra cosa.

La desconocida se levantó y dio unos pasos por la sala.

-Tendré confianza -dijo-; pero no mencionaré nombres.

-Ni hay necesidad. Sólo necesito conocerlos hechos.

-Los hechos no significan nada-contestó ella-. Pero le confesaré mis impresiones... seguramente me juzgará loca y soñadora cuando las oiga. No importa. Haré lo que pueda por satisfacerlo, y empezaré por los hechos. Pero créame, los hechos no le ayudarán mucho.

Se sentó de nuevo. De la manera más simple posible, comenzó a contar la historia más extraña que jamás oyera el doctor en toda su vida.

# II

-Por lo pronto soy viuda, doctor -dijo-. Ése es un hecho; el otro es que me vuelvo a casar dentro de una semana.

Aquí se detuvo y sonrió; alguna idea cruzaba por su mente. El doctor Wybrow no quedó favorablemente impresionado por esta sonrisa: había en ella algo a la vez triste y cruel. Iniciada lentamente, había desaparecido de pronto. El doctor empezó a preguntarse si no hubiera hecho mejor huyendo. Apesadumbrado, se acordó de sus enfermos y de las dolencias que le aguardaban.

La desconocida continuó.

-Mi próximo matrimonio está relacionado con una embarazosa circunstancia. El caballero del que voy a ser esposa estaba comprometido con otra dama cuando me conoció en el extranjero. Esa otra es su prima. Inocentemente le he robado el cariño de su amante y he destruido sus esperanzas. Y digo inocentemente, porque nada me había dicho de su compromiso con ella antes de que yo le diera mi consentimiento. Sólo me lo confesó cuando nos reunimos en Inglaterra y él se dio cuenta de que yo podría enterarme. Me indigné, naturalmente. Me presentó sus excusas: me enseñó una carta de su prima en la que le devolvía su libertad y su palabra. Carta más noble y discreta no la he leído en mi vida. ¡Lloré al leerla... yo, que no tengo lágrimas para mis propias penas! Si en la carta ella hubiese dejado entrever alguna esperanza de reconciliación, yo me hubiese retirado. Pero su firmeza... sin ira, sin un reproche, deseándole a aquel hombre infiel que alcanzara la felicidad... Él imploraba mi compasión, insistía en lo mucho que me amaba. Usted sabe como somos las mujeres. Me estremecí y le escuché: sí. Así terminó. Dentro de una semana -tiemblo al pensarlo estaremos casados.

Y temblaba realmente: tuvo que detenerse un momento antes de continuar. El doctor, impaciente, empezó a temer que la historia fuera interminable.

-Perdóneme si le recuerdo que hay enfermos que me esperan -dijo-. Cuanto antes vaya usted al asunto, mejor para todos.

En los labios de la dama apareció de nuevo aquella triste y cruel sonrisa.

-Todo lo que le he dicho va al asunto -contestó-. Lo comprobará enseguida.

Y reanudó su relato.

-Ayer... no tema, no voy a extenderme mucho. Ayer yo había sido invitada a almorzar en casa de cierta dama. Una señorita, desconocida para mí, llegó a última hora, cuando ya habíamos abandonado la mesa y pasado al salón. Se sentó a mi lado y nos presentaron. Supe su nombre, de igual modo que ella supo el mío. Se trataba de la mujer a quién yo había robado su prometido; la misma mujer que había escrito aquella noble carta. Y ahora, présteme atención, no se impaciente. Debo manifestarle que yo no sentía la menor inquina hacia la joven que estaba a mi lado. La admiraba; y ella tampoco tenía nada que reprocharme. Esto último es muy importante, como verá. Yo estaba segura de que le habrían explicado el asunto tal y como era, y que ella habría admitido que yo no merecía censura alguna. Y a pesar de todo ello, al levantar los ojos y tropezar con los de aquella mujer mi

cuerpo se heló de pies a cabeza; temblaba y sentía escalofríos. Por primera vez en mi vida experimenté un pánico mortal.

El doctor comenzó a sentirse interesado.

-¿Había algo singular en el aspecto de esa señorita? -preguntó.

-¡Nada en absoluto! -fue la vehemente respuesta-. Su descripción corresponde a la de muchas damas inglesas: ojos azules, fríos y claros, tez blanca y sonrosada, maneras corteses y distantes, labios rojos, mentón redondeado; nada especial.

-¿Notó algo en su expresión la primera vez que la sorprendió mirándola?

-Tan sólo la que despierta, en cualquier mujer, aquélla por la que ha sido abandonada; y quizá algo de asombro por no ser yo, quizá, tan bella como ella debía suponer; pero siempre dentro de los límites de la buena educación, y durante pocos segundos, creo. Y digo esto porque la horrible agitación que me atenazaba no me permitía juzgar serenamente. ¡Si hubiera podido acercarme a la puerta habría huido, tan asustada estaba! Ni siquiera pude permanecer de pie; me dejé caer en mi silla, aniquilada de horror ante aquellos ojos azules que me miraban con amabilidad y sorpresa. Pero a mí me parecían los de una serpiente. Veía en ellos su alma, y cómo escudriñaba hasta el fondo de la mía. ¡Ésa era mi impresión, con todo lo que tiene de terrible y de locura! Esa mujer está destinada, sin saberlo, a ser el genio maléfico de mi vida. Sus inocentes ojos ven en mí una capacidad de hacer el mal que yo desconocía, pero que se despierta bajo su mirada. Si cometo alguna falta de hoy en adelante... incluso si llegase a perpetrar un crimen... ella lo habrá provocado, aunque haya sido sin pretenderlo. En un instante, indescriptible, comprendí todo esto... y supongo que mi rostro lo expresaba. Aquella cándida criatura se sobresaltó. "Me temo que hace aquí un calor excesivo. ¿Quiere mi frasco de sales?" La oí pronunciar aquellas amables palabras y me desvanecí. Cuando recobré el sentido, todos los comensales se habían ido; sólo la dueña de la casa estaba a mi lado. Al principio fui incapaz de articular palabra; la terrible impresión que he tratado de describirle regresó vívidamente a mi memoria. Tan pronto como pude hablar le supliqué que me hablase de la mujer a quien yo había suplantado. Verá, tenía la pequeña esperanza de que aquel buen carácter no fuera el suyo, que su noble carta fuera un modelo de hipocresía... en suma, que secretamente me odiara aunque fuera lo bastante astuta como para disimularlo. ¡Pero no! La dueña de la casa la conocía desde su niñez, se querían como hermanas... sabía que era tan buena, tan inocente, tan incapaz de odiar a nadie como el mejor de los santos que jamás haya existido. Mi última esperanza había sido destruida. Sólo podía hacer una cosa, y la hice. Fui en busca de mi prometido y le supliqué que me relevase de mi compromiso. Rehusó. Le declaré que recobraría mi libertad sin contar con su consentimiento. Me enseñó cartas de sus hermanos, de sus amigos, suplicándole que lo pensara mucho antes de hacerme su esposa; le contaban supuestas aventuras mías en Viena, París y Londres... un grosero tejido de falsedades. "Si te niegas a casarte conmigo", me dijo, "estarás admitiendo que estas acusaciones son ciertas. ¿O es que temes enfrentarte a la sociedad como mi esposa". ¿Qué podía contestarle? Tenía razón; persistiendo en mi negativa mi reputación estaba perdida. Consentí en que la boda se celebrara en el día fijado. Ha pasado una noche, y estoy aquí para hacerle esta pregunta al único hombre que puede contestarla: Por última

vez ¿soy un demonio que ha visto al ángel vengador, o sólo una pobre loca, alucinada por una mente desequilibrada?

El doctor Wybrow se levantó dispuesto a dar por finalizada la entrevista. Lo que había oído le había causado una fuerte y penosa impresión. Cuanto más escuchaba, más terreno ganaba en su espíritu la convicción de que aquella mujer era perversa. En vano quiso pensar en ella como una persona digna de compasión, dotada de una viva y mórbida imaginación, consciente de que la capacidad para el mal duerme en todos nosotros, y que se esforzaba ardientemente en actuar a contracorriente de sus mejores sentimientos; el esfuerzo era superior a él. Un maligno instinto le gritaba al oído: "¡Cuidado con creerla!"

-Ya le he dado mi opinión -dijo-. No hay signo ninguno de desarreglo mental o de algo que haga temerlo. Por lo que respecta a las impresiones que usted me ha confesado, únicamente puedo decirle que su caso es de los que necesitan consejos espirituales mejor que médicos. De una cosa puede usted estar segura... lo que usted ha dicho aquí queda en el mayor secreto.

La dama le escuchó con ceñuda resignación.

-¿Eso es todo? -preguntó.

-Esto es todo.

Puso unas monedas sobre la mesa.

-Gracias, caballero -dijo-. Ahí tiene usted sus honorarios.

Y diciendo eso se levantó. Sus negros ojos miraban vagamente hacia algún lejano horizonte. Sus mirada era retadora, pero también desesperada. El doctor desvió la vista, incapaz de soportar aquella visión.

La sola idea de quedarse con algo suyo -no sólo dinero, sino cualquier cosa que ella hubiese tocado-, le sublevó. Sin mirarla, señaló el dinero.

-Recójalo. No tiene porqué pagarme.

La desconocida no le hizo caso. Fija la mirada, Dios sabe dónde, dijo lentamente, como si hablase consigo misma:

-Dejemos que llegue el fin. He luchado contra él; me someto.

Se echó el velo sobre la cara, hizo una ligera inclinación con la cabeza y salió de la sala.

El doctor agitó la campanilla y la siguió hasta el vestíbulo. Cuando el criado cerró la puerta, sintió de súbito una curiosidad irresistible. Enrojeciendo como un niño, ordenó:

-Síguela hasta su casa y procura averiguar su nombre.

Durante un instante el sirviente se quedó mirando a su patrón sin dar crédito a sus oídos. El doctor le señaló la puerta en silencio. El criado, ante el mudo mandato, tomó el sombrero y salió presuroso.

El doctor Wybrow regresó al consultorio. Diversos sentimientos convulsionaban su mente. ¿Es que aquella mujer había infectado de maldad su casa, contagiándole su perversidad? ¿Qué espíritu diabólico le había impulsado a degradarse así a los ojos de su sirviente? Se había conducido como un bellaco pidiéndole a un hombre que le servía fielmente desde hacía tantos años que se convirtiese en espía. Herido por ese pensamiento corrió al vestíbulo y abrió la puerta. El criado había desaparecido; era ya tarde para hacerle volver. Sólo podía hacer una cosa para obviar el desprecio que sentía por sí mismo: refugiarse en el trabajo. Subió al coche y empezó su ronda de visitas.

Si la reputación del famoso médico hubiera podido resentirse alguna vez, aquélla hubiese sido la indicada para ello. Jamás había sido tan poco

perspicaz a la cabecera de sus pacientes. Jamás antes había dejado para mañana extender una receta o efectuar un diagnóstico.

Regresó a su casa más temprano que de costumbre, indeciblemente descontento de sí mismo.

El criado había vuelto. La vergüenza impidió que el doctor lo interrogara, pero el sirviente comunicó lo averiguado sin necesidad de que se le preguntara.

-Se trata de la condesa Narona. Vive en...

Sin esperar a oír donde vivía, el doctor asintió inclinando la cabeza y entró en el consultorio. El dinero que en vano había rehusado estaba sobre la mesa. Lo introdujo en un sobre y escribió sobre éste: "Para los pobres". Llamando al criado, le encargó lo depositase en la parroquia vecina a la mañana siguiente. Fiel a sus deberes, Thomas le hizo la pregunta de costumbre.

-¿El señor cena hoy en casa?

Tras vacilar un instante, contestó negativamente. Cenaría en el club.

De todas las cualidades morales, la que más fácilmente se descompone es la llamada "conciencia". En ocasiones la conciencia es el juez más severo para el hombre; en otras, él y su conciencia conviven en los mejores términos, como cómplices. Cuando el doctor Wybrow salió de su casa por segunda vez, ni siquiera trató de ocultarse que el único motivo que le llevaba a cenar al club era oír lo que el mundo sabía de la condesa Narona.

# III

Hubo un tiempo en que la murmuración sólo podía encontrarse entre las mujeres. Hoy los hombres la manejan perfectamente, y el mejor lugar para ello es el salón de fumadores de un club privado. El doctor encendió un cigarro y echó una mirada en derredor. La sala estaba llena, pero las conversaciones languidecían. Mas, cuando preguntó si alguien conocía a la condesa Narona, el silencio se trocó en asombro. ¡Jamás nadie (y todos convinieron en ello) había hecho pregunta más absurda! Cualquier persona, por poco de mundo que fuese, conocía a la condesa. Aventurera, con una reputación de las más equívocas de toda Europa: tal era la descripción que se hacía de aquella mujer de palidez cadavérica y ojos centelleantes.

Descendiendo a lo concreto, cada miembro del club aportó su grano de arena al montón de escándalos a que había dado lugar la condesa. Era dudoso que se tratase, como ella aseguraba, de una dama dálmata. También era dudoso que hubiera llegado a casarse con el conde, cuyo nombre llevaba y del que se decía viuda. Era dudoso, además, que el hombre que siempre la acompañaba, y que se hacía llamar barón de Rivar y se presentaba como su hermano, fuese tal barón ni tal hermano.

Los rumores señalaban al barón como un tahur conocido en todos los garitos del continente. Las maledicencias aseguraban que su supuesta hermana había escapado milagrosamente de los tribunales de Viena acusada de complicidad en un envenenamiento; que en Milán se decía que había actuado como espía en favor de Austria; que su casa, en París, había sido denunciada a la policía por violar la prohibición del juego, y que su estancia en Inglaterra obedecía al descubrimiento de ese delito. Sólo uno de los presentes la defendió, señalando que su vida y acciones habían sido cruelmente desfigurados. Pero como aquel paladín era de profesión abogado, su defensa no convenció a nadie; además, su actitud correspondía al espíritu de llevar siempre la contraria que distingue a la gente de la toga. Habiéndosele preguntado por las circunstancias en las cuales la condesa iba a casarse, el abogado respondió de modo categórico que las creía altamente honrosas para ambos y que consideraba al futuro esposo un hombre digno de envidia.

Tras oír esto, el doctor despertó de nuevo el asombro de los reunidos al preguntar el nombre del hombre que iba a desposar a la condesa.

Sus amigos decidieron unánimemente que el doctor acababa de llegar de la luna, donde debía llevar viviendo al menos veinte años. En vano se excusó con cargo a los deberes de su profesión, asegurando que no disponía ni de tiempo ni de ganas para frecuentar salones y recoger sus habladurías. Un hombre que no sabía que la condesa Narona le había pedido dinero prestado a lord Montbarry, en Hamburgo, fascinándole luego hasta el punto de que milord pidiese su mano, era seguro que tampoco habría oído hablar del propio Montbarry. Los jóvenes socios, siguiendo la broma, enviaron a un criado a por el "Anuario de la Nobleza" y leyeron lo concerniente al caballero en cuestión, sin dejar de intercalar comentarios propios:

"Herbert John Westwick. Primer barón de Montbarry, de Montbarry, Irlanda. Nombrado par del reino por los valiosos servicios militares en la India. Nació en 1812..." Así, pues, tiene ahora cuarenta y ocho años, doctor... "Soltero..." La semana que viene se casa con la deliciosa criatura de la que hablamos, doctor. "Presunto heredero del título: el hermano menor de



Librodot

su señoría, Stephen Robert, casado con la hija menor del reverendo Silas Marden, párroco de Runnigate, de la cual tiene tres hijas. Son también hermanos de su señoría los mas jóvenes Francis y Henry, solteros. Hermanas: lady Barville, casada con sir Theodor Barville, barón, y Ana, viuda de Peter Nortbury, de Norrbury Cross". Conserve usted en la memoria toda esta familia, doctor. Tres hermanos y dos hermanas. Ninguno de los cinco asistirá a la boda, y ninguno dejará piedra por remover para impedir ese matrimonio. A estos parientes hostiles hay que añadir otro, una joven sumamente ofendida, que no se menciona en el libro.

Un súbito murmullo de protesta se elevó de todos los rincones, impidiendo que el discurso continuara.

-No pronunciemos su nombre; sería injusto tomar a broma esta parte del asunto; lord Montbarry no tiene más que una disculpa, ser tonto o estar loco.

El comentario había sido acogido con general aquiescencia. Confidencialmente, el socio que se sentaba a su lado explicó al doctor que la joven aludida era la que lord Montbarry había abandonado. Se llamaba Agnes Lockwood. Tal como era descrita la dama aventajaba a la condesa en atractivo físico, y era muchísimo más joven que ella. Aunque tendentes a disculpar las locuras que los hombres cometen a causa de las mujeres, la obcecación de Montbarry les parecía monstruosa a todos los presentes, incluido el abogado.

Aún era el tema de conversación el matrimonio de la condesa, cuando entró en el salón de fumadores otro socio. La conversación cesó de repente. El vecino del doctor le cuchicheó al oído:

-Es un hermano de Montbarry, Henry Westwick.

Al mirar en torno, el recién llegado sonreía amargamente.

-Hablaban de mi hermano -dijo-. No les importe mi presencia. Nadie le desprecia más que yo. ¡Adelante, señores... adelante!

Sólo el abogado se atrevió a hablar, empeñado en la defensa de la condesa.

-Sé que no comparten mi opinión -dijo-, pero no me cansaré de repetirlo. Creo que la condesa Narona está siendo tratada cruelmente. ¿Por qué no ha de llegar a ser la esposa de lord Montbarry? ¿Quién puede asegurar que le guía un móvil económico para casarse con él?

El hermano de Montbarry se dio vuelta con brusquedad.

-¡Yo lo digo! -exclamó.

La respuesta hubiese abrumado a cualquier otro. Pero el abogado se irguió, aceptando el combate.

- Al opinar así me fundo -prosiguió el abogado- en que milord dispone apenas de lo suficiente para mantener su rango, pues sus rentas provienen de fincas en Irlanda de titularidad compartida.

El hermano de Montbarry, sentándose, hizo un signo de asentimiento.

-Si milord faltara -continuó-, lo que podría heredar su viuda es una renta de cuatrocientas libras anuales con cargo al mayorazgo. Su pensión como retirado y demás asignaciones mueren con él. Cuatrocientas libras es todo lo que recibirá la viuda, si es que llegara a enviudar.

-No sólo eso -fue la réplica-. Mi hermano ha asegurado su vida en diez mil libras, que deben ser entregadas a la condesa el día de su muerte.

La noticia produjo honda sensación. Los presentes se miraban unos a otros pronunciando las palabras "¡Diez mil libras!"

El abogado, viéndose vencido, quiso caer con gallardía.

-¿Puedo preguntar quién ha impuesto esa condición en el contrato de matrimonio? -dijo-. Estoy seguro de que no ha sido la condesa.

-Fue su hermano -contestó Henry Westwick-, lo que viene a ser lo mismo.

Después de esto no había nada que añadir, cuando menos mientras estuviese presente el hermano de Montbarry. La conversación tomó otros derroteros, y el doctor regresó a su domicilio.

Pero su mórbida curiosidad acerca de la condesa no había quedado aún saciada. Se sorprendió preguntándose por qué la familia de lord Montbarry quería impedir aquel matrimonio. Más aun, sintió un irresistible deseo de conocer personalmente al prometido de la condesa. Todos los días, durante los pocos que precedieron a la boda, escuchaba con atención las murmuraciones del club con esperanza de obtener noticias nuevas. Pero nada ocurría, o al menos en el club no se comentaba nada. La posición de la condesa era segura; la resolución de Montbarry inquebrantable. Ambos eran católicos romanos, y la boda se celebraría en la iglesia de la plaza de España. Esto fue todo cuanto pudo averiguar el doctor.

El día de la boda, tras librar una pequeña batalla consigo mismo, sacrificó sus enfermos y sus honorarios y se encaminó con disimulo a la iglesia para presenciar la ceremonia. ¡Durante toda su vida se irritaría al recordar lo hecho aquel día!

La boda fue de una discreción extrema. Un carruaje cerrado se detuvo a la puerta de la iglesia; un grupo poco numeroso, formado por gente del lugar, principalmente mujeres ya entradas en años, estaba desperdigado por el interior del templo. Aquí y allá el doctor entrevió los rostros de algunos compañeros del club, atraídos como él por la curiosidad. Cuatro personas estaban frente al altar, los novios y dos testigos. Uno de ellos era una mujer de faz ajada que parecía ser la dama de compañía o la doncella de la condesa; el otro era su hermano, el barón de Rivar. Ninguno iba vestido de etiqueta. Lord Montbarry era un hombre de edad madura, de aspecto marcial, sin nada que le distinguiese de la mayoría de la gente. El barón de Rivar, por su parte, era un ejemplar representativo de otro tipo de hombre igualmente corriente. Con su bigote finamente afilado, sus ojos inquisitivos, su crespa cabellera rizada y la estudiada actitud de la cabeza, era idéntico a los centenares con que uno se tropieza en los bulevares de París. La única cosa destacable de él era más bien negativa: no se parecía a su hermana en lo más mínimo. Hasta el oficiante no era sino un inofensivo ser de aspecto humilde, que desempeñaba sus funciones resignadamente y luchaba con visibles dificultades reumáticas cada vez que tenía que arrodillarse. La única persona digna de atención, la condesa, alzó su velo una sola vez al inicio de la ceremonia, y no había nada en su sencillo tocado que atrajese una segunda mirada. Jamás, a los ojos del doctor, se había visto un enlace menos romántico que aquél. De vez en cuando, el doctor echaba una mirada a la puerta o a los claustros, como si presintiera vagamente la aparición de algún extraño que poseyera algún terrible secreto capaz de impedir la continuación del servicio religioso. Pero no ocurrió nada semejante, nada extraordinario ni dramático. Convertidos ya en marido y mujer, ambos desaparecieron, seguidos por los testigos, para firmar en el libro parroquial. El doctor, sin embargo, continuó en su puesto esperando obstinadamente que ocurriera algo.

Momentos después, los recién casados regresaron y atravesaron la iglesia. El doctor Wybrow retrocedió al verlos aproximarse pero, sorprendido y confuso, fue descubierto por la condesa. La oyó decir a su marido:

-Un momento, voy a saludar a un amigo.

Lord Montbarry se inclinó y se detuvo. Ella se dirigió al doctor, le tomó una mano y se la apretó con fuerza. El doctor advirtió como sus ojos centelleaban detrás del velo.

-Ya lo ve, éste es un nuevo paso en el camino que lleva al fin.

Había susurrado aquellas palabras, y después volvió a reunirse con su marido. Antes de que el doctor se hubiese repuesto, lord y lady Montbarry habían subido al carruaje, que se alejó al trote.

En el atrio de la iglesia aún estaban los tres o cuatro miembros del club que, como Wybrow, no habían resistido la curiosidad. Próximo a ellos esperaba el hermano de la novia. Era evidente que quería ver a la luz del día al hombre a quien su hermana había saludado. Sus atrevidos ojos se detuvieron en el rostro del doctor con recelo. Pero la nube se extinguió en el acto, el barón sonrió con encantadora cortesía, saludó al amigo de su hermana tocándose el sombrero y se alejó.

Los miembros del club se habían agrupado frente a la iglesia. Empezaron con el barón.

-Tiene el rostro de un bribón.

Continuaron con Montbarry:

-¿Y va a llevarse a Irlanda a esa horrible mujer?

-No... no se atreverá a presentarse con ella a sus arrendatarios... saben todo lo referente a Agnes Lockwood.

-Bien... ¿pero adónde irá?

-A Escocia.

-¿Querrá ella?

-No más que por una quincena; luego volverán a Londres y enseguida saldrán para el extranjero.

-De donde ya no volverán, ¿eh?

-¡Quién sabe! ¿Han observado cómo miraba a Montbarry cuando alzó su velo?. Era atroz. ¿No se ha fijado usted, doctor?

Pero, en aquel momento, el famoso médico se había acordado de sus enfermos y ya estaba ahíto de murmuraciones. Siguió el ejemplo del barón de Rivar y se marchó.

-¡Un nuevo paso en el camino que lleva al fin! -repitió mientras caminaba-. ;A que fin se referiría?

# IV

El día de la boda Agnes Lockwood, a solas en el saloncito de su casa londinense, se ocupaba en quemar las cartas de amor que le escribiera tiempo atrás Montbarry.

La condesa, en la descripción que había hecho de ella al doctor Wybrow, había pasado por alto la encantadora característica que mejor definía a Agnes: una forma natural de expresar su bondad y pureza que instantáneamente cautivaba al que la trataba. Representaba menos edad de la que tenía. Con su blanca tez y sus tímidas maneras, parecía lo más natural del mundo referirse a ella como "una jovencita", aun cuando realmente rayara en los treinta años. Vivía con una vieja nodriza que la idolatraba, y disponía de una pequeña renta que bastaba para las necesidades de ambas mujeres. En el rostro de Agnes no se advertían huellas de dolor mientras rompía en pedazos las cartas de su voluble enamorado, que iba echando al fuego que ardía en la chimenea. Por desgracia para ella, era una de esas mujeres cuyos sentimientos son demasiado profundos para hallar alivio en las lágrimas. Con helados y temblorosos dedos destruía las cartas una por una, sin leerlas por última vez. Había desatado el último paquete y todas las cartas habían ido ya a dar al fuego cuando entró la anciana nodriza preguntando si accedía a recibir a Henry, el menor de los hermanos Westwick, el mismo que en el club había hecho público su desprecio por la conducta de su hermano. Agnes vaciló. Una sombra de rubor coloreó su rostro.

Mucho tiempo antes, Henry Westwick le había confesado su amor. Ella le había confiado que su corazón pertenecía a su hermano mayor. Desde entonces, Henry había empezado a tratarla con el afecto de un hermano. Por ello, la presencia de Henry nunca le había resultado embarazosa a Agnes. Pero ahora, el mismo día en que su hermano había contraído matrimonio con otra mujer, palpitante aún la traición, se sentía vagamente desconcertada ante la idea de verle. La anciana, al advertir su vacilación, tomó partido por el joven Westwick.

-Sale de viaje -observó-, y dice que sólo desea despedirse.

La frase produjo su efecto. Agnes resolvió recibir a su primo.

Tan poco tardó Henry en entrar en la salita que aún pudo sorprender a Agnes echando al fuego los últimos trozos de papel. Ella, sin dar tiempo a que Henry la saludara, preguntó:

-¿Cómo un viaje tan repentino? ¿Se trata de un asunto de negocios?

En vez de responder, él señaló hacia las cenizas de la chimenea.

-¿Estás quemando cartas?

-Sí.

-¿Las suyas?

-Sí.

Henry tornó su mano con un gesto de ternura.

-No suponía que mi visita podría importunarte, pero comprendo que desees estar sola. Perdona, Agnes. Vendré a verte a mi regreso.

Ella le invitó a tomar asiento con una sonrisa.

-Nos conocemos desde que éramos niños -dijo-. Mi amor propio no se siente herido por tu presencia. ¿Por qué tendría que guardar secretos contigo? Me deshago de todo cuanto perteneció a tu hermano. Nada debo conservar que me recuerde aquellos días. He sentido una dolorosa

sensación al quemar la última carta. No... no porque fuese la última, sino porque contenía esto. -Abrió la mano mostrando un mechón de cabellos atado con un hilito de oro-. ¡En fin... vaya con lo demás!

Y lo echó a las llamas. Por un momento se mantuvo de espaldas a Henry, apoyada en el ábaco y con la mirada fija en el hogar. El joven tomó la silla que ella le había señalado con una extraña y contradictoria expresión en su semblante; se veían lágrimas en sus ojos mientras la indignación le hacía fruncir las cejas. Murmuró para sí:

-¡Desgraciado estúpido!

Agnes recuperó su sangre fría, y volviéndose, le preguntó:

-Bien, Henry, ¿y por qué ese viaje?

-Estoy fuera de mí, Agnes, y necesito un cambio.

Hubo una pausa. El rostro de Henry decía claramente que estaba pensando en ella al responder de aquel modo. Agnes le estaba agradecida, pero su pensamiento no estaba con él, sino con el hombre que la había abandonado. Dirigió de nuevo su mirada al fuego.

-¿Es verdad que se han casado hoy? -dijo después de un largo silencio.

Él contestó secamente:

-Sí.

-¿Fuiste a la iglesia?

La pregunta pareció ofenderle.

-¿Ir yo a la iglesia? -exclamó-. Mejor iría al...

Y se detuvo.

-¿Cómo puedes preguntarme eso? -añadió ya más tranquilo-. No he vuelto a hablar con mi hermano, ni lo he visto desde que te trató como el canalla que es.

Ella le miró sin pronunciar palabra. Él la comprendió y le pidió perdón. Pero seguía airado.

-Muchos hombres reciben su castigo en esta vida -dijo-. ¡Y él llorará cuando piense en el día en que se casó con esa mujer!

Agnes tomó una silla y se sentó a su lado, mirándole con cariñosa sorpresa.

-¿Es justo tomarla con ella porque tu hermano la ha preferido a mí? -observó.

Henry se volvió con acritud.

-¿Y eres tú quien va a salir en defensa de la condesa?

-¿Por qué no? -contestó Agnes-. No tengo ningún resentimiento contra ella. La única vez que la he visto me pareció una persona singularmente tímida y nerviosa, hasta enfermiza... tanto que se desmayó. ¿Por qué no hacerle justicia? No ha tenido intención de perjudicarme... no sabía nada acerca de mi compromiso...

Henry levantó la mano, impaciente, y la hizo callar.

-No puedo sufrir que hables con tamaña resignación después de la escandalosa manera en que te han tratado. Trata de olvidarlos a ambos. ¡Ojalá pudiera ayudarte a ello!

Agnes puso una mano sobre su brazo.

-Eres muy bueno, Henry; pero no me entiendes. Yo estaba pensando en mi dolor de manera diferente cuando entraste. Me preguntaba si lo que ha llenado por completo mi corazón y ha absorbido lo mejor y más sincero de mi ser puede desaparecer como si jamás hubiese existido. He destruido todas las cosas materiales que pueden hacérmelo recordar. No lo veré más.

¿Pero está completamente roto el lazo que nos unió un día? ¿Estoy separada de lo malo o lo bueno de su vida, como si jamás le hubiese conocido y amado? ¿Qué crees, Henry? Yo no puedo creerlo.

-Si pudieses castigarlo como se merece -contestó Henry ásperamente-, estaría de acuerdo contigo.

No bien hubo terminado de pronunciar estas palabras que la nodriza apareció de nuevo en la puerta, anunciando una visita.

-Siento mucho molestarla, querida, pero ahí está Mrs. Ferrari, que quiere hablar un momento con usted.

Agnes se dirigió a Henry antes de contestar.

-¿Recuerdas a Emily Bidwell, mi alumna favorita en la escuela del pueblo, que fue después mi camarera? Me dejó para casarse con un guía o un recadero italiano llamado Ferrari... Me temo que habrá sufrido una decepción. ¿Te importa que la reciba aquí mismo?

Henry se levantó para marcharse.

-Me alegrará ver a Emily en otra ocasión -dijo-, pero ahora debo irme. Estoy confundido, Agnes; si sigo aquí acabaré diciendo cosas que... que es mejor no decir ahora. Esta noche cruzaré el canal y veré qué tal me prueba un cambio de aires durante unos meses. -Le tendió la mano-. ¿Hay algo que yo pueda hacer por ti? -preguntó ansiosamente.

Ella le dio las gracias y trató de retirar su mano.

-¡Dios te bendiga, Agnes! -balbuceó Henry con los ojos fijos en el suelo.

De nuevo enrojeció, pero luego su rostro se puso pálido; Agnes leía en aquel corazón como en el suyo propio, pero estaba muy apenada para hablar. El joven se llevó la mano de Agnes a los labios, la besó con fervor y, sin mirarla, abandonó la estancia. La anciana nodriza lo esperaba junto a la puerta. Ella no había olvidado la época en que el joven fue un rival poco afortunado de su hermano.

-No se desanime, Mr. Westwick -cuchicheó con la falta de escrúpulos de las personas que creen obrar bien-. Insista cuando vuelva.

Al quedar sola, Agnes dio unos pasos en la habitación tratando de serenarse. Se detuvo frente a una acuarela que había pertenecido a su madre; era su propio retrato cuando niña.

-¡Qué felices seríamos -pensó con tristeza- si no creciéramos nunca!

La esposa del guía apareció en la puerta; era pequeñita, de aspecto melancólico, con pestañas muy claras y ojos de mirada vaga. Padecía una tosecilla crónica. Agnes estrechó afablemente su mano.

-Y bien, Emily -dijo-, ¿en qué puedo serte útil?

La mujer dio una extraña respuesta:

-Casi temo decírselo, señorita.

-¿Tan difícil de conceder es lo que deseas? Vamos; siéntate y oigamos lo que te trae. ¿Cómo se porta contigo tu marido?

Los ojos incoloros de Emily miraron con más vaguedad que nunca.

Inclinó la cabeza y suspiró resignadamente.

-En realidad no tengo queja de él, señorita. Pero temo que no me tiene afecto, ni interés por su casa. Casi puedo asegurar que le cansamos. Sería mejor para ambos, señorita, que se fuera de Londres una temporada... esto, sin hablar de dinero, que empieza a faltar, desgraciadamente.

Se llevó el pañuelo a los ojos y suspiró con mayor resignación que antes.

-No lo acabo de entender -apuntó Agnes-. Creía que tu marido había sido contratado para acompañar a unas señoras por Suiza e Italia.

-Sí señorita, pero hemos tenido mala suerte. Una de las señoras se ha puesto enferma y las otras no quieren viajar sin ella. Le dieron un mes de salario como compensación, pero como estaba contratado para todo el otoño y el invierno... figúrese lo que hemos perdido.

-Lo lamento, Emily. Esperemos que se le presente otra ocasión.

-Hay tanto guía sin trabajo, señorita, que no es fácil. Si alguien pudiese recomendarlo personalmente...

Se detuvo, dejando el resto de la frase a la comprensión de su interlocutora.

Agnes comprendió perfectamente.

-¿Quieres que yo lo recomiende? -preguntó- ¿Por qué no decirlo francamente?

Emily se ruborizó.

-Sería tan bueno para mi marido -alegó confusamente-. Esta mañana se ha recibido en la asociación de guías-intérpretes una carta pidiendo uno para seis meses. El turno le toca a otro, pero si usted lo recomendara...

Se detuvo de nuevo, suspiró y se quedó mirando la alfombra, un tanto avergonzada.

Agnes empezó a impacientarse ante el tono misterioso con que hablaba Mrs Ferrari.

-Si lo que necesitas es que se lo pida a alguno de mis amigos -dijo-, ¿por qué no empiezas diciéndome su nombre?

La mujer del intérprete empezó a gimotear.

-Me da vergüenza decirlo, señorita.

Por primera vez, Agnes habló con aspereza.

-¡Tonterías, Emily! Dame su nombre... o dejemos el asunto... lo que prefieras.

Emily hizo un desesperado esfuerzo. Apretó el pañuelo entre las manos, y pronunció el nombre como quien dispara un tiro aterrorizado.

-¡Lord Montbarry!

Agnes se puso en pie y la miró fijamente.

-Me has engañado -dijo con serenidad, pero con una expresión que la mujer del guía no había visto nunca en ella-. Sabiendo lo que sabes, deberías comprender que me es imposible escribirle a lord Montbarry. Te creía con sentimientos más delicados. Siento haberme equivocado.

Emily conservaba la suficiente dignidad como para acusar el reproche. Se encaminó con aire melancólico hacia la puerta.

-Le pido perdón, señorita. No soy tan insensible como cree. De todos modos le pido perdón.

Abrió la puerta. Agnes la llamó. Había algo en la actitud de aquella mujer que era capaz de conmover su natural bondadoso.

-Ven -dijo-, no debemos separarnos de esta manera. No dejemos en pie ningún malentendido. ¿Qué esperabas de mí?

Emily era demasiado lista para guardar ya reserva.

-Mi marido va a enviar sus referencias a lord Montbarry, que está en Escocia. Lo único que deseaba, señorita, era que le permitiese poner en su carta que usted me conocía desde niña y que se interesaba por mi bienestar. Pero ya no se lo pido, señorita. No debí haberlo hecho.

Los recuerdos de antaño, tanto como las tribulaciones del presente, pugnaban en Agnes en favor de la mujer del guía-intérprete.

-Después de todo se trata de un pequeño favor -dijo hablando bajo el impulso de la bondad, el más fuerte impulso de su naturaleza-. Pero no estoy segura de si debo permitir que mi nombre se mencione en la carta de su marido. Repíteme exactamente lo que él quiere decir.

Emily repitió las palabras, y luego hizo una de esas sugerencias que tienen un valor especial para personas no acostumbradas al uso de la pluma.

-¿Por qué no escribe usted lo que él puede decirle?

Por pueril que fuese la idea, Agnes la aceptó.

-Si he de permitir que mencionen mi nombre -dijo-, es preciso que, al menos, sepamos de qué manera.

Escribió lo más breve y sencillamente posible: "Me atrevo a añadir que mi mujer conoce a miss Agnes Lockwood desde su infancia, y ésta se interesa mucho por nuestro bienestar". Reducido esto a sus reales proporciones, nada había allí que implicase que Agnes había permitido la referencia o tenido conocimiento de ella. Después de un corto momento de dudas, le tendió el papel a Emily.

-Que tu marido lo copie exactamente, sin alterar una sola palabra -dijo-. Con esta condición, acepto.

Emily quedó agradecida y emocionada. Agnes se las arregló para dar por acabada la conversación.

-No me des tiempo a que me arrepienta -dijo.

Y Emily salió a escape.

-¿Se ha roto pues por completo el lazo que nos unió un día? ¿Su buena o su mala fortuna me son tan indiferentes como si nunca le hubiese amado?

Pensando así, Agnes miró la hora en el reloj de la chimenea. No hacía aún ni diez minutos que se había hecho estas mismas preguntas. La sobrecogió pensar en que forma tan vulgar habían sido contestadas. El correo de aquella noche llevaría su recuerdo, una vez más, a la mente de lord Montbarry, simplemente con motivo de la elección de un sirviente.

Dos días después recibió una carta de Emily respirando gratitud. Ferrari había sido contratado por lord Montbarry en calidad de guía e intérprete.



Librodot

# SEGUNDA PARTE

## V

Tras estar tan sólo siete días en Escocia, lord y lady Montbarry regresaron a Londres inesperadamente. Frente a las montañas y lagos de las Highlands, milady no había mostrado el menor interés en conocerlos. Al preguntarle la razón respondía con laconismo:

-He estado en Suiza.

En Londres permanecieron otra semana en un completo aislamiento. Un día, la nodriza de Agnes llegó en un estado de inusual excitación de un recado al que había sido enviada por la joven. Al pasar frente a la puerta de un famoso dentista, se había topado con lord Montbarry, que salía de allí en aquel momento. La buena mujer lo describía, con malicioso placer, como muy desmejorado.

-Tiene las mejillas hundidas y la barba encanecida. ¡Confío en que el dentista le habrá hecho ver las estrellas!

Sabiendo cuanto odiaba la fiel doméstica al hombre que la había abandonado, Agnes rebajó instintivamente los colores del cuadro que la anciana había pintado. Pero aquello la sumió en un inquietante desasosiego. Si salía a la calle mientras lord Montbarry estuviese en Londres, ¿cómo podría estar segura de que no se tropezaría con él? Aun cuando se sentía avergonzada por sus absurdos temores, permaneció en casa dos días sin atreverse a salir. Al tercero, las noticias de sociedad de la prensa londinense anunciaron la partida de lord Montbarry con su esposa hacia París, camino a Italia.

Mrs Ferrari, que apareció aquella misma tarde, informó a Agnes de que Andrea, su marido, había partido, no sin antes haberse despedido de ella dándole grandes muestras de cariño; la perspectiva del viaje había sin duda humanizado al guía. Tan sólo una criada acompañaba a los viajeros, la doncella de lady Montbarry, una mujer huraña e intratable en palabras de Emily. El hermano de milady, el barón de Rivar, estaba ya en el continente europeo. Se había convenido que se uniría a los recién casados en Roma.

Uno a uno, los monótonos meses se fueron sucediendo en la vida de Agnes. Afrontaba su situación con admirable valor; recibía a sus amigos y ocupaba sus horas de ocio en la lectura y la pintura, haciendo todo lo posible para apartar su mente de las melancólicas reminiscencias del pasado. Pero había amado con demasiada fidelidad; la herida había sido demasiado profunda como para sentir un rápido efecto de los remedios que empleaba. Las gentes que la veían cotidianamente, engañados por la serenidad de sus maneras, estaban seguros de que "Miss Lockwood iba sobreponiéndose a su decepción". Pero una antigua amiga, compañera de colegio, que fue a visitarla a su paso por Londres, quedó visiblemente apenada tras charlar con ella. Se trataba de Mrs. Westwick, esposa del hermano segundo de lord Montbarry, el cual, según aquel "Anuario de la Nobleza", era el heredero del título. Su esposo estaba en América, donde había ido a inspeccionar una propiedad que poseía. Mrs. Westwick se empeñó en que Agnes la acompañara a Irlanda, donde residía.

-Ven y me harás compañía hasta el regreso de mi esposo. Mis niñas te idolatran; la única persona que no conoces es el aya y estoy segura de que te gustará. Haz tu equipaje y mañana, de camino a la estación, te recogeré.

La invitación no podía ser más cordial. Agnes aceptó encantada. Durante tres meses fue la huésped de su amiga. Las niñas la abrazaron llorando el día de su partida; la más pequeña quería irse con ella a Londres. Medio en serio, medio en broma, le dijo a su amiga al despedirse:

-Si tu aya se fuese, guárdame la plaza.

Mrs. Westwick rió. Las niñas lo tomaron en serio y prometieron avisarla.

El mismo día en que Agnes llegó a Londres, los viejos recuerdos que tanto anhelaba olvidar volvieron a asaltarla. Tras los besos y abrazos del encuentro, la nodriza le anunció:

-Ha venido Mrs. Ferrari, completamente desolada. Ha preguntado cuándo estaría usted en casa. Su marido ha dejado a lord Montbarry sin avisar... y nadie sabe lo que ha sido de él.

Agnes la miró atónita.

-¿Estás segura de lo que dices? -preguntó.

La anciana estaba completamente segura.

-¡Desde luego! La noticia se ha sabido por la asociación de guías-intérpretes, en Golden Square... ¡por boca del secretario, señorita Agnes, del secretario en persona!

Al oír esto, Agnes se sintió tan sorprendida como alarmada. Como aún era temprano, hizo enviar un recado a Mrs. Ferrari participándole su regreso.

Una hora más tarde apareció la mujer del guía tremendamente agitada. Su relato, una vez pudo articularlo, confirmó en todo lo dicho por la nodriza.

Después de recibir con regularidad cartas de su marido, fechadas en París, Roma y Venecia, Emily había escrito dos veces a esta última ciudad sin obtener respuesta. Intranquila, se dirigió a Golden Square, sede de la asociación, por si allí sabían algo. Aquella mañana el secretario había recibido una carta de Venecia con noticias alarmantes acerca de Ferrari... Su mujer había pedido una copia de la carta, y en aquel momento se la tendía a Agnes.

El firmante decía que había llegado recientemente a Venecia. Había oído decir que Ferrari residía con lord y lady Montbarry en un antiguo palacio veneciano que habían alquilado por una temporada. Siendo amigo de Ferrari fue a hacerle una visita. Llamó a la puerta que da al canal sin que le respondiese nadie, por lo que se encaminó a una puerta lateral situada en un estrecho callejón. Allí, de pie en el umbral, como si esperase a alguien, se hallaba una mujer muy pálida, de grandes ojos negros, lady Montbarry en persona.

Le preguntó en italiano qué deseaba. Le explicó que deseaba ver al guía Ferrari, si era posible. La dama le contó que Ferrari había dejado el palacio sin dar razón alguna, y sin siquiera dejar sus señas para que le pudiera ser remitida la mensualidad que se le debía. Sorprendido por esta respuesta, el firmante preguntó si Ferrari había ofendido a alguien o había participado en alguna riña. Se le contestó que no. La dama dijo que podía asegurar donde quiera que fuese que Ferrari había sido tratado en su casa con amabilidad. Añadió que estaban perplejos por aquella misteriosa desaparición. "Si sabe usted algo", concluyó, "avísenos, para que podamos enviarle su paga".

Después de otras preguntas relativas al día y hora en que Ferrari salió del palacio por última vez, el firmante se despidió de milady.

Inmediatamente se dedicó a hacer las oportunas averiguaciones, sin obtener el menor resultado. Nadie recordaba haber visto a Ferrari. No había nadie a quien hubiera confiado sus intenciones. Nadie sabía nada importante sobre los ocupantes del caserón, ni siquiera tratándose de personas tan significadas como lord y lady Montbarry. Se decía que la camarera de milady había dejado el servicio de ésta, antes de la desaparición de Ferrari, regresando a su pueblo con su familia, y que lady Montbarry no había buscado sustituta. De milord se decía que estaba muy delicado de salud. Vivían en el más absoluto retiro; no recibían visitas, ni siquiera de sus compatriotas. Las tareas domésticas las realizaba una mujer tan vieja como estúpida que dijo no conocer al guía y que jamás había visto a lord Montbarry, recluido ya en su habitación. Milady, "una amable y generosa dama", cuidaba sin descanso a su noble esposo. En la casa no había otros sirvientes. La comida la encargaban en una fonda. A milord, se decía, no le gustaba ver caras extrañas. Su cuñado, el barón de Rivar, estaba casi siempre en los sótanos ocupado en experimentos químicos, según había contado milady. De allí surgían, a menudo, olores repugnantes. Últimamente había sido llamado un médico, muy conocido en Venecia, para que viese a milord. Habiendo interrogado al doctor, este dijo que jamás había visto a Ferrari, pues fue a palacio con fecha posterior a su desaparición. Al parecer lord Montbarry padecía una bronquitis, pero, hasta el presente, no precisaba serios cuidados. Si se presentaran síntomas alarmantes, y de acuerdo con milady, se celebraría una consulta. Por lodemás, se hacía lenguas de milady; noche y día se mantenía a la cabecera del enfermo.

Éste era el relato del guía amigo de Ferrari. La policía estaba sobre el asunto, y en su sagacidad depositaba la mujer de Ferrari su última esperanza.

-¿Qué piensa usted, señorita? -preguntó la pobre mujer ansiosamente-. ¿Qué me aconseja que haga?

Agnes no sabía realmente qué decirle; había tenido que hacer un esfuerzo para atender a lo que Emily le decía. Las referencias del guía a Montbarry, la noticia de su enfermedad, la melancólica imagen de su reclusión, habían abierto la mal cicatrizada herida. Ni siquiera pensaba en el guía; su mente estaba en Venecia, junto a la cabecera del enfermo.

-No sé qué decirte -contestó-. No tengo experiencia en asuntos tan graves.

-¿Cree usted que podría ayudarla la lectura de las cartas de mi marido? Sólo son tres... y no muy largas.

Agnes, compasiva, las leyó.

El tono no era de los más tiernos. Excepto las frases convencionales, "Querida Emily" y "siempre tuyo", el resto trataba de asuntos corrientes. En la primera carta, lord Montbarry no salía muy bien librado. "Mañana salimos de París. Lord Montbarry no me gusta demasiado. Es frío y orgulloso, y entre nosotros, cicatero. Lo he visto discutir por algunos céntimos con el dueño de la fonda; y dos o tres veces se han cruzado duras palabras entre los recién casados a causa de la frecuencia con que milady visita las tiendas de modas. "No puedo soportarlo; es preciso que te atengas a tu asignación": estas palabras las ha oído milady más de una vez. Lady Montbarry es muy agradable. Tiene esas finas y fáciles maneras extranjeras; me trata como si fuese un ser humano de su misma categoría".

La segunda carta estaba fechada en Roma.

"Los caprichos de milord", decía Ferrari, "nos tienen en perpetuo movimiento. Se está volviendo exageradamente inquieto. Creo que eso depende del estado de su espíritu. Quiero decir, de penosos recuerdos; con frecuencia le sorprendo embebido en la lectura de cartas antiguas cuando milady sale a la calle. Debíamos habernos detenido en Génova, pero nos hizo salir deprisa y corriendo. Otro tanto pasó en Florencia. Aquí, en Roma, milady insiste en permanecer algún tiempo. El barón se nos ha unido. Por cierto que él y milord, según me ha contado la doncella de milady, tuvieron al poco tiempo una agria disputa. El barón le pidió dinero prestado a lord Montbarry. Milord se negó en una forma que ofendió a su cuñado. Milady intervino e hizo que se dieran las manos".

La tercera y última carta procedía de Venecia.

"¡Más economías de milord! En lugar de alojarse en un hotel, nos hemos metido en un inmenso, agrietado y vetusto palacio. Hemos alquilado el caserón por dos meses, a muy buen precio. Milord quería alquilarlo por más tiempo, pues dice que la tranquilidad de Venecia le sienta bien a sus nervios, pero no ha podido ser porque un extranjero lo ha adquirido para convertirlo en hotel. El barón continúa con nosotros y hay un cúmulo de disputas a propósito del dinero. El barón no me gusta ni pizca, y milady no me guarda ya las mismas atenciones. La compañía de su hermano le ha agriado un poco el carácter. Milord paga puntualmente; es para él una cuestión de honor, y aunque le repugna separarse de su dinero, cumple estrictamente sus compromisos. Yo recibo mi salario los últimos días de cada mes, ni un céntimo de propina, por más que hago muchas cosas que no son de mi incumbencia. ¡Imagínate al barón pidiéndome dinero prestado! Es un jugador impenitente. No quise creerlo cuando me lo dijo la doncella de milady, pero me he convencido plenamente. He visto, además, otras cosas que... en fin, no son para que aumente mi respeto hacia el barón ni hacia milady. La doncella me ha dicho que va a despedirse. Es una respetable señora inglesa, y no encuentra las cosas tan fáciles como yo. La vida aquí es muy aburrida. No tenemos vida social, ni fuera ni dentro; nadie ve a milord, ni siquiera el cónsul. Cuando sale, lo hace solo, y casi siempre cuando ha anochecido. En casa se encierra en sus habitaciones con sus libros, y ve a su mujer y al barón tan poco como le es posible. Creo que estamos abocados a una crisis. Si se despiertan las sospechas de milord, las consecuencias serán terribles. Provocado, Montbarry es hombre que no se detendría ante nada. De todos modos, la paga es buena, y no puedo dejar mi puesto como ha hecho la doncella de milady".

Agnes dejó las cartas a un lado. Sus sentimientos de vergüenza y disgusto la mantuvieron en silencio un buen rato.

-Lo único que puedo aconsejar -dijo después de pronunciar algunas palabras de esperanza y consuelo-, es que consultemos a alguien de mayor experiencia que la nuestra. ¿Te parece bien que escriba a mi abogado, un buen amigo, pidiéndole que venga a aconsejarnos?

Emily aceptó con agradecimiento. Se convino una hora para reunirse al día siguiente; las cartas quedaron en poder de Agnes, y la esposa del guía se marchó.

Con el corazón desfallecido, Agnes se dejó caer en el sofá. La nodriza, solícita, se acercó con una reconfortante taza de té. Su amena charla acerca de los quehaceres domésticos y la carestía del mercado ayudó a despejar un tanto la mente de la joven. Continuaban hablando cuando resonó un fuerte

campanillazo en la puerta. La anciana corrió a abrir, y enseguida entró en la sala Mrs. Ferrari. Parecía haber enloquecido.

-¡Ha muerto! ¡Lo han asesinado!

Fue lo único que pudo decir. Cayó de rodillas junto al sofá, extendió los brazos... y rodó presa de un desmayo. La nodriza, indicando a Agnes que abriese las ventanas, trató de hacer volver en sí a Emily.

-¿Qué es esto? -dijo-. Tiene un papel en la mano. Vea lo que es, señorita.

El sobre, evidentemente escrito con letra desfigurada, estaba dirigido a Mrs. Ferrari. El matasellos era de Venecia. Contenía una hoja de papel y otro sobre más pequeño, cerrado.

En el papel sólo se veía una línea. Con la misma letra estaba escrito:

"Para que usted se consuele de la pérdida de su marido". Agnes abrió el sobre. Contenía un billete del Banco de Inglaterra por valor de mil libras esterlinas.

# VI

Al día siguiente, el amigo y abogado de Agnes, Mr. Troy, acudió a la hora convenida.

Mrs. Ferrari, aunque seguía persuadida de que su esposo estaba muerto, se había repuesto lo bastante como para poder tomar parte en la entrevista; con la ayuda de Agnes le contó al abogado lo poco que se sabía acerca de la desaparición de su esposo, mostrándole las cartas.

Mr. Troy leyó primero las tres cartas escritas por Ferrari y dirigidas a su esposa; después, la carta escrita por el amigo de Ferrari describiendo su visita al palacio y su conversación con lady Montbarry; luego la línea del escrito anónimo que acompañaba al extraordinario regalo de mil libras.

Conocido por ser el abogado que representó a lady Lydiard en una famosa causa conocida con el nombre de "el dinero de milady", Mr. Troy poseía no sólo profundos conocimientos y experiencia, sino que era un verdadero hombre de mundo. Estaba dotado de la capacidad de juzgar a las personas de un solo golpe de vista, y lo caracterizaban un humor sarcástico y una naturaleza escéptica. Cabía, sin embargo, preguntarse si era él el consejero más apropiado para la joven Mrs. Ferrari, quien, aun con todas sus domésticas virtudes, era esencialmente una mujer común y corriente. Mr. Troy no era la persona más adecuada para captar sus simpatías, pues era exactamente el polo opuesto a lo común y corriente.

-¡Esta pobre señora parece enferma!

Con estas palabras, refiriéndose a Mrs. Ferrari con tan poca cortesía como si ella no estuviera presente, el abogado inició su labor como consejero.

-¡Ha sufrido un golpe terrible! -explicó Agnes.

Mr. Troy se volvió hacia la joven y la miró con compasión. Distraídamente, tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Por fin habló.

-Querida señora, ¿cree usted que su esposo ha muerto?

Mrs. Ferrari se llevó el pañuelo a los ojos. La palabra "muerto" no era suficiente.

-¡Asesinado! -dijo lúgubremente.

-¿Por qué? ¿Y por quién? -preguntó Mr. Troy.

Mrs. Ferrari pareció tener alguna dificultad para encontrar la respuesta.

-Ya ha leído usted las cartas de mi marido, caballero -empezó-. Supongo que descubrió...

Y se detuvo.

¿Qué descubrió?

La paciencia tiene sus límites, incluso para una mujer angustiada. La pregunta, formulada gélidamente, irritó a Mrs. Ferrari, que al fin decidió hablar claramente.

-¡Pues a lady Montbarry y al barón! -exclamó con histérica vehemencia-. El barón es tan hermano de esa aventurera como yo. La maldad de esos desalmados ha caído sobre mi pobre esposo en cuanto se han percatado de que lo sabía todo. La doncella de milady se despidió por esta causa. Si Andrea hubiese hecho lo mismo aún viviría. Lo han asesinado para evitar que el escándalo llegase a oídos de lord Montbarry.

Mrs Ferrari había dado su opinión con frases entrecortadas pero en forma muy enérgica.

Reservándose la suya, Mr. Troy la escuchaba asintiendo satíricamente.

-Muy enérgicamente expuesto, Mrs. Ferrari -dijo-. Construye muy bien sus conclusiones. De ser usted un hombre hubiera compuesto un buen abogado. Sin duda agarraría al jurado por el cuello. Pero complete usted el caso, hágame el favor. Díganos quién le ha enviado esa carta con el billete. Los dos "desalmados" que asesinaron a Mr. Ferrari probablemente no habrán echado mano al bolsillo para enviarle a usted las mil libras. ¿Quién ha sido? El matasellos es de Venecia. ¿Tiene usted algún amigo en esa poética ciudad que posea un gran corazón y un no menor bolsillo, y capaz de consolarla permaneciendo en el misterio?

No era fácil responder a eso. Mrs. Ferrari comenzó a sentir hacia Mr. Troy los primeros síntomas de algo parecido al odio.

-No le comprendo -dijo-. Ni me parece este un asunto para tomárselo a broma.

Agnes intervino por primera vez. Aproximó su silla a la de su abogado.

-¿En su opinión, cuál es la explicación más probable? -le preguntó.

-Ofenderé a Mrs. Ferrari si la expongo -contestó Mr. Troy.

-¡No, señor, de ningún modo! -exclamó Mrs. Ferrari, que odiaba ya a Mr. Troy sin reservas.

El abogado se reclinó en su butaca.

-Muy bien -dijo con su acento más jovial-. Me explicaré. Ante todo, señora, no le discuto su opinión sobre lo que pueda haber pasado en el viejo palacio de Venecia. Tiene usted las cartas de su marido, que en cierto modo la justifican, y está el hecho significativo de que la doncella de lady Montbarry abandonó su servicio. Diremos, pues, que lord Montbarry ha sido víctima de una ofensa... que fue Mr. Ferrari el primero en descubrirlo... y que los culpables tenían razones para temerlo, no sólo porque podía dar parte a lord Montbarry de su descubrimiento, sino porque en caso de ir a dar el asunto a los tribunales hubiera sido un importante testigo de cargo contra ellos. Ahora bien, admitiendo todo esto, mi conclusión es enteramente opuesta a la suya. En ese hogar, su marido estaba en una situación muy equívoca. ¿Qué podía hacer? Si no fuera por el billete y la nota que le han sido enviados, diría que había obrado prudentemente retirándose sin dejar rastro para no verse mezclado en el asunto. Pero el dinero modifica esta opinión, desfavorablemente por lo que concierne a Mr. Ferrari. Creía que se había quitado de en medio, pero ahora digo que se le ha pagado para ello... y ese billete es el precio de su silencio.

Los incoloros ojos de Mrs. Ferrari brillaron instantáneamente; su color cetrino se tornó de un hermoso escarlata.

-¡Eso no es cierto! -protestó-. ¡Mi marido es incapaz de semejante cosa!

-Ya le dije que se ofendería -observó Mr. Troy.

De nuevo intervino Agnes en son de paz. Tomó de la mano a la ofendida y le pidió al abogado que reconsiderara su teoría con respecto a Ferrari. La interrumpió la nodriza tendiéndole una tarjeta. Era de Henry Westwick; escrito a lápiz se leía: "Traigo malas noticias. Permíteme que te vea un momento, aunque sea en la puerta". Agnes dejó inmediatamente la estancia.

A solas con Mrs. Ferrari, Mr. Troy dejó que su buen carácter surgiese desde el fondo hasta flotar en la superficie. Trató de hacer las paces con la esposa del guía.

-Tiene usted perfecto derecho, querida mía, a rechazar cualquier consideración que denigre a su marido -empezó-, y alabo su calurosa defensa. Pero recuerde mi obligación, tratándose de asunto tan grave, de exponer francamente mi opinión. No he querido herirla. Sin embargo, mil libras esterlinas es una cantidad muy estimable, y cualquiera puede ser perdonado por sucumbir a la tentación guardando silencio y ocultándose durante un tiempo. Mi único interés es que nos aproximemos en lo posible a la verdad. Si me da tiempo, no creo que hayamos de desesperar de encontrar a su marido.

La esposa de Ferrari escuchaba sin convencerse; su cerebro, no muy sobrado de inteligencia y ocupado por completo por su desfavorable opinión sobre Mr. Troy, no conservaba espacio para rectificar su primera impresión.

-Le estoy muy agradecida, caballero -fue todo lo que dijo. Sus ojos fueron más comunicativos, pues añadieron en su lenguaje: "Puede usted decir cuanto guste; no se lo perdonaré ni en la hora de mi muerte".

Mr. Troy entendió perfectamente. Dio, con gran naturalidad, media vuelta en su sillón, se metió las manos en los bolsillos y se puso a mirar los cristales del balcón.

Después de un rato de silencio, se abrió la puerta del salón.

Mr. Troy se giró de nuevo, volviéndose hacia la mesa, esperando ver a Agnes. Sorprendentemente, en lugar de Agnes estaba una persona que le era completamente extraña, un caballero en la flor de la edad en cuyo agraciado semblante se apreciaban señales de dolor y embarazo. Miró a Mr. Troy y le saludó gravemente.

-He tenido el triste deber de darle a miss Lockwood una noticia que la ha impresionado mucho -dijo-. Se ha retirado a su habitación. Vengo a excusarla y a contarle algo en su lugar.

Habiendo hecho su presentación en estos términos, distinguió a Mrs. Ferrari y le tendió la mano con simpatía.

-Hace años que no nos vemos, Emily -dijo-, y temo que haya usted olvidado al "señorito Henry" de aquellos tiempos.

Emily, con cierta confusión, pronunció algunas frases de reconocimiento y luego añadió si podía serle de alguna utilidad a miss Lockwood.

-La nodriza está con ella -contestó Henry-; dejémosla sola.

Se dirigió de nuevo a Mr. Troy.

-Soy Henry Westwick, hermano menor del difunto lord Montbarry.

-¡El difunto lord Montbarry! -exclamó el abogado.

-Mi hermano murió anoche, en Venecia. Aquí está el telegrama.

Y tendió el papel a Mr. Troy.

"A Stephen Robert Westwick. Hotel Newbury. Londres. Es inútil que emprenda viaje. Lord Montbarry ha muerto de una bronquitis a las 8.40 de esta noche. Detalles por correo."

-¿Recelaba algo así? -preguntó el abogado.

-No puedo decir que nos haya cogido enteramente por sorpresa -contestó Henry-. Mi hermano Stephen, que es ahora el cabeza de familia, recibió un telegrama hace tres días diciendo que se habían presentado síntomas alarmantes, por lo que se había llamado a un nuevo médico. Mi hermano contestó que salía de Irlanda para Londres, de paso para Venecia, y que si le ocurría algo le telegrafiasen a su hotel. Llegó un segundo telegrama. Anunciaba que lord Montbarry estaba prácticamente inconsciente y que en sus breves momentos de lucidez no reconocía a nadie.

Mi hermano decidió permanecer en Londres en espera de más amplia información. El tercer telegrama es el que tiene usted en sus manos. Es todo cuanto se sabe hasta ahora.

Al mirar a la mujer del guía, Mr. Troy quedó impresionado por la expresión de terror que se dibujaba en el rostro de Emily.

-Mrs. Ferrari -dijo-; ¿ha oído usted lo que acaba de contar Mr. Westwick?

-Hasta la última palabra, señor.

-¿Quiere preguntarle algo?

-No, señor.

-Parece usted alarmada -insistió el abogado-. ¿Se trata de su marido?

-No volveré a ver a mi marido, señor. Ésa es mi opinión, ya lo sabe. Ahora estoy segura.

-¿Segura, después de lo que ha oído?

-Sí, señor.

-¿Puede usted decirme por qué?

-No, señor. Me lo dice mi instinto. No puedo explicar por qué.

-¡Oh, el instinto! -repitió Mr. Troy con cierto desdén-. Tratándose de instintos, querida mía...

Sin terminar la frase, se levantó para despedirse de Mr. Westwick. La verdad es que empezaba a dudar, y no quería que Mrs. Ferrari se diera cuenta de ello.

-Acepte usted mis condolencias -dijo cortésmente a Mr. Westwick-. Buenas noches.

Henry se volvió a Mrs. Ferrari en cuanto el abogado hubo salido.

-Miss Lockwood me ha contado sus tribulaciones, Emily -dijo-. ¿Puedo hacer algo por usted?

-Nada, señor, muchas gracias. Quizás será mejor que me vaya, en vista de lo ocurrido. Mañana volveré para ver si puedo serle útil a la señorita. ¡Cuánto siento sus sinsabores!

Y se encaminó a la puerta con sus menudos pasos, contemplando el asunto de su marido bajo los colores más sombríos.

Henry Westwick echó una mirada a la solitaria estancia. Nada le detenía en aquella casa y, sin embargo, no se decidía a abandonarla.

Había algo allí que lo aproximaba a Agnes; cosas suyas, diseminadas por la sala. Allá, en un rincón, estaba su butaca, y junto a ésta la mesita de trabajo. En un pequeño caballete se veía su último dibujo, aún por acabar. El libro que había estado leyendo yacía en el sofá, señalada con un lápiz la página en que había quedado detenida la lectura. Uno tras otro examinó todos los objetos que le hablaban de aquella mujer amada, un tierno examen en el que iba desgranando hondos suspiros. ¡Y sin embargo, cuán lejos, cuán desesperadamente lejos estaba de ella!

-Jamás olvidará a Montbarry -se dijo al tomar el sombrero para irse-. Ninguno de nosotros ha sentido su muerte como ella. ¡Estúpido, estúpido desalmado...! ¡Cuánto le amaba!

Al salir a la calle le retuvo un conocido, un hombre fastidioso y preguntón cuya presencia se le hizo insoportable.

-Una triste noticia, Westwick, la de su hermano. Y casi inesperada, ¿verdad? Jamás se oyó decir en el club que Montbarry fuese propenso a los catarros. ¿Qué hará la compañía de seguros?

Henry sintió un escalofrío; no se acordaba del seguro de vida de su hermano. ¿Qué haría la compañía sino pagar? Una defunción por

bronquitis, certificada por dos médicos, es seguramente la menos discutible de todas las defunciones.

-¡Me hubiese hecho usted un gran favor no hablándome de eso! -exclamó irritado.

-¡Ah! dijo el pesado-, ¿cree usted que la viuda cobrará el dinero? ¡Yo también lo creo!



Librodot

# VII

Días después, las compañías de seguros (pues eran dos) recibieron la notificación de la muerte de lord Montbarry por conducto de los procuradores de milady. La suma del seguro establecido con cada compañía era de cinco mil libras esterlinas, y tan sólo se había pagado un año de cuota. Ante un negocio tan ruinoso, ambos directores pensaron retrasar el caso todo lo posible. Pidieron explicaciones a los médicos que habían dado su visto bueno a la contratación de las pólizas. Sin negarse de un modo absoluto al pago, las dos compañías -obrando de común acuerdo-, decidieron enviar una comisión investigadora a Venecia "con objeto de obtener informes más explícitos".

Mr. Troy supo todo esto oficiosamente. Escribió inmediatamente a Agnes dándole la noticia, y añadiendo que lo consideraba de la mayor importancia por la razón que exponía en su misiva:

"Sé que está usted en inmejorables relaciones con lady Barville, hermana mayor del difunto lord Montbarry. Los procuradores que utiliza su esposo casualmente son también procuradores de las dos compañías de seguros. Quizá en el informe de la comisión de investigación haya algo que haga referencia a la desaparición de Ferrari. Y, aunque se trate de un documento reservado y no se le permita a lady Barville disponer del informe, no me cabe duda de que los abogados sí responderían a algunas preguntas sobre el caso".

La respuesta llegó a vuelta de correo. Agnes rehusaba la proposición de Mr. Troy.

"Mi intervención, por inocente que fuera", escribía, "ha producido resultados tan deplorables que no puedo ni me atrevo a dar más pasos en el asunto de Ferrari. Si yo no hubiese permitido al desgraciado guía que mencionase mi nombre, lord Montbarry no le hubiese tomado a su servicio, y Emily no sufriría tantos sinsabores como sufre. Ni siquiera miraría el informe al que alude si cayese en mis manos; ya he oído bastante de ese repulsivo palacio veneciano. Si Mrs. Ferrari quiere dirigirse directamente a lady Barville, esto ya es otra cosa. Pero aun en este caso he de imponer la condición ineludible de que mi nombre no suene para nada. ¡Perdóneme usted, mi querido Mr. Troy! Soy muy infeliz y no razono, pero no soy más que una mujer y no debe usted esperar demasiado de mí".

Ante tal situación, el abogado aconsejó que se intentase descubrir el paradero de la doncella que había abandonado a lady Montbarry. Tal idea tenía un inconveniente: para llevarla a cabo se necesitaba dinero, y este dinero faltaba. Mrs. Ferrari se descomponía ante la perspectiva de tocar el billete de mil libras, que había depositado en un banco. Si se mencionaba, se estremecía y lo llamaba, con melodramático acento, "el precio de la sangre de mi marido".

Así, las tentativas para resolver el misterio de la desaparición de Ferrari quedaron en suspenso.

Era el último mes del año de gracia de 1860. La comisión de investigación había comenzado sus tareas el 6 de diciembre. El día 10 terminaba el contrato de alquiler del palacio de Venecia. En las oficinas de las compañías aseguradoras se recibieron telegramas diciendo que los abogados de lady Montbarry la aconsejaban salir para Londres sin la menor dilación. El barón, se creía, acompañaría a su hermana hasta Inglaterra,

pero, a menos de que fuera necesaria su presencia, no permanecería en Londres mucho tiempo. El barón, "bien conocido por su decidida afición a la química", había oído hablar de ciertos descubrimientos relacionados con aquella ciencia hechos en los Estados Unidos, y quería estudiarlos de cerca.

Todas estas noticias, recogidas por Mr. Troy, eran puntualmente comunicadas a Mrs. Ferrari, cuya ansiedad por descubrir el paradero de su esposo la había convertido en una asidua visitante del abogado.

Ella había intentado relatar a su protectora lo que había oído, pero Agnes había rehusado oírla de forma categórica, y le prohibió del modo más absoluto cualquier alusión a lady Montbarry.

-Tienes a Mr. Troy para aconsejarte -dijo-, y puedes contar con mi pequeño auxilio pecuniario si necesitas dinero. Todo lo que pido, a cambio, es que no me aflijas más. Estoy tratando de olvidar -su voz se quebró; se detuvo un momento para reponerse- ...recuerdos, que son aún más tristes desde la muerte de lord Montbarry. Ayúdame con tu silencio. No quiero oír nada más sino son buenas noticias de tu marido.

Llegó el día 13 y nuevos e interesantes informes llegaron a oídos de Mr. Troy... Las tareas de la comisión investigadora habían terminado; el informe había llegado de Venecia aquel día.



Librodot

# VIII

Al día siguiente, los directores de las compañías de seguros y sus consejeros legales se reunieron para leer el informe a puerta cerrada. He aquí los términos en que los comisionados relataban el resultado de sus investigaciones: "Privado y confidencial.

Tenemos el honor de informar a esta dirección que llegamos a Venecia el 6 de diciembre de 1860. El mismo día nos dirigimos al palacio que habitó lord Montbarry durante su última enfermedad y hasta su muerte.

Fuimos cortésmente recibidos por un hermano de lady Montbarry, el barón de Rivar.

Mi hermana ha sido la única enfermera de su marido -nos dijo-. Está rendida por el disgusto y la fatiga; de otro modo ella misma les hubiera recibido. ¿Qué desean, señores, qué puedo hacer por ustedes?

De acuerdo con las instrucciones recibidas, contestamos que el hecho de que lord Montbarry muriera y se enterrara en suelo extranjero hacía indispensable obtener más amplios informes acerca de su enfermedad y las circunstancias que la habían acompañado. Añadimos que la ley concede cierto plazo para el pago de las pólizas, advirtiéndole que llevaríamos la investigación con la más respetuosa consideración a los sentimientos de milady y sin molestar a los demás miembros de la familia.

-Soy yo el único familiar aquí -replicó el barón-, y la casa está a su disposición.

De principio al fin de la entrevista, este caballero adoptó una actitud muy razonable, y se manifestó siempre dispuesto a ayudarnos.

A excepción de la habitación de milady, recorrimos todas las demás dependencias del palacio aquel mismo día. Es un inmenso edificio, amueblado sólo en parte. El primer piso y parte del segundo eran utilizados por lord Montbarry y su familia. Vimos su alcoba en el extremo de un corredor; allí murió milord. Junto a esta pieza hay un pequeño gabinete que le servía de despacho. Próximo a estas habitaciones se ve un inmenso salón, cuyas puertas siempre han estado cerradas, pues el difunto lord se aislaba para dedicarse a sus estudios. En la parte extrema de este salón está el dormitorio de milady y el cuarto de vestir, en el que dormía la doncella hasta que volvió a Inglaterra. Detrás están el comedor y la sala de estar, abriéndose a una antesala, que a su vez da acceso a las anchas escaleras del palacio.

Los únicos aposentos del segundo piso que se usaban eran el gabinete y dormitorio del barón de Rivar, y otro cuarto, a bastante distancia, donde dormía el guía Ferrari.

El tercer piso, así como los bajos, están completamente desnudos y muy deteriorados. Preguntamos si había algo que ver en ellos y se nos dijo que sólo unos sótanos que podíamos ver si lo deseábamos.

Bajamos, pues no queríamos dejar ni un rincón sin examinar. Los sótanos, según se cree, sirvieron hace algunos siglos como prisión. El aire y la luz penetraban débilmente en ellos gracias a dos largas aberturas a flor de tierra en el patio del palacio, defendidas por gruesos barrotes de hierro. La escalera de piedra que conduce al sótano se cierra por medio de una pesada trampa que estaba abierta. Hicimos la observación de lo terrible que sería si aquella compuerta cayera detrás de nosotros. El barón sonrió ante la idea.

-No tengan cuidado, señores -dijo- la puerta está asegurada. Al principio me interesaba que estuviera así. Me apasiona la química experimental... y mi laboratorio, desde que estamos en Venecia, ha sido el sótano.

Estas palabras explicaban el singular hedor que notamos al penetrar en los sótanos. Tan sólo puede definirse dicho hedor diciendo que era compuesto; débilmente aromático al principio, pero seguido de otro olor bastante molesto. A ello daban satisfactoria respuesta los hornillos y retortas del barón, amén de algunos paquetes de productos químicos con el nombre de los comercios que los expedían perfectamente visibles en la etiqueta.

-El lugar no es de lo más a propósito para estudiar -observó el barón-, pero mi hermana es temerosa. Siente horror por los olores y las explosiones... y me ha desterrado a estas regiones profundas, donde mis experimentos no son ni vistos ni oídos.

Extendió sus manos, que llevaba enguantadas.

-Siempre puede ocurrir un accidente -añadió- a pesar de que se tomen todas las precauciones. Haciendo el otro día una mezcla me quemé las manos, y tengo que evitar el contacto del aire.

Hacemos estas fútiles y casi innecesarias reseñas de nuestra visita para demostrar que nuestra exploración en la casa no fue obstaculizada en ningún momento. Hasta fuimos admitidos en el dormitorio de milady aprovechando el momento en que ella había salido a tomar el aire. Se nos había recomendado que examinásemos la residencia de milord, porque su vida exageradamente recluida, en Venecia, y la curiosa partida de los dos únicos sirvientes, podía originar alguna sospecha relacionada con la naturaleza de su muerte. Nada hemos visto que justifique semejante sospecha.

Por lo que hace a la retirada vida de milord, hemos hablado de ello con el cónsul y un banquero que le facilitaba los fondos, quienes son los únicos que han tenido con él alguna comunicación. Fue una vez a retirar dinero y se excusó por visitar al banquero en su domicilio particular, con el pretexto de su mala salud. Lo mismo hizo por carta al cónsul, que le había visitado en el palacio. Hemos visto la carta y la copiamos a continuación: "Los muchos años pasados en la India han debilitado mi constitución. No frecuento ya la vida social; la única ocupación de mi vida es el estudio de las literaturas orientales. Me prueba más este clima que el de Inglaterra; de otro modo no me hubiera movido de casa. Sírvase aceptar estas explicaciones de un enfermo. Mi vida marcha hacia su ocaso". La voluntaria reclusión de milord se explica suficientemente en estas líneas. Por lo demás, hemos realizado tantas pesquisas como hemos podido. Nada que haga sospechar la menor irregularidad ha llegado a nuestros oídos. En lo que respecta a la marcha de la camarera de milady, hemos visto el recibo que acreditaba el pago de su salario; en él la doncella hace constar que deja el servicio de milady porque Italia no le agrada y desea regresar a su país. Ello no es raro con los criados ingleses que salen al extranjero. Lady Montbarry nos dijo que se había abstenido de tomar otra doncella debido al rechazo de milord a admitir extraños en su casa desde que se sentía enfermo. La desaparición del guía Ferrari es, indiscutiblemente, una circunstancia sospechosa. Ni el barón ni milady pueden explicarla; por más que hemos indagado, nadie pudo arrojar luz sobre el asunto, ni dar datos que permitieran asociarlo directa o indirectamente con el objeto de nuestra investigación. Hemos

examinado la maleta que Ferrari dejó en el palacio. No contenía sino ropa; ni dinero, ni el menor pedazo de papel en los bolsillos de los trajes. La maleta está en poder de la policía. Hemos tenido ocasión de hablar con una anciana que hace la limpieza de las habitaciones ocupadas por milady y el barón. Fue recomendada por el dueño de la fonda que enviaba la comida al palacio. La hemos interrogado pacientemente, pero ninguna de sus repuestas merece ser reproducida. El segundo día tuvimos el honor de celebrar una entrevista con lady Montbarry. Milady nos pareció muy apenada y enferma, y ni siquiera sospechaba para qué la necesitábamos. El barón de Rivar, que nos presentó, le explicó la índole de nuestra misión en Venecia, y le costó todo el trabajo del mundo hacerle comprender que todo aquello era pura fórmula. Habiendo convencido a milady sobre este punto, abandonó discretamente la estancia. Las preguntas que dirigimos a lady Montbarry se refirieron en su mayor parte, como es natural, a la enfermedad de milord. Las respuestas, dadas de una manera nerviosa, pero sin la menor reticencia, pueden resumirse así: Lord Montbarry había cambiado hacía algún tiempo, volviéndose nervioso e irritable. La primera vez que se quejó de su dolencia fue el 13 de noviembre último; pasó una noche de insomnio y calentura y al siguiente día se quedó en cama. Milady propuso llamar a un médico. Se negó a consentir, diciendo que para tan poca cosa no necesitaba un médico. Algunas limonadas calientes le harían sudar y esto bastaba. Milady preparó la limonada. El enfermo consiguió sudar y durmió algunas horas. Habiendo ya anochecido y necesitando a Ferrari, lady Montbarry hizo sonar la campanilla. No obtuvo respuesta. El barón de Rivar fue en busca del guía, pero no le encontró en la casa, ni en las inmediaciones. Desde entonces no habían vuelto a saber de él. Esto ocurrió el 14 de noviembre. En la noche de aquel día se presentaron de nuevo los síntomas febriles. Quizás, en parte, eran debidos a la alarma producida por la misteriosa desaparición de Ferrari. Había sido imposible ocultarle esta circunstancia, pues milord llamaba al guía incesantemente, insistiendo en que podría sustituir los cuidados de milady y del barón durante la noche.

El 15 -día en que entró a prestar sus servicios la anciana de la que hemos hablado-, milord se quejó de dolores y opresión en el pecho. Aquel día, y el siguiente, tanto milady como el barón quisieron otra vez llamar al médico. Rehusó categóricamente.

-No quiero ver caras extrañas; mi catarro seguirá su marcha a pesar de los médicos... -fue su respuesta.

El 17 empezó de tal manera que se decidió enviar por el médico, aun sin su consentimiento. El barón de Rivar, después de consultar al cónsul, llamó al doctor Bruno, conocido como uno de los mejores de Venecia; el cónsul lo recomendó porque el doctor había residido en Inglaterra y le eran familiares las prácticas médicas de nuestro país. Hasta aquí lo dicho por milady; a continuación exponemos lo que nos comunicó el doctor Bruno:

Según mi diario de visitas vi a lord Montbarry por primera vez el 17 de noviembre. Padecía un ataque agudo de bronquitis. Se había perdido un tiempo precioso por la obstinación del paciente en no dejarse visitar. En términos generales su estado de salud me pareció delicado. Había un gran desarreglo del sistema nervioso. Su carácter era tímido y contradictorio; cuando le hablé en inglés, me contestó en italiano, y cuando quise hablarle en este idioma, me respondió en inglés. Esto era lo de menos; la enfermedad había hecho tales progresos que tan sólo podía pronunciar unas cuantas palabras seguidas, y éstas en forma de débil murmullo. Apliqué

inmediatamente los oportunos remedios. (Copia de las recetas, traducidas al inglés, se adjuntan a la presente memoria.)

Durante tres días mantuve una constante observación del paciente. Respondía al tratamiento, lenta, pero firmemente. Pude tranquilizar a lady Montbarry comunicándole que había cesado el peligro inminente. No he visto esposa más afecta y dedicada. En vano le aconsejé que contratase a una enfermera; no quería permitir que nadie cuidase a su marido. Noche y día, esa admirable dama estaba junto al lecho del paciente. Los pocos momentos que descansaba lo hacía a fuerza de súplicas de su hermano, que la sustituía. He de añadir que este hermano es un buen acompañante, muy amable e instruido. Su debilidad es la química, y hace experimentos en esos horribles sótanos del palacio; un día quiso que presenciase algunos experimentos, aunque como ya he tratado sobradamente con esa ciencia, rehusé. Pero me aparto del asunto; volvamos al enfermo. Hasta el 20, pues, las cosas iban bastante bien. No imaginaba el desastroso cambio que observé en milord al visitarle la mañana del 21. Estaba abatido, muy abatido. Examinándole para inquirir la causa, encontré síntomas de pulmonía. Respiraba con dificultad y no podía incorporarse. Pregunté, quedando convencido de que los medicamentos habían sido debidamente administrados y que no se había expuesto a bruscos cambios de temperatura. Me vi obligado, no sin embarazo, a informar a lady Montbarry de mi alarma, y al preguntarme ella si no sería aconsejable celebrar una consulta, tuve que responderle que la creía necesaria. Milady me dijo que no reparase en gastos y que llamase al mejor médico de Italia. El más famoso en mi opinión es Torello, de Padua. Envié un telegrama al gran práctico. Llegó aquella misma noche, y confirmó mi opinión; era una pulmonía y la vida del enfermo estaba en peligro. Le expliqué mi tratamiento y lo aprobó en su totalidad. Hizo algunas valiosas observaciones y, a petición de lady Montbarry, consintió en quedarse hasta la mañana siguiente. Vimos con frecuencia al paciente durante la noche. La dolencia, avanzando, se rebelaba contra todo tratamiento. El doctor Torello se fue por la mañana.

-Mi presencia aquí es inútil -me dijo-. Ese hombre no tiene remedio... quizás fuera prudente indicárselo. Advertí a milord, lo más suavemente que me fue posible, de que su hora había llegado.

Lord Montbarry recibió la noticia con bastante resignación, pero con alguna duda. Me hizo seña de que aproximase el oído a su boca y susurró débilmente:

-¿Está usted seguro?

No era ocasión para engañarle.

-Seguro del todo -contesté.

Se detuvo un momento para respirar, y luego murmuró de nuevo:

-¡Busque usted debajo de mi almohada!

Encontré bajo la almohada un sobre cerrado. Sus últimas palabras casi fueron imperceptibles.

-Échela usted personalmente.

Contesté, naturalmente, que así lo haría, y en efecto yo mismo la eché al correo. Leí el sobre. Iba dirigido a una señora, en Londres. No recuerdo la calle. El nombre sí; era un apellido italiano, Ferrari. Cuatro días después murió lord Montbarry. Cuando llegué todavía conservaba inteligencia, y en sus ojos comprendí que me había entendido cuando le dije que la carta estaba en el correo. Preguntar la causa de su muerte, y perdónenme por decir esto, es sencillamente absurdo. Su bronquitis derivó en pulmonía, no



Librodot

cabe la menor duda, y la pulmonía lo mató. La nota del doctor Torello va unida a un duplicado de mi certificación, solicitado, según me ha sido informado, por las compañías en las que milord había asegurado su vida. Las compañías aseguradoras inglesas deben de haber sido fundadas por aquel celebrado apóstol y famoso incrédulo del que nos habla el Nuevo Testamento que se llama Tomás.

Aquí termina la relación del doctor Bruno. Regresando a nuestras investigaciones, preguntada lady Montbarry nada ha podido decirnos de la carta puesta en el correo por el doctor Bruno a petición de lord Montbarry. ?Cuándo la escribió milord? ;Cuál era su contenido? ¿Por qué lo hizo en secreto? ¿Por qué escribirle a la mujer del guía? A estas preguntas no hemos obtenido respuesta. Parece obvio señalar que el asunto da lugar a algunas conjeturas. Quizás una aclaración por parte Mrs. Ferrari podría dar alguna clave. Su residencia en Londres puede hallarse fácilmente acudiendo a las oficinas de la asociación de guías italianos, en Golden Square.

Habiendo llegado al final del presente informe, llamamos su atención a su conclusión, justificada por el resultado de nuestras investigaciones. La cuestión parece ser ésta: ¿La investigación revela alguna circunstancia extraordinaria que pueda dar origen a sospechas acerca de la muerte de lord Montbarry? La investigación ha revelado, indudablemente, circunstancias extraordinarias, tales como la desaparición de Ferrari, la notable ausencia de servidumbre en la casa y la misteriosa carta que milord confió al doctor para ser echada al correo. ¿Pero dónde existe la prueba de que alguna de estas circunstancias se relacione, directa o indirectamente, con el acontecimiento que nos interesa, la muerte de lord Montbarry? En ausencia de tal prueba, y ante la evidencia presentada por dos famosos médicos, es imposible discutir que milord ha muerto de muerte natural. Así pues, nos limitamos a hacer constar que no existen razones válidas para negarse al pago de la suma por la cual el difunto lord Montbarry había asegurado su vida."

# IX

-Ahora, mi querida amiga, dígame lo que desea. No quiero darle prisa, pero son horas de despacho y tengo otros asuntos en que ocuparme además del suyo.

Dirigiéndose a la esposa de Ferrari en estos términos, propios de su habitual buen humor, Mr. Troy echó una mirada al reloj que tenía encima de la mesa, y luego se dispuso a escuchar lo que su cliente tenía que decirle.

-Es acerca de la carta con las mil libras -empezó Mrs. Ferrari-. He descubierto quién me la envió.

Mr. Troy dio un respingo.

-Realmente eso es importante -dijo-. ¿Quién lo hizo?

-Lord Montbarry, señor.

No era fácil coger a Mr. Troy por sorpresa. Pero Mrs. Ferrari había conseguido dejarlo atónito. Durante un instante sólo fue capaz de quedarse mirando a la mujer con expresión de asombro.

-¡Bah! -exclamó tan pronto como se hubo repuesto- Ahí existe alguna equivocación... no puede ser.

-No hay equivocación posible -replicó Mrs. Ferrari con firmeza -. Dos empleados de las compañías de seguros han venido a verme esta mañana para que les enseñe la carta. Estaban perplejos... especialmente al enterarse de lo del billete. Pero sabían de quién era la carta. El médico que asistió a milord en Venecia la echó al correo a petición del propio lord Montbarry. Si no me cree puede hablar con esos señores. Me preguntaron con mucha delicadeza si había título alguno que justificase un regalo tan espléndido. Les di mi parecer... que era un rasgo de la bondad de milord.

-¿De la bondad de milord? -repitió el abogado, cada vez más sorprendido.

-Sí, señor. Lord Montbarry me conoció, como toda su familia, cuando estaba en la escuela de su finca, en Irlanda. De haberle sido posible hubiese protegido a mi pobre marido. Pero estaba desamparado en manos de milady y del barón... ¡y lo único que podía hacer era socorrer mi viudedad, obedeciendo a su noble corazón!

-¡Bonita explicación! -exclamó Mr. Troy-. ¿Qué dijeron a eso los empleados de las aseguradoras?

-Me preguntaron si tenía pruebas de la muerte de mi marido.

-¿Y qué contestó usted?

-Les dije: tengo algo mejor que las pruebas, señores; tengo mi firme convicción.

-Y, naturalmente, se quedaron tan satisfechos.

-No me lo dijeron. Se miraron el uno al otro... y se despidieron.

-Eso haré yo también, Mrs. Ferrari, si no tiene usted algo más que contarme. Tendré en cuenta sus informes, realmente importantes, lo confieso; es lo único que puedo hacer a falta de pruebas.

-Puedo proporcionárselas, señor... si es eso lo que necesita -dijo Mrs. Ferrari con gran dignidad-. Tan sólo deseo saber si la ley permite hacer lo que intento. Debe haber leído en los ecos de sociedad de los periódicos que lady Montbarry ha llegado a Londres y que reside en el Hotel Newbury. He resuelto ir a verla.

-¡Qué barbaridad! ¿Y puedo preguntar para qué, Mrs. Ferrari? -cuchicheó.

-¡Para tenderle una trampa! No la visitaré con mi nombre... me anunciaré como quien va a un asunto cualquiera, y lo primero que le diré al verla será: "Vengo, milady, a comunicarle que la viuda de Ferrari ha recibido el dinero". ¡Ah... bien puede usted estremecerse, Mr. Troy! ¿Casi le causo a usted miedo, verdad? Tranquilícese usted; la prueba que se me pide la encontraré en la culpabilidad de su rostro. ¡Que mude de color... que baje los ojos un momento... yo lo veré! Lo único que deseo saber es si la ley lo permite.

-La ley lo permite -contestó Mr. Troy con severidad-, pero que lo permita milady ya es otra cosa. ¿Tiene usted realmente el valor necesario para llevar a cabo su estratagema? Según Miss Lockwood, usted es nerviosa y tímida... y a mí también me lo parece.

-Si usted hubiese vivido en el campo y no en Londres -replicó Mrs. Ferrari-, habría tenido ocasión de ver a las ovejas convertidas en lobos. No digo que yo sea una mujer atrevida... muy al contrario. Pero en presencia del mal, y pensando en mi esposo asesinado, si de las dos alguna ha de tener miedo no soy precisamente yo. Y ahora, señor, le dejo. Ya sabrá usted el final. Buenos días.

Con estas atrevidas palabras la esposa del guía, después de echarse el chal a la espalda, se encaminó a la puerta. Mr. Troy sonrió, no burlona, sino compasivamente.

-¡Pobre ignorante! -pensó-. Si la mitad de lo que se cuenta de lady Montbarry es cierto compadezco a Mrs. Ferrari y a su trampa. No sé cómo acabará esto.

Ni siquiera la enorme experiencia de Mr. Troy bastaba para adivinar adónde iría a parar todo aquello.

# X

Mrs. Ferrari, firme en su idea, fue directamente del despacho de Mr. Troy al Hotel Newbury.

Lady Montbarry estaba en sus habitaciones, sola. Pero los recepcionistas del hotel vacilaban al ver que la visitante rehusaba decir su nombre. La nueva doncella de milady cruzaba el vestíbulo en el preciso momento en que se ventilaba la cuestión. Era francesa, y decidió el asunto a la manera pronta, fácil y racional de sus compatriotas... "El aspecto de esta señora es respetable. Puede tener sus razones para no dar su nombre, y milady estar de acuerdo con ello. De todos modos no tengo órdenes prohibiendo el paso de una señora extraña, por lo que el asunto sólo concierne a esta señora y a milady. ¿Quiere la señora, pues, tener la amabilidad de seguir a la doncella de milady?" A pesar de su decisión, el corazón de Mrs. Ferrari palpitaba al cruzar la antesala y llegar a una puerta lateral, a la que llamó la doncella. Pero las personas de temperamento nervioso más exagerado son las más capaces (probablemente haciendo un supremo y espasmódico esfuerzo) de llevar a cabo las acciones más heroicas y audaces. Una clara y grave voz contestó desde dentro: "Adelante". La camarera, abriendo la puerta, anunció:

-Una señora que desea hablar con milady -y se retiró inmediatamente.

Durante los instantes en que sucedía todo esto la tímida Mrs. Ferrari trataba de dominar el loco palpitar de su corazón; se detuvo en el umbral, consciente de sus manos temblorosas, de sus labios secos y de cómo ardía su frente; así, llegó ante la viuda de lord Montbarry, tan serena exteriormente como la propia milady. Era poco después del mediodía, pero el aposento estaba a media luz. Las ventanas tenían corridas las cortinas. Lady Montbarry estaba sentada de espaldas a las ventanas, como si aquella luz, aun apagada, le disgustase. Físicamente había desmejorado desde el día en que el doctor Wybrow la viera en su consulta. Su belleza había desaparecido; su cara sólo era piel y hueso; el contraste entre su lívida tez y sus centelleantes ojos había aumentado. Vestida toda de negro, con la excepción de su tocado de viuda, de brillante blancura, reclinada en el sofá sobre una manta de piel, miró a la desconocida con un destello de lánguida curiosidad, y luego devolvió sus ojos a la pantalla que mantenía entre el fuego del hogar y su rostro.

-No la conozco -dijo-. ¿Qué desea?

Mrs. Ferrari trató de contestar. Su ímpetu había desaparecido. Las osadas palabras que había decidido pronunciar se agitaban en su mente pero se extinguían en sus labios. Hubo un momento de silencio. Lady Montbarry echó una nueva mirada sobre la silenciosa desconocida.

-¿Es usted sorda? -preguntó.

Otro silencio. Lady Montbarry volvió los ojos a la pantalla añadiendo:

-Quizás ha venido a pedirme dinero...

¡Dinero! esta palabra reanimó el abatido espíritu de la mujer del guía. Recobró el valor y el habla.

-¡Míreme milady! -dijo con audacia.

Lady Montbarry posó en ella sus ojos por tercera vez. La frase fatal fue pronunciada por Mrs. Ferrari:

-Vengo, milady, a comunicarle que la viuda de Ferrari ha recibido el dinero.

Los centelleantes ojos de lady Montbarry miraron con fijeza a aquella mujer que le hablaba en semejantes términos. Ni la menor expresión de confusión o sobresalto, ni siquiera un momentáneo destello de interés alteraron la mortal inmovilidad de su faz. Apartó sus ojos y los devolvió a la pantalla con la misma calma que otras veces. La prueba se había llevado a cabo, y había fracasado terminantemente. Siguió un nuevo silencio. Lady Montbarry reflexionó... Una sonrisa, a la vez triste y cruel, apareció en sus delgados labios. Señaló una silla al extremo de la sala.

-Haga el favor de sentarse -dijo.

Abatida por el sentimiento de fracaso, no sabiendo ya qué decir ni hacer, Mrs. Ferrari obedeció maquinalmente. Lady Montbarry, incorporándose por primera vez, la examinó con atención mientras cruzaba la estancia, y de nuevo se dejó caer en la posición en que Mrs. Ferrari la había encontrado.

-No -se dijo-, camina con seguridad; no está embriagada... es probable que esté loca.

Había hablado lo bastante alto como para ser oída. Herida por el insulto, Mrs. Ferrari replicó inmediatamente:

-¡Estoy tan embriagada o loca como usted!

-¿Sí? -dijo lady Montbarry-. Entonces es usted una insolente. En este país los ignorantes suelen ser insolentes. Sin duda se debe a la libertad que se les concede. Algo muy inglés, que los extranjeros podemos observar al transitar por las calles. Pero yo no puedo ser insolente con usted. Difícilmente puedo comprender lo que ha dicho. Mi doncella ha cometido una imprudencia haciéndola pasar. Supongo que su apariencia la ha inducido a ese error. Y ahora pregunto: ¿quién es usted? Ha citado a un hombre que nos dejó de un modo muy extraño. ¿Era acaso casado? ¿Es usted su mujer? ¿Sabe usted dónde está?

La indignación de Mrs. Ferrari superó todos los límites. Se adelantó hacia el sofá; olvidó todo temor inmersa en la vehemencia y furia de su respuesta.

- ¡Soy su viuda... y usted lo sabe, usted, mujer perversa! ¡Ah! ¡Fue una hora desgraciada aquélla en que Miss Lockwood recomendó mi marido a lord Montbarry...!

Antes de que Mrs. Ferrari pudiera decir otra palabra, lady Montbarry saltó del sofá con la prontitud y agilidad de un gato, la asió por ambos brazos y la sacudió frenéticamente, como una loca.

-¡Miente usted! ¡Miente usted!

La dejó después de gritar esto y extendió sus manos con gesto desesperado.

-¡Oh, Dios mío! ¿Será posible? -exclamó-. ¿Habrá alcanzado Ferrari mi casa gracias a esa mujer?

Se volvió como un rayo hacia Mrs. Ferrari y la detuvo cuando ésta iba a ganar la puerta.

-¡No se mueva; no se mueva y conteste! ¡Si grita, como hay un Dios en el cielo que la ahogo con mis propias manos! Siéntese y no tema. ¡Perversa! ¡Confiese usted que mentía cuando ha mencionado el nombre de Miss Lockwood! ¡No! ¡No la creo aun cuando me lo jure! No lo creeré hasta que Miss Lockwood lo afirme por su boca. ¿Dónde vive? ¡Conteste, miserable, y luego, váyase!

Aterrada, Mrs. Ferrari vaciló. Lady Montbarry le tendió sus manos amenazantes, crispando los amarillos y descarnados dedos. Mrs. Ferrari

retrocedió y dio las señas. Milady señaló despreciativamente la puerta; después cambió de idea.

-¡No, aún no! Usted le contará a Miss Lockwood lo ocurrido y ella no querrá recibirme. Voy a su casa y usted vendrá conmigo. No tema, sólo me acompañará hasta la puerta, no más allá. Siéntese. Voy a llamar a la camarera. Póngase de espaldas a la puerta; su cara asustada sólo puede llamar la atención.

Tiró del cordón de la campanilla. Apareció la doncella.

-¡Mi abrigo y un sombrero, inmediatamente!

La doncella trajo los objetos pedidos.

-¡Un coche a la puerta; que lo encuentre al bajar!

La doncella salió corriendo. Lady Montbarry se miró al espejo y volviéndose con felina rapidez hacia Mrs. Ferrari, dijo:

-Estoy más cadavérica que antes, ¿verdad? Déme el brazo.

Mrs. Ferrari obedeció y salieron del aposento.

-No tiene nada que temer si me obedece -le dijo bajando las escaleras-. Me dejará a la puerta de Miss Lockwood, y nunca más intentará verme.

En el vestíbulo encontraron a la dueña del hotel. Lady Montbarry presentó a su compañera.

-Mi buena amiga Mrs. Ferrari, a quien he tenido mucho placer en ver.

La dueña las acompañó hasta la puerta. El coche estaba esperando.

-Suba usted primero, Mrs. Ferrari -dijo milady-, y déle las señas al cochero.

El carruaje partió. El variable humor de lady Montbarry cambió de nuevo. Con un gemido de angustia se reclinó en un rincón. Sumida en sus negros pensamientos, ajena a la mujer que había doblegado merced a su voluntad de hierro, como si no existiese, se mantenía en un siniestro silencio, hasta que llegaron frente al domicilio de Miss Lockwood. En un momento recobró su viveza. Abrió la puerta del coche, saltó de él y cerró de nuevo antes de que el cochero alcanzase a bajar del pescante.

-Lleve esta señora a su casa -dijo pagándole.

Momentos después llamaba a la puerta de la casa.

-¿Está Miss Lockwood en casa? -preguntó.

-Sí, señora.

-¿Adónde, señora? -preguntaba entretanto el cochero a Mrs. Ferrari.

Ésta se pasó la mano por la frente, tratando de coordinar sus ideas. ¿Podía ella dejar desamparada en manos de lady Montbarry a su amiga y protectora? Continuaba indecisa acerca de lo que tenía que hacer, cuando un caballero, deteniéndose a la puerta de Miss Lockwood, miró por azar hacia el coche y la vio.

-¿Venía usted a ver a Miss Agnes? -le preguntó.

Era Henry Westwick. Mrs. Ferrari juntó sus manos en señal de gratitud.

-¡Vaya usted, señor! –exclamó-. ¡Suba usted sin perder un momento! ¡Esa espantosa mujer está con Miss Lockwood! ¡Corra a protegerla!

-¿Qué mujer? -preguntó Henry.

La respuesta le impresionó vivamente. Con la sorpresa y la indignación pintados en su rostro miró a Mrs. Ferrari al ser pronunciado el aborrecido nombre de lady Montbarry.

-Voy a ver -fue todo lo que dijo.



Librodot

# XI

-Lady Montbarry, señorita.

Agnes estaba escribiendo una carta cuando la sirvienta la dejó estupefacta con el nombre de la visita. Su primer impulso fue negarse a recibirla. Pero lady Montbarry había tenido la precaución de seguir a la criada, y antes de que Agnes hubiese podido decir una palabra se introdujo en el salón.

-Le pido a usted mil perdones por mi intrusión, Miss Lockwood. Pero debo hacerle una pregunta que tiene para mí un inmenso interés. Nadie salvo usted puede contestarla.

Con tono grave y vacilante, los ojos fijos en el suelo, lady Montbarry inició la entrevista con aquellas palabras.

Sin hablar, Agnes señaló una silla. Era lo único que podía hacer en aquel momento. Todo lo que había leído de la oscura y siniestra vida en el palacio de Venecia; todo cuanto había oído de la trágica muerte de Montbarry en un país extranjero; todo lo que sabía de la misteriosa desaparición de Ferrari acudió de súbito a su mente en el mismo momento en que la enlutada figura se presentó ante sus ojos. La extraña conducta de lady Montbarry venía a añadir una nueva perplejidad a las dudas y recelos que la conturbaban. ¡Allí estaba aquella aventurera, cuyo carácter había dejado huella en toda Europa, inconcebiblemente transformada en una tímida y temblorosa criatura! Ni una sola vez, desde que había entrado en la estancia, Lady Montbarry había aventurado una mirada sobre Agnes. Adelantándose a tomar la silla que ésta le había señalado, vaciló, puso la mano sobre el respaldo para apoyarse, y permaneció inmóvil.

-Permítame un momento -dijo débilmente.

Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho; estaba ante Agnes como un reo confeso ante un juez inflexible.

El silencio que siguió era, por ambas partes, el silencio del miedo. En medio de ese silencio se abrió la puerta y apareció Henry Westwick. Miró a lady Montbarry, se inclinó con glacial cortesía y pasó adelante. Al ver al hermano de su marido, el abatido espíritu de la condesa renació a la vida. Se irguió. Sus ojos miraron los de Henry con aire de reto. Devolvió el saludo con sonrisa desdeñosa. Henry se acercó a Agnes.

-¿Ha sido invitada por ti esta dama? -preguntó calmosamente.

-No.

-¿Deseas hablar con ella?

-Su presencia me resulta penosa.

El joven se volvió hacia su cuñada.

-¿Ha oído? -le dijo fríamente.

-He oído -contestó ella con mayor frialdad aún.

-Su visita es, cuando menos, inoportuna.

-Su intervención es, cuando menos, impertinente.

Y diciendo esto, lady Montbarry se aproximó a Agnes.

La presencia de Henry parecía servirle de alivio y estímulo.

-Permítame usted que le haga mi pregunta, Miss Lockwood -dijo con afabilidad-. No es comprometedora. ¿Cuando el guía Ferrari se dirigió a mi marido para que le contratase, usted...?

Le faltó resolución para concluir. Se dejó caer, temblando, en una silla, y después de un momento pudo serenarse.

-¿Permitió usted que Ferrari -continuó- usase su nombre para así garantizar su contratación?

Agnes no contestó con su habitual concisión. La referencia a Montbarry, procedente de aquella mujer, la hacía sentirse agitada y confusa.

-Conozco a la esposa de Ferrari desde hace muchos años -empezó-, y me inspira un gran interés...

Lady Montbarry levantó bruscamente sus manos con gesto suplicante.

-¡Oh, Miss Lockwood; no malgaste usted el tiempo hablando de ella! Conteste sí o no a mi pregunta.

-Permíteme que lo haga yo -dijo Henry-. Sé lo bastante para poder responder.

Agnes rehusó con un gesto. La interrupción de lady Montbarry había despertado en ella un sentimiento que la empujaba a comportarse como debía. Contestó del modo más claro.

-Cuando Ferrari escribió a lord Montbarry -dijo-, usó mi nombre, en efecto.

Todavía no había adivinado qué era lo que pretendía su visitante. Pero la impaciencia de lady Montbarry no le permitía el menor disimulo. Se puso en pie y avanzó hacia Agnes.

-¿Fue con su conocimiento y con su permiso? -preguntó milady-. Todo lo que quiero saber es eso. Por el amor de Dios, ¿fue así o no?

-¡Sí!

Aquella palabra cayó como una lápida sobre lady Montbarry. La vida que animaba su semblante momentos antes se extinguió súbitamente y pareció convertirse en piedra. Permaneció, maquinalmente, delante de Agnes, con una inmovilidad tan perfecta que ni siquiera su respiración era perceptible.

-Levántese -dijo Henry rudamente-. Ya tiene su respuesta.

-Lo que tengo es mi sentencia -dijo en voz baja, mirándolo.

Y se encaminó lentamente hacia la puerta.

Para asombro de Henry, Agnes evitó que saliera.

-Un momento, lady Montbarry; yo también tengo algo que preguntarle.

Lady Montbarry se detuvo en el acto, con la misma sumisión con que hubiese obedecido a una voz de mando. En el otro extremo de la estancia, Henry empujó suavemente a Agnes a un lado y la regañó.

-Has hecho mal en detenerla -dijo.

-No -susurró Agnes-, he recordado algo.

-¿Qué?

-La mujer de Ferrari; lady Montbarry puede saber algo de su esposo.

-Puede, pero no lo dirá.

-Es posible, Henry, pero debo intentarlo por la pobre Emily.

-Tu bondad es inagotable -dijo el joven mirándola con admiración.- ¡Siempre pensando en los demás y nunca en ti misma!

Entretanto lady Montbarry esperaba con extraña resignación. Agnes se volvió hacia ella.

-Perdóneme por haberla hecho esperar -dijo dulcemente-. Usted ha hablado de Ferrari; de él quiero hablarle yo también.

Lady Montbarry inclinó la cabeza en silencio. Su mano temblaba al llevarse el pañuelo a la frente. Agnes notó aquel temblor y retrocedió un paso.

-¿Le es doloroso este asunto? -preguntó tímidamente.



Librodot

Siempre en silencio, lady Montbarry le indicó con un movimiento de mano que podía continuar. Henry se aproximó, mirando atentamente a su cuñada. Agnes prosiguió:

-En Inglaterra no se ha hallado de él el menor rastro. ¿Tiene usted noticias suyas?

Los delgados labios de milady se entreabrieron en una triste y cruel sonrisa.

-¿Por qué me pregunta a mí por el guía? -contestó-. Ya sabrá lo que ha sido de él, Miss Lockwood, pero a su debido tiempo.

Agnes se estremeció.

-No la comprendo -dijo-, ¿cómo podré saberlo? ¿Me lo dirá alguien?

-Sí, alguien se lo dirá.

Henry no pudo permanecer por más tiempo en silencio.

-Quizás la misma milady... -interrumpió con ironía.

-Quizás tenga razón -contestó con maneras desdeñosas la condesa, quizá un día sea yo quien le diga a Miss Lockwood lo que ha sido de Ferrari, si...

Se detuvo con los ojos fijos en Agnes.

-¿Si qué? -preguntó Henry.

-Si Miss Lockwood me fuerza a ello.

Agnes la escuchaba con estupor.

-¿Forzarla a ello? -repitió-. ¿Cómo podría ser eso? ¿Quiere usted decir que mi voluntad es más fuerte que la suya?

-¿Quiere decir que la llama no quema al insecto que se precipita en ella? -respondió lady Montbarry-. ¿Ha oído hablar de la fascinación del terror? Yo siento por usted esa fascinación. No tengo deseos de verla; usted es mi enemigo. Por primera vez en mi vida, contra mi voluntad, me someto a mi enemigo. ¡Vea usted! Aquí me he quedado, esperando, porque así me lo ha mandado; y mi temor crece ¡se lo juro! cuanto más tiempo pasa. ¡Oh... no me obligue a saciar su curiosidad o su compasión! Siga usted el ejemplo de Mr. Westwick. Sea seca y brutal como él. No perdone. Dígame que me vaya.

La franca y sencilla naturaleza de Agnes no podía descubrir un significado inteligible en aquel exabrupto.

-Se equivoca usted creyéndome su enemiga -dijo-. El daño que usted me hizo al aceptar la proposición de lord Montbarry no era intencionado. Y la perdoné del todo después de que él hubiera muerto...

Henry estaba escuchando con una mezcla de admiración y disgusto.

-¡Basta! -exclamó-. ¡Eres demasiado buena para ella... no lo merece!

Su interrupción le pasó inadvertida a lady Montbarry. Las sencillas palabras con que Agnes le había contestado habían absorbido toda su atención. Al oírla, su faz había cambiado, expresando un agudo y tremendo dolor. Su voz delataba que había perdido cualquier esperanza.

-Inocente criatura -dijo-, ¿qué importa su perdón? No trato de asustarla; me siento miserable. ¿Sabe lo que es tener el firme presentimiento de que el mal se acerca, y sin embargo, no tener la esperanza de que esa convicción pueda evitarlo? Cuando la vi a usted por primera vez, antes de mi boda, aún me quedaba esperanza. Una esperanza que ha vivido en mí hasta hoy. Pero usted la ha matado al responder a mi pregunta sobre Ferrari.

-¿He destruido yo sus esperanzas? -exclamó Agnes-. ¿Qué relación existe entre el hecho de que yo permitiese a Ferrari usar mi nombre y las espantosas cosas que está usted diciendo?

-Está próximo el día, Miss Lockwood, en que lo descubrirá. Entretanto, le explicaré en pocas palabras el porqué de mi temor hacia usted. El día en que le arrebaté a su amor... ¡estoy plenamente convencida de ello!... fue usted elegida como el instrumento de expiación de mis pecados de tantos años. ¡Oh... cosas semejantes les han ocurrido ya a otros! Ha habido personas que, inocentemente, han inducido a otras a cometer el mal. Usted ha hecho eso conmigo... y hará más aún. Me conduce fatalmente al día del descubrimiento y el castigo, que merezco. Nos volveremos a ver... aquí, en Inglaterra, o en Venecia, donde mi marido murió, pero será la última vez.

A pesar de su buen sentido y de no creer en supersticiones, Agnes quedó impresionada por la ansiedad con que fueron dichas aquellas frases. Se volvió a Henry, intensamente pálida.

-¿Comprendes lo que dice?

-Nada más fácil de comprender -respondió él desdeñosamente-; sabe lo que ha sido de Ferrari y trata de confundirte con una maraña de patrañas porque no se atreve a confesar la verdad. ¡Deja que se vaya!

Lady Montbarry repuso:

-Aconseje a Mrs. Ferrari que tenga paciencia. Usted sabrá lo que le ha pasado a su esposo, y podrá decírselo. No se preocupe. Algún acontecimiento sin importancia volverá a reunirnos. Tan poco importante como la recomendación de Ferrari. Patrañas, Mr Westwick. Cosas absurdas y tristes. Pero las mujeres siempre decimos cosas absurdas, ¿verdad? Buenos días, Miss Lockwood.

Abrió la puerta rápidamente, como si temiera que fueran a retenerla de nuevo, y salió de la estancia.



Librodot

# XII

-¿Crees que está loca? preguntó Agnes.

-La creo simplemente perversa. Falsa, supersticiosa, cruel; pero de ninguna manera loca. Su intención al venir aquí ha sido atemorizarte.

-Y lo ha conseguido. Me avergüenzo de confesarlo; pero es así.

Henry la miró un momento, vaciló, y luego se sentó a su lado, en el sofá.

-Estoy angustiado por ti, Agnes -dijo-. De no haber sido por la casualidad que me ha conducido hasta aquí... ¿quién sabe lo que esa mujer te hubiera dicho o hecho de encontrarte sola? Llevas una vida exageradamente solitaria. Me entristece pensar en ello; sobre todo después de lo que ha ocurrido hoy. ¡No! ¡No! Es inútil decir que cuentas con tu anciana nodriza. Es demasiado vieja; no sirve para protegerte. No tergiverses mi interés, Agnes; lo que digo está inspirado por mi afecto.

Henry le tomó una mano. Ella hizo un leve intento de retirarla, pero sin resultado.

-¿Llegará el día -continuó con acento suplicante-, en que me corresponda el deber de protegerte? ¿Un día en el que tú seas para siempre la alegría y el orgullo de mi vida?

Le estrechó dulcemente la mano. Agnes no contestó. Su rostro pasaba alternativamente de la lividez al rubor más encendido; sus ojos evitaban los de él.

-Soy tan desdichado que no consigo sino ofenderte -se reprochó Henry.

Ella contestó en un susurro:

-¡No!

-¿Te he disgustado?

-Me haces pensar en los tristes días del pasado.

No dijo más; por segunda vez intentó retirar la mano. Él continuó reteniéndola; se la llevó a los labios.

-¿Y no puedo aspirar a hacerte pensar en otros días, días más felices? O, si has de pensar en días pasados, ¿por qué no lo haces en aquellos en los que empecé a amarte?

La joven suspiró hondamente.

-No sigas hablando, Henry -contestó con tristeza-, evítame esos pensamientos.

El color reapareció en sus mejillas; su mano temblaba en la de Henry. Estaba adorable; sus ojos fijos en el suelo, su pecho palpitante. En aquel momento el joven hubiera dado todo lo del mundo por estrecharla entre sus brazos y cubrirla de besos. Una misteriosa empatía, transmitida de mano a mano, reveló a Agnes lo que pasaba por la mente de Henry. Finalmente, separó su mano y afrontó su mirada. Había lágrimas en sus ojos. No dijo nada; dejó que sus ojos hablasen por ella. Ellos advirtieron a Henry, sin cólera ni disgusto, que no debía ir más allá en aquel momento.

-Dime sólo que me perdonas -dijo Henry levantándose del sofá.

-Sí -contestó ella-, estás perdonado.

-¿No he perdido tu estima, Agnes?

-¡Oh, no!

-¿Quieres que me vaya?

Ella se levantó y se dirigió al escritorio antes de contestar. La carta que estaba escribiendo cuando llegó lady Montbarry, yacía sobre la carpeta, inacabada. Al mirar primero la carta y luego a Henry, la sonrisa que tanto encantaba a todo el mundo apareció de nuevo en sus labios.

-No te vayas todavía -dijo-, porque tengo algo que decirte. Apenas sé cómo explicarme. Quizá será mejor dejar que lo adivines. Hablabas de mi vida. No es una vida feliz, Henry, lo confieso.

Hizo una pausa. En el rostro del joven se pintaba una ansiedad creciente.

-¿Sabes que me he anticipado a tu idea? -continuó-. Voy a cambiar completamente de vida, si es que tu hermano Stephen y su esposa están de acuerdo.

Abrió el pupitre mientras hablaba. Henry, atenazado por las dudas, se mantenía en silencio. Era imposible que aquel cambio de vida significara que fuera a casarse, pero sintió una profunda aversión hacia el sobre que ella le mostraba. Sus miradas se encontraron; ella sonrió.

-Mira esta carta -dijo-. Quizás reconozcas la letra. Miró el sobre. Era una letra grande e irregular, de niño. Lo abrió inmediatamente. "Querida tía Agnes: Nuestra aya se ha marchado. Ha heredado mucho dinero y una casa. Hemos tomado dulces y un licor que nos ha regalado para festejar su fortuna. Tú nos prometiste ser nuestra aya, y ésta es la ocasión. Mamá no sabe que te escribo. Ven enseguida, antes de que mamá contrate otra institutriz. Tu querida Lucy es la que te escribe. Claire y Blanche han tratado de hacerlo también, pero son aún muy pequeñas y lo emborronan todo".

-De tu sobrina, la mayor -explicó Agnes mientras Henry la miraba estupefacto. -Las niñas se acostumbraron a llamarme tía cuando pasé el otoño con ellas. Eran mis compañeras inseparables... son las criaturas más encantadoras del mundo. Es enteramente cierto que les prometí ser su aya si se iba la que tenían. Cuando llegaste estaba escribiendo a tu cuñada.

-¿Pero estás de broma? -exclamó Henry.

Agnes puso en sus manos la carta. Agnes se ofrecía para el cargo de institutriz en la casa de los Westwick. La estupefacción de Henry se desbordó.

-¡Pero allí no van a creer que hablas en serio! -dijo.

-¿Por qué no? preguntó Agnes sin inmutarse.

-Eres la prima de Stephen y una antigua amiga de su esposa.

-Doble motivo para confiarme la educación de sus hijas.

-Pero tú eres de su misma clase... no tienes necesidad de ganarte la vida dependiendo de nadie. ¡Es absurdo pensar que puedas entrar al servicio de nadie!

-¿Qué tiene de absurdo? Las niñas me quieren; su madre también; mi primo siempre me ha profesado una auténtica amistad. Soy la persona indicada para el puesto, y en cuanto a mis conocimientos, muy olvidados deberían estar para que no me permitieran educar a unas niñas. Dices que soy su igual. ¿No hay otras mujeres que sirven a sus iguales? Además, tampoco me creo su igual. ¿No es Stephen el heredero del título? ¿No es un lord? No quiero discutir si hago bien o mal dando este paso... esperemos los acontecimientos. Estoy cansada de mi vida aquí, y anhelo ser más feliz y más útil en otro hogar. Estoy segura de que tanto tu cuñada como tu hermano aceptarán mi propuesta.

Henry se sometió pero no quedó convencido. Era hombre al que repugnaba cualquier excentricidad, incluso cualquier acto que se apartase de la costumbre, y sentía recelo del cambio que Agnes se proponía introducir en su vida. Con nuevos intereses que ocupasen su espíritu, quizás la encontrase menos propicia a escucharle cuando él volviera sobre sus pretensiones. La vida solitaria e inútil de la que ella se quejaba jugaba en su favor; cuanto más vacío se hallase su corazón mas accesible le sería. Si sus sobrinas lo colmaban, las nubes de la duda vendrían a oscurecer sus proyectos. Conocía demasiado al bello sexo para no abrigar aquellos egoístas temores. Pero con una mujer tan sensible como Agnes la única política que podía tomarse era la de permanecer a la expectativa. Optó pues por disimular su disgusto y cambió de conversación.

-La carta de mi sobrinita me ha hecho recordar uno de los motivos que me han hecho venir.

Agnes miró la carta de la niña.

-¿Cómo? -preguntó.

-La institutriz de Lucy no es la única persona que ha tenido la fortuna de heredar -confesó Henry-. ¿Está tu nodriza en casa?

-¿Ha heredado algo mi nodriza?

-Un centenar de libras. Llámala, Agnes. Mientras viene te leeré la carta.

Agnes agitó la campanilla mientras Henry sacaba un puñado de cartas de su faltriquera. Al regresar junto a él observó en sus manos un impreso. Se trataba de un folleto encabezado por estas palabras: "Compañía del Hotel Palace, Venecia". Las dos palabras, Palace y Venecia, le trajeron a la mente la desagradable visita de lady Montbarry.

-¿Qué es eso? -preguntó, señalando el impreso.

-Un negocio prometedor. Los buenos hoteles siempre rinden beneficios si están bien dirigidos. Conozco a quien va a dirigir éste, y tengo tanta confianza en él que he comprado acciones.

La respuesta pareció dejar insatisfecha a Agnes.

-¿Y por qué se llama Palace? -preguntó.

Henry la miró, e inmediatamente comprendió el motivo que la impulsaba a hacer aquella pregunta.

-Sí -dijo-, es el palacio en que vivía mi hermano. Va a ser transformado en hotel.

Agnes le dio la espalda silenciosamente y se sentó en el extremo opuesto de la sala. Henry le había causado un gran disgusto. Ella sabía que las rentas del joven eran escasas, por lo que era comprensible que buscase negocios para acrecentarlas. Pero no podía sino censurar que Henry se intentase lucrar con la casa en que su hermano había muerto. Incapaz de comprender este punto de vista sentimental sobre lo que le parecía un negocio lícito y diáfano, Henry se concentró de nuevo en sus papeles, algo perplejo por aquel súbito cambio en la actitud de Agnes. Acababa de encontrar la carta que buscaba cuando apareció la nodriza en el dintel de la puerta. El joven miró a Agnes, esperando que ésta hablara, pero ella ni siquiera alzó el rostro al llegar la anciana. Fue Henry quien tuvo que explicar por qué se la había llamado.

-Bueno, nodriza -dijo-, ha tenido usted un pequeño golpe de suerte. Le han legado cien libras.

La nodriza no mostró signo alguno de excitación. Se mantuvo en silencio mientras su mente absorbía la noticia, y luego dijo serenamente:

-¿Y quién me ha dejado ese dinero, Mr. Westwick?

-Lord Montbarry, mi difunto hermano.

Agnes levantó la cabeza con viveza. Henry continuó:

-Ha dejado algo como recuerdo a todos los criados de la familia que aún viven. Aquí tiene la carta de su abogado.

En todas las clases sociales la gratitud es la más rara de las virtudes humanas. Pero en la de la nodriza es virtud más rara aún. Su opinión acerca del hombre que había engañado y abandonado a su señora seguía siendo desfavorable, sin que la mejorara la pasajera circunstancia del legado.

-¡Me admira que milord se acordase de los criados! -dijo-. ¡Jamás tuvo corazón!

Agnes la interrumpió bruscamente. La naturaleza es capaz de proporcionar energía incluso a las más dulces criaturas. La misma Agnes era capaz, en ocasiones, de mostrarse iracunda. La observación de la nodriza sobre el carácter de Montbarry la sacó de sus casillas.

-¡Si te quedara un mínimo decoro -exclamó- te avergonzarías de lo que acabas de decir! Tu ingratitud me repugna. Te dejo con ella, Henry. Supongo que a ti no te molestará.

Con esta indirecta, con la que Agnes indicaba que su estimación por él había disminuido, la joven abandonó la estancia. La nodriza recibió el correctivo con desparpajo. Cuando se cerró la puerta, la filosófica anciana se giró hacia Henry.

-¡Qué obstinadas son las jóvenes! -observó-. Miss Agnes no quiere oír hablar mal de milord, a pesar de cómo se comportó con ella. Y desde que ha muerto, peor aún. Pero se le pasará con el tiempo. ¡Usted insista, Mr. Westwick, no la deje!

-Agnes no quería ofenderla -dijo Henry.

-¡Ofenderme! Me gusta verla enfadada de vez en cuando, como cuando era una niña. ¡Dios me la conserve! Cuando le dé las buenas noches, me besará diciendo: Nodriza, perdona mi mal humor... ¡Pobre ángel! ¿Y qué haré con ese dinero, Mr. Westwick? Si fuese joven me compraría vestidos y alhajas. Pero ya no tengo edad para eso. ¿Qué voy a hacer con mi herencia?

-Colóquela a interés -sugirió Henry-, siempre obtendrá un beneficio.

-¿Cuánto beneficio?

-Si compra papel del Estado, tres o cuatro libras cada año.

La nodriza movió la cabeza.

-¿Tres o cuatro libras anuales? ¿Qué puedo hacer con eso? Necesito más. Mire usted, Mr. Westwick, ese dinero no me preocupa... quien me lo da no fue nunca santo de mi devoción. Si lo perdiese mañana no me importaría gran cosa; tengo todo cuanto necesito. Dicen que usted es hombre de negocios. Inviértalo en algo bueno, aunque sea arriesgado. O mucho o nada... ¡papel del Estado!

E hizo un mohín expresando su desprecio por la deuda pública. Henry sacó el folleto del Hotel Palace.

-Es usted una vieja muy lista -dijo-. Aquí tiene lo que desea... mucho o nada. Pero es imprescindible que no le diga ni una palabra a Miss Lockwood. Creo que no le ha gustado nada que yo tome parte en este negocio.

La nodriza se puso las antiparras.

-Seis por ciento garantizado -leyó-. Y los directores creen que el dividendo puede llegar al diez por ciento o aún más. Esto me conviene, Mr. Westwick. ¡Y por todos los santos, recomiende el hotel a todos sus amigos!

De esta forma, también la nodriza, siguiendo el ejemplo de Henry, invirtió su dinero en la casa en que lord Montbarry había muerto. Transcurrieron tres días antes de que Henry apareciese por el hogar de Agnes. En ese intervalo, la leve nube que se había interpuesto entre ellos había desaparecido. Agnes le recibió más amable que nunca. Estaba de mejor humor que de costumbre. Su carta a Stephen había sido contestada a vuelta de correo, y su proposición aceptada con júbilo aunque con una pequeña modificación. Estaría un mes con los Westwick y, si realmente le gustaba educar a las niñas, se quedaría como aya, tía y prima, todo en una, y sólo saldría de aquella casa para celebrar el acontecimiento de su matrimonio.

-¿Ves como yo tenía razón -dijo Agnes.

Henry no acababa de creérselo.

-¿De veras vas a irte? -preguntó.

-Desde luego... la semana que viene.

-¿Cuándo nos volveremos a ver?

-Ya sabes que en casa de tu hermano siempre serás bienvenido. Podrás verme cuando quieras.

Le tendió la mano.

-Perdóname, pero he empezado a hacer los preparativos del viaje.

Henry trató de besar aquella mano. Ella la retiró con energía.

-¿Por qué no? ¿No soy tu primo? -dijo él.

-No me gusta -observó la joven.

Henry la miró y no insistió. Su negativa a dejarse besar en calidad de pariente era una buena señal, indirectamente podía representar reconocerlo como enamorado.

El lunes de la semana siguiente Agnes salió de Londres. Pero no iba a ser Irlanda el destino final de su viaje; sólo era la primera parada en su camino hacia Venecia.



Librodot

# TERCERA PARTE

## XIII

En la primavera de 1861 Agnes ya estaba instalada en la residencia campestre de sus primos, que ya disfrutaban de los títulos de lord y lady Montbarry, heredados del difunto lord. La vieja nodriza no se había separado de su señora. Se le encontró en la casa un puesto compatible con sus años y sus aptitudes, y se sentía feliz en su nuevo hogar. Con su característica prodigalidad, gastó los dividendos del primer semestre de su inversión en el Hotel Palace en juguetes para las niñas. A principios de aquel año las compañías de seguros, en vista de lo legal del asunto, habían pagado las diez mil libras. Inmediatamente, la viuda de lord Montbarry partió con el barón hacia Estados Unidos. Según los periódicos, el barón iba a participar en diversos experimentos químicos en la gran república norteamericana. Su hermana comunicó a sus conocidos que se iba para tratar de distraer su dolor. Henry visitó a Agnes para proporcionarle esas noticias. Oyéndolas, Miss Lockwood experimentó una sensación de alivio.

-¡Con el Atlántico de por medio ya no he de temer a esa fatídica mujer!

Una semana después de pronunciadas estas palabras ocurrió un incidente que le hizo recordar a Agnes la existencia de aquella "fatídica mujer". Aquel día, un asunto urgente obligó a Henry a adelantar su regreso. Por la mañana se había insinuado de nuevo a Agnes, pero, como había previsto, las niñas constituían ahora un inocente obstáculo para sus proyectos. A su favor contaba el hecho de que su cuñada se había convertido en una poderosa aliada de cara a alcanzar sus propósitos en relación a Agnes.

-Ten un poco de paciencia -le dijo la nueva lady Montbarry-, y déjame que encauce la influencia de las niñas; ellas conseguirán que Agnes te escuche.

Las dos damas acompañaron a Henry hasta la estación. Al regresar el criado les anunció que una mujer llamada Mrs. Rolland esperaba a milady.

-Es la doncella que tu abogado quería interrogar acerca del guía dijo lady Montbarry.

-¿La que estaba en Venecia al servicio de lady Montbarry?

-¡Querida, no llames a esa horrible mujer por el título que yo llevo ahora! Stephen y yo hemos convenido en referirnos a ella por el título que usaba antes. Yo soy lady Montbarry y ella es la condesa. Así no puede haber confusión. Sí, Mrs. Rolland estaba a mi servicio antes de irse con la condesa. Una mujer digna de toda confianza, pero con un defecto que me obligó a separarme de ella... un carácter tan susceptible y seco que los demás criados no podían parar en casa. ¿Te gustaría verla?

Agnes aceptó la proposición con la débil esperanza de procurarse algunos informes útiles para la esposa del guía. Mrs. Ferrari había perdido toda esperanza de saber la más mínima cosa acerca de su marido. Vestía ya de luto y se ganaba la vida en un empleo en Londres que le había procurado la infatigable bondad de Agnes. La última posibilidad de penetrar en el misterio de la desaparición de Ferrari se fundaba en lo que pudiera contar la camarera de la condesa. Animada por esta esperanza, Agnes siguió a su amiga a la sala donde esperaba Mrs. Rolland. Una mujer alta y huesuda, de ojos hundidos y canosa cabellera, en el otoño de su vida, se levantó de la

silla y saludó a las damas con humildad en cuanto se abrió la puerta. Era una mujer de intachable carácter, evidentemente; pero no sin visibles defectos. Cejas fruncidas, voz solemne y profunda, maneras secas, completa ausencia de todo corte femenino en su figura, denunciaban la virtud de aquella excelente persona pero bajo una forma desagradable. Los que la veían por primera vez se extrañaban de que no fuese un hombre.

-¿Está usted bien, Mrs. Rolland?

-Tanto como es posible estarlo a mi edad, milady.

-¿Puedo servirla en algo?

-Milady puede hacerme un gran favor hablando de mi conducta mientras estuve a su servicio. Se me ha presentado la ocasión de entrar en la casa de una dama enferma que vive en estas cercanías.

-¿Ah, sí... ya sé! Una tal Mrs. Carbury, que tiene una sobrina lindísima, según me han dicho. Pero Mrs. Rolland... usted dejó mi casa hace bastante tiempo. Mrs. Carbury esperará sin duda referencias de la última dama a la que haya servido.

Un relámpago de indignación pasó por los hundidos ojos de Mrs. Rolland.

-Ya le he explicado a Mrs. Carbury, milady, que la última persona a quien serví... ¡no puedo darle su título en presencia de milady!... había partido para América. Mrs. Carbury sabe que la dejé voluntariamente y el por qué, y aprueba mi conducta. Una palabra de milady será suficiente garantía.

-Está bien, Mrs. Rolland, no tengo inconveniente en dar los informes que se me pidan. Mrs. Carbury me encontrará mañana en casa hasta las dos de la tarde.

-Mrs. Carbury no puede moverse de casa, milady. Su sobrina, Miss Haldana, es la que vendrá, si milady no se opone.

-En lo más mínimo. Esa señorita será bien recibida en mi casa. Espere usted un momento, Mrs. Rolland. Me acompaña Miss Lockwood, prima de mi marido y amiga mía. Desea preguntarle a usted algo sobre el guía que sirvió en Venecia al difunto lord Montbarry.

Las cejas de Mrs. Rolland se fruncieron aún más, como protesta al giro que tomaba la conversación.

-Siento oír hablar de él, milady -fue todo lo que dijo.

-Quizás no sabe lo ocurrido después de que usted dejara Venecia -aventuró Agnes-. Ferrari salió de la casa un día y nada se ha vuelto a saber de él.

Mrs. Rolland cerró misteriosamente los ojos, como si tratara de apartar de ella la visión del guía.

-Nada de cuanto pudiera hacer Mr. Ferrari me sorprende -contestó con su voz de bajo.

-Le trata usted muy severamente -observó Agnes.

Mrs. Rolland abrió de pronto los ojos.

-No trato severamente a nadie sin razón -dijo-, Mr. Ferrari se condujo conmigo como nadie se ha conducido... ni antes ni después.

-¿Qué hizo?

Mrs. Rolland contestó con un estremecimiento de horror.

-¡Se tomó libertades conmigo!

Lady Montbarry se giró súbitamente y con disimulo se llevó un pañuelo a la boca tratando de refrenar las carcajadas. Mrs. Rolland

continuó, satisfecha al observar el asombro que sus palabras habían producido en Agnes.

-¡Y cuando insistí en que me diese una explicación tuvo la osadía de contestarme que se aburría y que no tenía a mano cosa mejor para distraerse!

-Temo que no me he explicado con claridad -dijo Agnes-. Mi interés por Mr. Ferrari obedece exclusivamente a mi amistad con su esposa.

-¡Dichosa ella si le perdiese! -interrumpió Mrs. Rolland.

-Conozco a Mrs. Ferrari desde que era niña -insistió Agnes- y quisiera ayudarla en este asunto. ¿No observó usted nada, mientras estaba en Venecia, que pudiera darnos luz acerca de su desaparición? ¿Qué relación mantenía con sus señores?

-Gozaba de una gran intimidad con la señora -dijo Mrs. Rolland-; ella le animaba para que le hablase de sus asuntos... cómo estaba con su mujer, si le gustaba el dinero, y cosas por el estilo... igual que si fueran camaradas. ¡Algo despreciable!

-¿Y milord? -prosiguió Agnes-. ¿En qué términos estaba Ferrari con él?

-Milord vivía encerrado con sus libros y sus disgustos -contestó Mrs. Rolland con áspera solemnidad, expresiva de su respeto a la memoria de milord-. Mr. Ferrari cobraba su salario cuando le correspondía y no se ocupaba de nada más. Lo último que me dijo, la mañana que salí del palacio, fue: Si pudiese, me iría también; pero no puedo. No le contesté; naturalmente, desde su atrevimiento me había negado a dirigirle la palabra.

-¿No puede usted, en verdad, contar nada que pueda ayudarnos a resolver este misterio?

-Nada -contestó Mrs. Rolland con manifiesta alegría al comprobar la decepción que habían provocado sus respuestas.

-Había otro miembro de la familia en Venecia -prosiguió Agnes, decidida a agotar el tema-, el barón de Rivar.

Mrs. Rolland levantó sus grandes manos, enfundadas en holgados guantes de algodón negro, en muda protesta por la mención del barón.

-Ha de saber -empezó- que yo me despedí al observar...

Agnes la detuvo.

-Quería saber tan sólo si algo de lo dicho o hecho por el barón de Rivar podía tener relación con el caso de Ferrari.

-Nada que yo sepa -dijo Mrs. Rolland-. El barón y Mr. Ferrari eran, si puedo expresarme así, lobos de la misma camada, tan inmoral el uno como el otro. El día antes de mi partida, al pasar frente a su cuarto oí que el barón decía: Ferrari, necesito mil libras... ¿qué harías por mil libras? Y Ferrari contestó: Todo, siempre y cuando no hubiese peligro. Y luego salieron los dos soltando risotadas. Juzgue usted misma.

Agnes reflexionó un momento. Mil libras era la suma que contenía la carta anónima enviada a Mrs. Ferrari. ¿No sería esta carta el resultado de la conversación entre el barón y el guía? Era inútil hacerle más preguntas a Mrs. Rolland. No podía dar información alguna que tuviese la menor importancia. Había sido un último esfuerzo en favor de Emily, y también había fracasado.

La familia se reunió a la hora de la cena. Con ellos estaba un sobrino del nuevo lord Montbarry, el hijo mayor de su hermana lady Barville. Lady Montbarry no pudo resistirse al deseo de relatar la historia del primer (y con seguridad último) ataque sufrido por la virtud de Mrs. Rolland, con cómica y

exacta imitación de la profunda y cavernosa voz de la interesada. Habiéndole preguntado su marido el motivo de la visita de tan formidable personaje, milady, naturalmente, mencionó la esperada visita de Miss Haldana. Arthur Barville, que había estado en silencio hasta entonces, entró de repente en la conversación con gran entusiasmo.

-Miss Haldana es la joven más encantadora de toda Irlanda -dijo-; ayer, cuando pasé cabalgando junto a su casa, la vi por encima de la verja del jardín. ¿A qué hora viene mañana? ¿Antes de las dos? Haré como que entro en la sala por casualidad... me estoy muriendo por conocerla.

Agnes se reía de su fogosidad.

-¿Es que te has enamorado ya de Miss Haldana? -preguntó.

Arthur contestó gravemente:

-No hay que tomarlo a broma. ¡He estado toda la mañana mirando por encima de la tapia para poder verla otra vez! De Miss Haldana depende que yo sea el más feliz o el más desgraciado de los hombres.

-¡Oh, que locura! ¿Cómo puedes decir esas tonterías?

El muchacho no mentía. Y Agnes ignoraba en que forma se aproximaba su partida hacia Venecia.

# XIV

A medida que se sucedían los meses estivales, la transformación del palacio veneciano en hotel iba tocando rápidamente á su fin. Juiciosamente, el exterior del edificio, con su hermoso frontispicio palatino que daba al canal, fue conservado. Necesariamente, se tuvieron que modificar todas las habitaciones en lo concerniente a su extensión y decorado. Los vastos salones fueron convertidos en tres o cuatro departamentos. Los anchos corredores dieron espacio suficiente para instalar una serie de reducidas alcobas con destino a viajeros de pocos recursos y a los criados de los más ricos. Nada fue respetado, excepto los sólidos pavimentos y los ricos artesonados de los techos. Éstos fueron cuidadosamente retocados y constituían uno de los más notables ornamentos del hotel. La única excepción a esta completa reforma se produjo en uno de los extremos del edificio, en el primer y segundo piso. Se encontraron allí habitaciones de un tamaño tan ideal y tan atractivamente decoradas que el arquitecto aconsejó dejarlas tal como estaban. Después se supo que aquellos departamentos eran los que habían sido ocupados por lord Montbarry, en el primer piso, y por el barón de Rivar, en el segundo. La habitación en que Montbarry había muerto estaba señalada con el número 40. A la que caía encima de ésta, donde había dormido el barón, se le atribuyó en los registros del hotel el número 38. Reemplazados los antiguos muebles por otros modernos de gran lujo, ambos departamentos prometían ser los dormitorios más elegantes y cómodos del hotel. En cuanto al un día sombrío y desolado piso bajo, éste había sido dividido en comedores y salones de estar, de billar, de fumar, etc. Incluso en los sótanos, aquellas antiguas mazmorras, iluminadas y saneadas con todos los adelantos modernos, se habían transformado, como por arte de magia, en cocinas, despensas, cuartos para la servidumbre, bodegas, cámaras frigoríficas, en suma, se trataba de uno de los hoteles más hermosos que se habían visto en Italia.

Entretanto, Mrs. Rolland había entrado al servicio de Mrs. Carbury, y la preciosa Miss Haldana, como un César femenino, fue, vio y conquistó en su primera visita a toda la familia Westwick. Las damas no la alababan menos que el propio Arthur Barville; lord Montbarry declaró que era la primera mujer hermosa que conocía que no parecía consciente de su encanto; la anciana nodriza opinaba que se había desprendido de un cuadro y que sólo le faltaba el marco para que la ilusión fuese completa. Miss Haldana, por su parte, correspondió al aprecio de los Montbarry. Aquel mismo día, por la tarde, Arthur se había presentado en casa de Mrs. Carbury con un cesto de flores y frutas e instrucciones de preguntar a la dama enferma si podría recibir en la mañana siguiente a lord y lady Montbarry y a Miss Lockwood. Transcurrida la semana, una estrecha amistad unía a los vecinos. Mrs. Carbury, confinada en un sofá a causa de una enfermedad medular, tenía como uno de los pocos placeres de los que podía disfrutar que su sobrina le leyese las mejores novelas que iban apareciendo. Observando esto, Arthur se brindó para alternarse con Miss Haldana en la lectura. El joven era muy mañoso en toda suerte de inventos mecánicos, e introdujo mejoras en el sofá de Mrs. Carbury y en la forma de trasladarla al dormitorio y a la sala que aliviaban los dolores de la pobre enferma. Habiendo obtenido el derecho a la gratitud de la tía, Arthur progresaba rápidamente en el favor de la embrujadora sobrina. La joven, no



Librodot

es necesario subrayarlo, había advertido que Arthur se había enamorado de ella, a pesar de lo parco en palabras y lo reservado que aquel solía ser. Pero no era tan vivaz como para comprender enseguida la naturaleza de sus sentimientos para con Arthur. Mrs. Carbury, acostumbrada por su obligada reclusión a observar los más pequeños detalles, advirtió pronto signos de creciente desasosiego en Miss Haldana cuando Arthur estaba presente, cosa que nunca había observado en ella con otros admiradores, los cuales por cierro nunca le habían faltado. Habiendo sacado sus conclusiones, Mrs. Carbury aprovechó la primera ocasión para ponerlas en práctica.

-No sé que va a ser de mí -dijo un día-, cuando Arthur se vaya.

Miss Haldana apartó súbitamente los ojos de su labor.

-¿Por qué iba a dejarnos? -exclamó.

-¡Querida mía! Ha permanecido en casa de su tío un mes más de lo que proyectaba. Sus padres, naturalmente, sentirán deseos de verle de nuevo en su casa.

Miss Haldana zanjó esta cuestión con una sugerencia que tan sólo podía proceder de un juicio trastornado por los ímpetus del cariño.

-¿Y por qué sus padres -dijo- no han de venir a verle a casa de lord Montbarry? Sir Theodor vive tan sólo a treinta millas de aquí y lady Barville es hermana de lord Montbarry. No tienen que andar con cumplidos.

-Quizás tengan otras ocupaciones -observó Mrs. Carbury.

-Mi querida ría, eso no lo sabemos. ¿Por qué no se lo preguntas a Arthur?

-¿Por qué no se lo preguntas tú?

Miss Haldana inclinó la cabeza sobre el bastidor. Su semblante la delataba. Cuando al siguiente día llegó Arthur, Mrs. Carbury intercambió con él algunas palabras aprovechando que su sobrina estaba en el jardín. La última novela yacía sin empezar sobre un sillón. Arthur fue al jardín en busca de Miss Haldana. El joven escribió a su padre incluyéndole una fotografía de Miss Haldana. Antes de que la semana acabara, sir Theodor y lady Barville llegaron a casa de lord Montbarry y pudieron advertir la fidelidad del retrato. Los padres de Arthur se habían casado muy jóvenes y no se oponían, en principio, a los enlaces tempranos. Obviada, pues, la cuestión de la edad, aquel amor no tenía otros obstáculos que vencer. Miss Haldana era hija única y poseía una bonita fortuna. Arthur había terminado sus estudios con aprovechamiento, aunque no con la brillantez suficiente como para vivir de ellos con holgura si las cosas fueran mal dadas. Pero como primogénito, su patrimonio estaba asegurado. Tenía veintidós años y la joven dieciocho. No había ninguna razón plausible que obligara a demorar la dicha de los dos enamorados, ni excusa para diferir la boda más allá de la primera semana de septiembre. Durante el indispensable viaje de bodas por el extranjero una hermana de Mrs. Carbury permanecería junto a la inválida. Terminada la luna de miel, la joven pareja regresaría a Irlanda y se instalaría en la espaciosa y cómoda mansión de Mrs. Carbury. Fue a primeros de agosto que se decidió la boda y se organizaron todos aquellos planes. Por esa época las obras en el hotel veneciano ya habían concluido. El anuncio de que el nuevo hotel se inauguraría a primeros de octubre circuló por toda Europa.



Librodot

# XV

*Carta de Miss Agnes Lockwood a Mrs. Ferrari*

Querida Emily:

Prometí darte algunos detalles, querida Emily, de la boda de Mr. Arthur Barville y Miss Haldana. Tuvo lugar hace diez días, pero he tenido que ocuparme de tantas cosas después de la partida de los Montbarry que sólo hoy encuentro tiempo para escribirte. Las invitaciones se limitaron a los parientes de ambas familias, en consideración al estado de Mrs. Carbury. Por parte de la familia Montbarry estaban presentes, además de lord y lady Montbarry, sir Theodor y su esposa, y también Mrs. Nortbury, la hermana segunda de milord, Mr. Francis Westwick y Mr. Henry Westwick. Las tres niñas y yo asistimos en calidad de damas de honor juntamente con dos primas de la novia, unas jóvenes muy agradables. Íbamos de blanco, con adornos verdes en honor de Irlanda, y luciendo sendos brazaletes de oro, regalo del novio. Si añades a los nombrados algunos parientes de Mrs. Carbury, todos ancianos, y las servidumbres de las dos casas, a quienes se permitió beber a la salud de los recién casados en el extremo de la mesa, tienes la lista completa de los asistentes al banquete nupcial. El día era hermoso, y la ceremonia, con música, resultó muy hermosa. Por lo que hace a la novia, no encuentro palabras para expresar lo bella que estaba. Todo fue perfecto. En la mesa estuvimos todos muy alegres, y los brindis fueron muy aplaudidos. El último y mejor de todos fue el pronunciado por Mr. Henry Westwick. Tuvo una feliz idea, al final, que ha producido un inesperado cambio en mi vida. Si no recuerdo mal, terminó con estas palabras: "En un punto estamos todos de acuerdo: en el dolor que nos producirá la separación y en la alegría que sentiremos al reunirnos de nuevo. ¿Y por qué no hemos de anticipar esa alegría? Estamos en otoño, una época en que la mayoría de nosotros solemos tomarnos unas vacaciones y a menudo viajando. ¿Qué os parece la idea, siempre que no existan compromisos que lo impidan, de reunirnos con los recién casados antes de que terminen su viaje de bodas, y repetir el placer de este banquete familiar? Ellos viajan a Alemania y el Tirol para pasar después a Italia. Propongo que les dejemos un mes solos y que nos unamos a ellos en cualquier población del norte de Italia... Venecia, por ejemplo".

La propuesta fue recibida con grandes aplausos que desembocaron en carcajadas gracias a la intervención de mi nodriza. En el momento en que Mr. Westwick pronunció la palabra "Venecia", la nodriza se levantó de entre el grupo de criados y gritó con todas sus fuerzas:

"¡Vayan a nuestro hotel, señoras y caballeros! Nuestro dinero nos rinde tan sólo el seis por ciento; pero si ustedes llenan aquello y arrastran a sus amigos, pronto nos meteremos en el bolsillo el diez o quizá más; pregúntenselo a Mr. Henry."

Aludido de un modo tan directo, Mr. Westwick no tuvo más remedio que explicar que era accionista de la compañía del Hotel Palace de Venecia y que la nodriza había colocado también una pequeña suma, en el negocio. Al oír esto brindamos, bromeando, por la prosperidad del hotel de la nodriza y el aumento de dividendos.

Cuando la conversación recobró la seriedad, empezaron a considerarse las dificultades del proyecto, debidas, en su mayor parte, a que



Librodot

todos estaban invitados a pasar parte del otoño aquí o allá. En la familia Carbury, tan sólo dos miembros carecían de compromisos. Por parte de nuestra familia la disponibilidad era mayor. Mr. Henry Westwick decidió tomar la delantera para asistir a la inauguración del nuevo hotel. Mrs. Nortbury y Mr. Francis Westwick estaban dispuestos a seguirle, y después de alguna discusión, lord y lady Montbarry convinieron en un arreglo. Milord no tendría tiempo suficiente para llegar hasta Venecia, pero él y lady Montbarry acompañarían a Mrs. Nortbury y Mr. Francis Westwick hasta París, desde donde estos últimos proseguirían solos su viaje. Cinco días después partieron dejándome al cuidado de mis tres niñas. Éstas, naturalmente, insistieron en viajar, pero hemos decidido no interrumpir el curso de sus estudios y no exponerlas a las fatigas de un largo viaje.

Esta mañana he recibido carta de la novia, fechada en Colonia. No puedes figurarte su felicidad. Hay gentes, como dicen en Irlanda, que nacen afortunadas; yo creo que Arthur Barville es uno de ellos.

Cuando me escribas hazme saber si estás más animada y conforme, y si te sientes a gusto en tu empleo. Tu sincera amiga,

*Agnes Lockwood*

Acababa Agnes de cerrar el sobre de esta carta cuando la mayor de las niñas entró en el aposento con la sorprendente noticia de que un criado que había acompañado a lord Montbarry acababa de llegar de París. Sobresaltada ante la idea de que hubiese ocurrido algún percance, corrió en busca del doméstico. Éste, al observar la cara de espanto de la joven, se apresuró a tranquilizarla.

-¡No ha pasado nada malo, señorita! Milord y milady están en París, sanos y contentos. Desean que usted y las niñas vayan a reunirse con ellos.

Y diciendo estas inesperadas palabras, tendió a Agnes una carta de lady Montbarry. Esta rezaba así:

Mi querida Agnes. Hacía seis años que no salía de Inglaterra. Estoy tan contenta que he persuadido a Stephen de continuar hasta Venecia. Ahora mismo él está escribiendo a algunos amigos excusando sus compromisos ¡Qué bueno es! Sólo me falta una cosa para que mi alegría sea completa: teneros a ti y a mis niñas conmigo. Lord Montbarry, al igual que yo, no puede vivir sin ellas, aun cuando no lo confiese. Louis, que es quien te entregará estas líneas, cuidará de que hagáis el viaje con comodidad. Besa mil y una vez a mis hijas... ¡y que dejen los libros por ahora! Prepara el equipaje inmediatamente, querida mía, y te querré más que nunca. Tu verdadera amiga,

*Adelaide Montbarry*

Agnes guardó la carta y sintiéndose agitada, se refugió unos minutos en su habitación. A su primera y lógica sorpresa y excitación ante la perspectiva del viaje le siguió una impresión menos agradable. Recobrando su acostumbrada compostura, recordó las fatídicas palabras con que se despidió de ella la condesa: "Nos volveremos a ver... aquí, en Inglaterra, o en Venecia, donde mi marido murió, pero será la última vez." ¡Era, cuando menos, una rara coincidencia que los acontecimientos la llevasen inesperadamente a Venecia! ¿Estaba aún aquella mujer de palabras misteriosas y ojos ardientes en América? ¿Otros acontecimientos, también inesperados, la habrían llevado a Venecia? Agnes se levantó de su asiento,

avergonzada de su momentáneo abandono a lo que no era sino una actitud supersticiosa. Llamó con la campanilla y envió por las niñas, anunciando a la servidumbre su inmediata partida. El ruidoso regocijo de las niñas y la precipitación con que hubo que hacer el equipaje contribuyeron a devolverle su energía. Rechazó, despreciándolo, cualquier clase de presentimiento. Llegaron a Dublín aquel mismo día. Dos días después estaban en París.



Librodot

# CUARTA PARTE

## XVI

El 20 de septiembre Agnes y las niñas llegaron a París. Mrs. Nortbury y su hermano Francis habían salido hacia Italia tres semanas antes de la fecha anunciada para la inauguración del nuevo hotel. El causante de esta prematura partida había sido Francis Westwick. Como su hermano Henry, había aumentado su peculio merced a su capacidad e inteligencia; pero a diferencia de aquél, sus negocios estaban relacionados con el arte. Hizo mucho dinero con la explotación de un semanario, y lo empleó en un teatro en Londres. Esta última empresa, admirablemente dirigida, había sido recompensada con el favor del público. Para la temporada próxima había ideado unos espectáculos musicales en los que se mezclaría el ballet con el texto dramático. En consecuencia, decidió ponerse en busca de buenas bailarinas del continente que pudieran desempeñarse en esas tareas. Sabiendo que dos artistas habían debutado con gran éxito en Milán y Florencia, determinó visitar ambas ciudades y juzgar personalmente el talento de las bailarinas antes de reunirse con los novios. Su hermana, que tenía amigos en Florencia a los que deseaba ver, quiso acompañarle. Los Montbarry decidieron permanecer en París hasta que fuera el momento de acudir a la cita que la familia se diera en Venecia. Henry les encontró aún en la capital de Francia cuando llegó desde Londres. Contra el consejo de lady Montbarry, aprovechó la oportunidad para volver a la carga en su intento de atraer el corazón de Agnes. No podía haber elegido peor momento. Las alegrías de París, tan incomprensibles para ella como placenteras para los que la rodeaban, habían conseguido deprimirla. Su salud era buena, y no había nada de lo que pudiera quejarse. Participaba en todas las diversiones que el más ingenioso y vividor de los pueblos ofrece a los extranjeros, pero nada conseguía animarla; permanecía indiferente a todo y todo la aburría. En este estado de ánimo, su predisposición a los galanteos de Henry era nula.

-¿Por qué me haces recordar todo lo que he sufrido? -exclamó-. ¿No sabes que me ha dejado huella para toda la vida?

-Creía conocer algo a las mujeres -le confesó Henry a lady Montbarry, buscando su consuelo-, pero Agnes me tiene completamente desorientado. Hace un año que murió Montbarry, y le es tan fiel como si mi hermano hubiese muerto asido a sus manos... ¡le siente aún como ni nosotros le sentimos entonces!

-Es la mujer más fiel del mundo -contestó lady Montbarry-. Tenlo presente y la comprenderás. ¿Crees que una mujer como ella puede conceder o negar su amor según sean las circunstancias? Después de todo, y aunque no fuera digno de ella, él era el hombre que Agnes había elegido. Fue su mejor y más fiel amiga cuando estaba vivo, y continúa siendo la mejor y más fiel amiga de su memoria. Si realmente la amas, ten paciencia. Confía en tus dos mejores amigos: el tiempo y yo. Sal mañana para Venecia, y cuando te despidas, dirígete a Agnes como si nada hubiese ocurrido.

Sensatamente, Henry siguió el consejo. Comprendiéndolo, Agnes lo despidió cariñosamente. Cuando el joven se detuvo en la puerta para dirigirle una última mirada, Agnes volvió la cabeza, impidiendo que le viese

el rostro. ¿Era una buena señal? Lady Montbarry, que acompañó a Henry hasta la escalera, opinó:

-Sí, decididamente. Escríbenos cuando llegues a Venecia. Nosotros esperaremos aquí hasta recibir carta de Arthur, y partiremos para Italia de acuerdo con ellos.

Pasó una semana sin que se recibiesen noticias de Henry. Días después llegó a París un telegrama, fechado en Milán, redactado en estos términos:

"He dejado Venecia. Volveré cuando lleguen allí los recién casados. Hasta entonces escribidme al Albergo Reale, Milán".

Conociendo la preferencia que Henry daba a Venecia sobre todas las ciudades de Europa, y habiendo convenido que esperaría allí la llegada de toda la familia, ¿qué inesperado acontecimiento le había hecho cambiar de propósito? ¿Por qué se limitaba a señalar el hecho escuetamente, sin mayores explicaciones?



Librodot

# XVII

El Hotel Palace abrió sus puertas con un gran banquete en el que se pronunciaron innumerables brindis. Henry, que llegó con retraso de su viaje, sólo pudo llegar a la hora de los postres. Viendo el esplendor de los salones y la comodidad y lujo de las habitaciones empezó a compartir las esperanzas de la nodriza y a pensar seriamente en un dividendo del diez por ciento. En cualquier caso, se trataba de un buen comienzo. La empresa había despertado tanto interés en Europa, merced a la profusión de anuncios, que la noche de la inauguración el hotel estaba al completo. Henry tuvo que contentarse con una reducida habitación en el último piso, y aún por la feliz coincidencia de no haber comparecido el viajero que escribió reservándola. Estaba sin embargo satisfecho; ya se dirigía a su habitación con ánimo de acostarse cuando otra casualidad hizo que lo trasladaran a otro cuarto mucho mejor.

Subiendo por la escalera, al llegar al primer piso le llamó la atención una voz irritada que protestaba, con el más puro acento americano, contra una de las peores cosas que pueden sucederle a un ciudadano de los Estados Unidos: enviarle a la cama en una habitación sin luz de gas. Los americanos no son tan sólo el pueblo más hospitalario que hay sobre la faz de la tierra, sino también los más pacientes y de mejor carácter. Pero son seres humanos, y el límite de la paciencia americana termina en la anticuada institución de la palmatoria. El viajero se negaba a admitir que el cuarto estuviera en condiciones de albergar a nadie si carecía de lámpara de gas. El director le señaló la antigua y hermosa decoración de las paredes y el techo, y le explicó que las emanaciones de gas podrían deteriorarla. Pero al viajero la decoración le importaba un pepino. Un cuarto con gas era lo que necesitaba y era lo que exigía. El director, para complacer a su cliente, sugirió preguntar a los huéspedes de los pisos superiores, que tenían gas, si alguien estaría dispuesto a cambiar de alcoba. Henry se prestó al cambio. El americano le dio un apretón de manos.

-Es usted muy amable, caballero -dijo-, y sin duda usted sí sabrá apreciar la decoración.

Henry miró el número de la habitación al abrir la puerta. Era el 14. Cansado, muerto de sueño, se prometió una buena noche. Robusto y lleno de salud, dormía igual en una cama de hotel que en la suya propia. Pero, sin razón alguna, sus esperanzas quedaron defraudadas. El lujoso lecho, la ventilada alcoba, la deliciosa tranquilidad de las noches de Venecia todo estaba a su favor. Pero no pudo pegar los ojos. Un indescriptible sentimiento de opresión e inquietud le tuvo despierto hasta la salida del sol. Bajó a la cafetería y pidió el desayuno. Al serle servido advirtió otra extraña circunstancia: no tenía el menor apetito. Tanto la tortilla como unas apetitosas chuletas quedaron intactas sobre la mesa, algo inverosímil en él, cuyo excelente apetito era un atributo invariable. El día era brillante y hermoso. Envió por una góndola y se encaminó hacia el Lido. Una vez en las lagunas se sintió otro hombre. Diez minutos después de haber salido del hotel dormía como un lirón bajo el toldo de la góndola.

En el Adriático, la mañana era espléndida. En toda la isla no había más que un modesto restaurante, pero en aquel momento su apetito se avenía a cualquier cosa, y comió de todo lo que le dieron como un hombre famélico. Apenas podía creer, al recordarlo, que había dejado intacto el

excelente desayuno del hotel. De vuelta a Venecia, pasó el resto del día en los museos y visitando iglesias. Hacia las seis de la tarde su góndola le dejó en el hotel, hambriento y dispuesto a desquitarse en la mesa. La comida mereció la aprobación de todos los comensales, con una sola excepción. Henry, con el mayor asombro, vio que todo el apetito que sentía al entrar en el comedor había desaparecido misteriosamente en cuanto se sentó a la mesa. Pudo beber un poco de vino, pero le fue imposible tragar un bocado.

-¿Qué diablos le pasa? -le preguntó su vecino de mesa, un antiguo conocido.

-No tengo ni idea.

La noche, en su elegante y cómodo dormitorio, fue otra vez un calvario, repitiéndose lo sucedido en la primera. De nuevo sintió aquel invencible sentimiento de depresión y angustia. Tampoco pudo cerrar los ojos. Y de nuevo, cuando pidió el desayuno, se halló sin apetito. Estos acontecimientos eran demasiado extraordinarios para ser ignorados. Henry habló de ello a sus amigos en el salón, en presencia del director. Éste, naturalmente, celoso en la defensa de su hotel, se sintió aludido ante la imputación que Henry hacía a la habitación número 14.

Invitó a los viajeros para que la examinasen y comprobasen si existía algo que justificase el insomnio de Mr. Westwick; insistentemente apeló a un caballero de cabeza cana, que había sido invitado por algún huésped, para que participase en la visita al cuarto.

-Es el doctor Bruno -explicó-, el mejor médico de Venecia. Veremos si encuentra algo antihigiénico en el aposento de Mr. Westwick.

Al entrar en el número 14 el doctor echó una mirada en torno suyo con un interés que fue advertido por todos.

-La última vez que estuve en este aposento -dijo- fue con un triste motivo. Sucedió antes de que el palacio se convirtiese en hotel. Vine a visitar a un noble inglés que murió en esta habitación.

Uno de los presentes preguntó el nombre del noble. El doctor Bruno no sospechaba que estaba hablando delante de un hermano del difunto:

-Lord Montbarry.

Henry abandonó la habitación sin decir palabra. No era un hombre supersticioso. Pero, no obstante, sintió una invencible repugnancia a permanecer en el hotel. Resolvió marcharse de Venecia. Pedir otra habitación hubiera sido infligir una ofensa al director. Trasladarse a otro hotel era abandonar un establecimiento en cuyo éxito él estaba directamente interesado. Le dejó una nota a Arthur Barville en la que le decía que iba a visitar los lagos del norte, y que regresaría a Venecia tan pronto como recibiese aviso suyo, y salió para Padua en un tren de la tarde. Aquella noche cenó con su apetito de siempre y durmió perfectamente.

Al día siguiente, un caballero y su señora llegaron al hotel y ocuparon el número 14. Preocupado todavía acerca de la acusación lanzada contra una de sus mejores habitaciones, el director se apresuró a la mañana siguiente a preguntar a los viajeros qué les había parecido el cuarto. Le dijeron que estaban tan a gusto que habían decidido prolongar su estancia un día más, con el solo propósito de disfrutar de las comodidades que les ofrecía el nuevo hotel.

-No hay nada parecido en toda Italia -dijeron-, y puede usted confiar en que lo recomendaremos a todos nuestros amigos.

El mismo día en que el número 14 quedó de nuevo desocupado, una dama inglesa, que viajaba con su doncella, llegó al hotel, vio la habitación y

la tomó inmediatamente. Era Mrs. Nortbury. Había dejado a su hermano Francis en Milán, ocupado en contratar a una bailarina de la Scala. Mistress Nortbury creía que iba a encontrar a Arthur y a su mujer en Venecia, y tenía más interés en reunirse con los recién casados que en esperar el resultado de las negociaciones con la bailarina.

La estancia de Mrs. Nortbury en el número 14 fue del todo distinta a la de su hermano. Se durmió a la hora de costumbre, pero su sueño fue interrumpido por una sucesión de terroríficas pesadillas; el protagonista de todas ellas era su difunto hermano, el último lord Montbarry. Le vio morir de hambre en una hedionda mazmorra; perseguido por asesinos y moribundo bajo sus puñales; ahogado en inconmensurables profundidades; abrasado en un lecho de fuego y consumido por las llamas; obligado a tomar un veneno por una tenebrosa criatura. El reiterado horror de aquellos sueños la impresionó de tal manera que se levantó con la aurora, temiendo dormirse de nuevo. En tiempos pasados Mrs. Nortbury había mantenido una excelente relación con lord Montbarry. Su otra hermana y sus hermanos estaban siempre riñendo con él. Incluso era obvio que al hijo que su madre menos quería era al mayor. Asomada a la ventana, Mrs. Nortbury se estremeció al pensar en las terribles pesadillas. Cuando la doncella le hizo notar que estaba pálida y ojerosa, le dio una excusa cualquiera. La criada era tan supersticiosa que hubiera sido imprudente confiarle la verdad. Únicamente dijo que no había dormido bien porque la cama era demasiado grande. En su casa dormía, como sabía la doncella, en una cama pequeña. Informado de esta contrariedad, el director expresó su sentimiento por no poder ofrecer a la señora otra habitación que la número 38, situada justamente encima de la 14. Mrs. Nortbury aceptó el cambio. Iba a pasar la segunda noche en la alcoba que usó el barón de Rivar. De nuevo se durmió como de costumbre. Y de nuevo los espantosos sueños de la noche anterior la aterraron, siguiéndose unos a otros en el mismo orden. Esta vez sus nervios no se hallaban dispuestos a soportar el renovado tormento que se le infligía. Se vistió de cualquier modo y salió del aposento a media noche. El vigilante, alarmado por el portazo, la vio bajando las escaleras en busca de compañía. Sorprendido por esta manifestación de "excentricidad inglesa", el empleado examinó el registro del hotel y acompañó a la señora hasta la puerta del cuarto ocupado por su doncella. Esta aún no se había acostado y recibió a su señora sin dar muestras de sorpresa. Ya a solas, y cuando Mrs. Nortbury necesariamente la puso al tanto de lo que le pasaba, la sirvienta le dio una extraña respuesta.

-He estado hablando del hotel con los criados, mientras cenábamos anoche -dijo-. El ayuda de cámara de uno de los huéspedes ha oído decir que la última persona que murió aquí fue lord Montbarry. El aposento en el que murió fue donde usted durmió la última noche. El de esta noche está precisamente encima. No quise decir nada, pero yo he pasado la noche como ve, vestida y leyendo mi Biblia. En mi opinión, ningún miembro de la familia podrá estar tranquilo en esta casa.

-¿Qué quiere decir?

-Cuando Mr. Henry Westwick estuvo aquí... esto también me lo ha contado el ayuda de cámara... ocupó el aposento en que murió su hermano; pero sin saberlo... como usted. Durante dos noches no pudo pegar ojo. No podía dormir; sentía un gran malestar y una gran angustia. Y lo que es más, de día, aquí dentro, no podía probar bocado. Puede usted reírse de mí, señora... pero hasta una pobre criada puede tener sus opiniones. La mía es

que a milord le ocurrió algo, que nadie sabe, cuando murió en esta casa. ¡Su sombra vagará en tormento hasta que pueda contarlo! Y tan sólo las personas de su sangre pueden sentir su proximidad... ¡No permanezcamos en este espantoso sitio! ¡Yo no me quedaría una noche más... ni por todo el oro del mundo!

Mrs. Nortbury tranquilizó inmediatamente a su camarera.

-No creo en la explicación que está dando, pero de todas formas le hablaré a mi hermano de lo ocurrido. Regresamos a Milán.

Transcurrieron algunas horas antes de que pudiesen dejar el hotel y salir de Venecia. En este intervalo, la camarera de Mrs. Nortbury encontró la oportunidad de contarle al ayuda de cámara lo ocurrido aquella noche. Éste lo comunicó a sus compañeros, siempre con gran reserva.

A su debido tiempo, la historia, adornada con nuevos detalles, llegó de boca en boca a oídos del director. Éste comprendió en el acto que el crédito del hotel peligraba a menos de tomar alguna medida que hiciese perder su mala fama a la número 14. Algunos viajeros ingleses, bien relacionados con la aristocracia inglesa, le informaron que Henry Westwick y Mrs. Nortbury no eran los únicos miembros de la familia Montbarry. La curiosidad podía atraer a los otros si llegaban a conocer lo ocurrido. El director ingenió un método para despistarlos. Los números de todas las habitaciones estaban hechos con esmalte azul sobre una placa blanca de porcelana. Hizo preparar una nueva placa con el número 13 bis y la colocó en lugar del 14, y este número lo puso sobre la puerta de su propia habitación, que hasta entonces no había llevado número. Con este cambio, el número 14 desaparecería para siempre del registro. Habiendo prevenido a los criados de que se abstuvieran de hablar del asunto con los viajeros, bajo la amenaza de ser despedidos, el director se tranquilizó creyendo que había cumplido su deber y, embargado por un excusable sentimiento de triunfo, exclamó:

-¡Ahora que venga toda la familia, si quiere! ¡Les desafío a que tengan pesadillas o vean visones!



Librodot

# XVIII

Antes de que terminase la semana, el director se encontró de nuevo en relación con la familia. Un telegrama puesto en Milán le anunciaba que Mr. Francis Westwick llegaría al día siguiente y solicitaba que le reservasen el número 14, en el primer piso, si por fortuna no estaba ocupado. El director se detuvo a reflexionar antes de dar órdenes. El cuarto había sido solicitado por un viajero francés. Estaría ocupado el día de la llegada de Mr. Francis Westwick, pero desocupado al siguiente. ¿Sería oportuno guardarle la habitación a Mr. Francis y después de que hubiese pasado tranquilamente la noche en el número 13 bis, preguntarle en presencia de testigos qué le había parecido la habitación? Si la singularidad del cuarto volviera a plantearse, quedaría confirmada la mala reputación establecida por los miembros de la familia que habían pasado por él. Después de pensarlo, el director decidió hacer la prueba, y ordenó que se reservase el número trece bis en cuanto partiese el viajero francés. Mr. Francis Westwick llegó al día siguiente con la mejor disposición. Había firmado un contrato con la más brillante bailarina de Italia; había cedido a su hermano Henry, con quien se había topado en Milán, la obligación de acompañar a Mrs. Nortbury, y estaba completamente libre pata experimentar la extraña influencia que el hotel ejercía entre sus parientes. Cuando sus hermanos le contaron lo ocurrido, declaró en el acto que se trasladaría a Venecia por asuntos relacionados con su teatro. Las circunstancias relatadas 1e parecían muy adecuadas para un drama fantástico. El título se le ocurrió mientras el tren corría hacia la perla del Adriático. "El hotel encantado". Escrito en letras de seis pies de altura, encarnadas, sobre un fondo negro, ¡qué éxito para el teatro! Fue recibido por el director con gran aparato. Francis tuvo una decepción al entrar en el hotel.

-Debe de haber algún error, caballero. En el primer piso no hay ninguna habitación señalada con el número 14. La que lleva este número está en el segundo piso, pero la ocupo yo desde que se inauguró el hotel. ¿Quizás quería usted decir el número 13 bis, en el primer piso? Mañana lo tendrá usted a su disposición... un hermoso cuarto. Entretanto, le acomodaremos a usted del mejor modo posible.

El propietario de un teatro de éxito es el hombre menos indicado para dejarse impresionar por sus semejantes, por más que se desvivan en ello. Francis, en su fuero interno, calificó al director de embustero, y de falsa la historia de la numeración de las habitaciones. El mismo día de su llegada se presentó en el restaurante, antes de la hora de la cena, con objeto de interrogar al camarero sin ser oído por nadie. La respuesta le confirmó sus sospechas de que el número 13 bis ocupaba en el hotel la misma situación que, según la descripción de su hermano, correspondía al número 14. Consultó la lista de huéspedes y resultó que el caballero francés que ocupaba entonces el número 13 bis era el empresario de un teatro de París a quien conocía personalmente. ¿Estaba en su habitación aquel caballero? Había salido, pero indudablemente regresaría para cenar. Cuando la cena se dio por concluida, Francis entró en el comedor, donde fue recibido por su colega con los brazos abiertos.

-Venga usted a fumar un cigarro a mi cuarto -dijo amablemente el francés-. Quiero saber si ha contratado usted realmente a esa artista de Milán.

Y de esta manera Francis pudo comparar el interior del aposento con la descripción que de él le habían hecho en Milán. Llegados a la puerta, el francés se detuvo.

-He traído a mi escenógrafo -dijo-, para tomar algunos apuntes. Un excelente amigo que tendrá sumo placer en compartir un rato con nosotros. Voy a pedir que lo avisen en cuanto llegue.

Le tendió a Francis la llave del cuarto, añadiendo:

-No tardo ni un minuto. Este es mi cuarto... 13 bis.

Francis entró en la habitación. La decoración de techo y paredes era exactamente como se la habían descrito. Pero su atención fue enseguida distraída por un raro y desagradable suceso que le cogió enteramente por sorpresa. Percibió un misterioso y repulsivo olor, distinto a cualquier nauseabundo aroma que hubiera antes conocido. Se componía, si tal cosa era posible, de una emanación mixta, que al propio tiempo podía apreciarse separadamente. Este extraño conjunto de olores consistía en algo débil y desagradablemente aromático, unido a otro hedor repugnante, tan indeciblemente deletéreo, que tuvo que abrir la ventana y asomar la cabeza al aire libre, no pudiendo soportar por más tiempo aquel infecto ambiente. El parisino entró en aquel momento con su cigarro encendido. Retrocedió a la vista de un espectáculo terrible para un francés: el de una ventana abierta.

-¡Qué locos están ustedes, los ingleses, por el aire fresco! -exclamó-. ¡Pero nos vamos a morir de frío!

Francis se volvió y le miró con asombro.

-¿Pero es que usted no ha notado la peste que impregna este cuarto? preguntó.

-¿Peste? -replicó el empresario-. Sólo huelo el aroma de este excelente cigarro. Encienda usted uno. ¡Y, por todos los santos, cierre usted esa ventana!

Francis rehusó el cigarro con un gesto.

-Perdóneme -dijo-, cierre usted cuando yo haya salido. Estoy mareado... me voy.

Se cubrió narices y boca con un pañuelo y se encaminó a la puerta. El francés siguió los movimientos de Francis con tal estupefacción que de momento olvidó que la ventana continuaba abierta.

-¿Hasta tal punto es repugnante? -preguntó admirado.

-¡Horrible! -contestó Francis desde debajo del pañuelo-. ¡Jamás he sentido hedor más nauseabundo!

Sonó un golpe en la puerta. Apareció el escenógrafo. El empresario le preguntó en el acto si percibía algún mal olor.

-¡El de su cigarro! ¡Delicioso! ¿Tiene otro para mí?

-Espere un momento. Además del cigarro, ¿no huele usted a alguna otra cosa... horrible, abominable, asquerosa, nunca... nunca... nunca olida antes?

El artista pareció sorprendido ante la vehemencia con que Mr Francis le hablaba.

-El cuarto es tan fresco y agradable como cualquier otro -contestó.

Y diciendo esto miró asombrado a Francis Westwick, que permanecía de pie en el corredor mirando hacia el interior del aposento con repugnancia. El empresario parisiense se aproximó a su colega.

-Ya lo ve usted, amigo mío, somos dos, con tan buen olfato como el suyo, y no notamos nada. Si necesita el testimonio de otras narices, fíjese.



Librodot

Y señaló a dos niñas inglesas que jugaban alegremente en el corredor.

-La puerta del cuarto está abierta de par en par... y usted sabe cómo se extiende un fuerte hedor. Pero apelemos a esas inocentes narices. Niñas, ¿sentís algún olor desagradable? ¿Eh?

Las niñas rompieron a reír:

-¡No!

-Mi querido Westwick -continuó el francés-, el asunto es obvio. Hay algo que no funciona en su nariz. Debería ver a un médico.

Dado este consejo se metió en su cuarto y cerró la ventana lanzando una exclamación de alivio. Francis salió del hotel y se dirigió a la plaza de San Marcos. La brisa nocturna lo reanimó. Encendió un cigarro y empezó a reflexionar sobre lo ocurrido.

# XIX

Evitando a la gente que conversaba bajo los pórticos, Francis paseaba lentamente por el espacio abierto de la plaza, iluminada ya por los rayos de la naciente luna. Sin que fuera consciente de ello, Francis era un producto de su época. El extraño efecto que la habitación 13 A había producido en él, al que había que agregar lo sucedido a sus dos hermanos, no ejerció la menor influencia en aquel hombre tan racional.

-Quizás -reflexionó- mi naturaleza sea más imaginativa de lo que supongo, y me hallo ante una jugarreta de mi fantasía. O quizás mi amigo tenga razón; puede ser una perversión del sentido olfativo. Realmente no me siento enfermo, pero esto no prueba nada. Esta noche pienso dormir en ese abominable cuarto; mañana decidiré si debo consultar a un médico. No creo que el hotel me dé suficiente tema para el drama fantástico. Es verdad que un fantasma hediondo es algo que no se ha visto todavía, pero tiene un inconveniente. Si lo llevara a la escena, el público saldría corriendo tapándose las narices.

Al alcanzar esta contundente conclusión observó que una dama, vestida totalmente de negro, le miraba con insistencia.

-Creo no equivocarme... usted es Mr. Francis Westwick -dijo la mujer enlutada al notar que el empresario le devolvía la mirada.

-En efecto, señora. ¿Puedo saber con quién tengo el honor de hablar?

-Nos vimos una vez -contestó ella, un poco evasivamente-, cuando su difunto hermano me presentó a su familia. No creo que haya olvidado mis ojos negros y mi tez cadavérica.

Diciendo esto se alzó el velo y se situó de modo que la luna le diese de lleno en el rostro. Francis reconoció a aquella mujer aborrecida. Frunció el ceño. Su relación con el teatro y las innumerables disputas con actrices le habían acostumbrado a tratar con acritud a las mujeres que le disgustaban.

-La recuerdo -dijo secamente-, pero la creía en América.

La condesa pareció no fijarse ni en el tono ni en las maneras de su cuñado; le detuvo en el momento en que, llevándose la mano a su sombrero en un leve saludo, le volvía la espalda.

-Permítame unos momentos -dijo con serenidad-. Tengo algo que decirle.

Francis le enseñó el cigarro.

-Estoy fumando -dijo.

-No importa.

No había más remedio que ceder. Lo hizo de mala gana.

-Bien.. ¿qué desea?

-Ahora lo sabrá, Mr. Westwick. Permítame que le ponga al corriente primero de mi situación. Estoy sola en el mundo. A la pérdida de mi marido se ha unido recientemente la de mi hermano, el barón de Rivar, ocurrida en América.

La reputación del barón y las dudas sobre su parentesco con la condesa eran cosas sabidas por Francis.

-¿Muerto en algún garito? -preguntó agresivamente.

-La pregunta es muy lógica por su parte -contestó la condesa, con la ironía que usaba a veces-. Es usted un inglés típico; quizá piensa así por pertenecer a una nación de jugadores. La muerte de mi hermano no fue extraordinaria, Mr. Westwick. Murió, como otros muchos, de una epidemia

de fiebre amarilla en una población del Oeste. Esta calamidad me hizo aborrecer Estados Unidos. Tomé el primer vapor que salía de Nueva York... un vapor francés que me dejó en Le Havre. Desde allí, atravesando el sur de Francia, llegué a Venecia.

-¿Y qué me importa a mí todo eso? -pensó Francis.

La condesa se detuvo, esperando que su interlocutor dijese algo.

-¿De manera que ha venido usted a Venecia? -preguntó éste por decir algo-. ¿Con qué objeto?

-No pude evitarlo -contestó ella.

Escéptico, Francis la miró con curiosidad.

-Eso sí es extraño -observó-. ¿No pudo hacer otra cosa?

-Las mujeres solemos ceder al primer impulso -explicó la viuda-. Digamos, pues, que un primer impulso me trae a Venecia. Y sin embargo, de todos los lugares del mundo, es éste el último en el que quisiera estar. En mi mente se agolpan hechos que no quisiera recordar. Por mi voluntad propia nunca hubiera venido. Odio Venecia. Y sin embargo, estoy aquí, ya ve usted. ¿Ha tropezado alguna vez con una mujer tan poco razonable? Seguramente, nunca.

Se detuvo, lo miró fijamente y exclamó de pronto:

-¿Cuándo llega Miss Lockwood?

No era fácil alterar la sangre fría de Francis; pero aquella pregunta lo desconcertó.

-¿Quién diablos le ha dicho que Miss Lockwood viene a Venecia? -exclamó.

Ella se rió con una risa amarga y burlona.

-Digamos que lo sospechaba.

Algo en su tono, o en el audaz reto de sus ojos, excitó a Francis Westwick.

-Lady Montbarry... -empezó.

-Un momento... -interrumpió ella-. La esposa de su hermano Stephen es la portadora de ese título. El mío no lo comparto con nadie. Llámeme por él, si le place: condesa Narona. Así se me conocía antes de que cometiera el error de casarme con su hermano.

-Condesa Narona -dijo Francis-, si su intención al detenerme ha sido la de embrollarme no podía usted haber elegido peor. Hable claramente o permítame que le dé las buenas noches.

-Si su intención es hacer un secreto de la llegada de Miss Lockwood a Venecia -replicó la condesa-, dígalo claramente, Mr. Westwick.

Su intención, indudablemente, era irritarlo, y lo consiguió.

-¡Qué majadería! -espetó Francis desdeñosamente-. El viaje de mi hermano no es un secreto para nadie. Viene aquí con su familia, y entre ella está Miss Lockwood. Y estando tan bien informada, sabrá usted quizás la causa de su viaje.

La condesa se quedó pensativa. No contestó. La extraña pareja, en su paseo, había llegado a uno de los extremos de la plaza; se detuvieron delante de la catedral de San Marcos. La luz de la luna permitía apreciar con bastante claridad los admirables detalles arquitectónicos del famoso templo. Se veían aún las palomas de San Marcos, reunidas en grupos compactos, posadas en los arquitrabes de los portalones.

-Jamás he visto la catedral tan hermosa como esta noche, a la luz de la luna -observó la condesa, hablando no con Francis, sino consigo misma-. ¡Adiós, San Marcos! No volveré a verte.



Librodot

Apartó su mirada de la iglesia, y vio que Francis la observaba asombrado.

-No -continuó, reanudando la conversación donde había quedado-, ignoro el objeto que trae aquí a Miss Lockwood; tan sólo sabía que nos encontraríamos en Venecia.

-¿Se han citado?

-Nos convoca la fuerza del destino -contestó ella con los ojos fijos en el suelo-. O si lo prefiere -añadió inmediatamente-, lo que llamamos azar.

Francis replicó, guiado por su poderoso sentido común:

-El azar parece un sistema un poco raro para reunir a las gentes. Los miembros de nuestra familia hemos resuelto encontrarnos en el Hotel Palace. ¿Cómo no aparece su nombre en la lista de huéspedes? Le hubiera sido fácil al destino hospedarla allí.

La viuda se echó bruscamente el velo sobre la cara.

-¡El destino puede hacerlo todavía? -dijo-. ¡El Hotel Palace! -repitió-. El antiguo infierno transformado en purgatorio. El mismo lugar. ¡Dios santo... el mismo lugar!

Se detuvo y puso una mano en el brazo de su acompañante.

-Tal vez Miss Lockwood no se alojará allí -exclamó con ansiedad-. ¿Está seguro de que se hospedará en el hotel?

-Segurísimo. ¿No le he dicho que viaja con mi hermano y su familia? También usted es un miembro de la familia. Debería hospedarse en nuestro hotel, condesa.

-Sí -contestó débilmente- debo hospedarme en él.

Continuaba apoyada en el brazo de Francis; éste la sintió temblar de pies a cabeza. Por más que la odiase y despreciase, un instinto humanitario le obligó a preguntarle si sentía frío.

-Sí -contestó-, frío y desmayo.

-¿En una noche como ésta?

-La noche no influye en nada, Mr. Westwick. ¿Qué cree usted que experimenta el reo en el cadalso cuando el verdugo le echa la cuerda al cuello? Frío y desmayo, me parece. Dispénseme el lúgubre símil. El destino me echa la cuerda al cuello... ya la siento.

La condesa miró en torno suyo. En aquel momento estaban frente al famoso café "Florián".

-Lléveme usted ahí -dijo-. Necesito tomar algo que me reanime. No vacile. Le conviene reanimarme. Aún no le he dicho lo que he de decirle. Es asunto relacionado con su teatro.

Perplejo, Francis, aunque contrariado, se doblegó a las circunstancias y entró en el café. Divisó un rincón desierto donde podrían estar sin llamar la atención.

-¿Qué quiere usted tomar? -le preguntó resignadamente.

La condesa dio sus órdenes al camarero sin consultar a Francis.

-Marrasquino. Y una taza de té.

Tanto el camarero como Francis quedaron sorprendidos. El té, unido al marrasquino, era algo nuevo para ellos. Indiferente a su sorpresa, la condesa, cuando el camarero. trajo lo pedido, se hizo verter el té sobre el licor.

-No me veo capaz de hacerlo yo misma -dijo-, me tiemblan demasiado las manos.

Bebió la extraña mezcla, aún caliente.



Librodot

-Ponche de marrasquino -explicó-; ¿quiere usted probarlo? Heredé la receta. Cuando su compatriota, la reina, estuvo en el continente mi madre la acompañó. Fue la soberana quien inventó el ponche de marrasquino. Mi madre compartía sus gustos, y yo heredé los de mi madre. Bien, Mr. Westwick, ¿no cree que es hora de que le hable de mi asunto? Usted es empresario teatral. ¿Necesita alguna nueva obra?

-Siempre se necesita un nueva obra, es decir, siempre que sea buena.

-¿Y la paga si es de su gusto?

-Pago bien.

-Si yo escribiese una, ¿la leería?

Francis vaciló.

-¿Quién le ha metido en la cabeza dedicarse a escribir para el teatro?

-La casualidad -contestó ella-. Una vez le conté a mi hermano la visita que le hice a Miss Lockwood. No demostró gran interés en lo que le contaba, pero sí en la manera de hacerlo: "Describes esa escena", dijo, “exactamente como si fuera parte de un drama; tienes dotes dramáticas; Trata de escribir una obra. Quizás ganes dinero”. Y eso me sirvió de estímulo.

Estas últimas palabras sorprendieron a Francis.

-¡Pero usted no necesita dinero! -exclamó.

-Siempre necesito. Mis caprichos son costosos. No me queda sino mi pobre renta de cuatrocientas libras anuales, y algunos restos del dinero. Unas doscientas libras.

Francis comprendió que se refería a las diez mil libras del seguro.

-¿Aquellos miles han volado? -preguntó.

Lanzó un puñado de aire con los dedos.

-¡Cómo esto! -respondió fríamente.

-¿El barón de Rivar, eh?

Ella le miró con un relámpago de ira en sus ojos negros.

-Mis asuntos son cosa mía, Mr. Westwick. Le he hecho a usted una proposición, y no me ha contestado todavía. No diga que no sin pensarlo antes. Piense en lo que puede haber sido una vida como la mía. Conozco el mundo mejor que muchos dramaturgos. He tenido extrañas aventuras; he oído notables historias; he observado y he recordado. ¿No poseo suficiente material como para escribir un drama... si se presenta la ocasión?

Se detuvo un momento, y de pronto preguntó de nuevo por Agnes.

-¿Cuándo llega Miss Lockwood?

-¿Qué tiene eso que ver con su obra?

La condesa pareció tensa al tratar de responder a esta pregunta. Se sirvió un nuevo vaso de ponche y bebió la mitad antes de hablar.

-Se relaciona en parte con ella -fue todo lo que dijo-. Contésteme.

-Estará aquí dentro de una semana, o antes, si no ocurre ningún cambio.

-Muy bien. Si estoy viva y libre dentro de una semana... o si conservo mis facultades... no me interrumpa, sé a lo que me refiero... volveré a Inglaterra y escribiré allí un bosquejo que servirá como muestra. ¿Lo leerá usted?

-Ciertamente que lo haré. Pero no la comprendo.

Ella levantó la mano imponiendo silencio, y apuró lo que quedaba del ponche.

-Soy un enigma viviente... y usted quiere conocer la clave -dijo. La clave está, como dicen los ingleses, en una cáscara de avellana. Existe la errónea creencia de que los meridionales poseen una gran imaginación.

Jamás ha habido equivocación más grande. No encontrará usted personas menos imaginativas que italianos, griegos o españoles. Para todo lo fantástico, para lo espiritual, son espíritus muertos. De vez en cuando nace un genio entre ellos, y esta excepción confirma la regla. Pues bien, yo, sin ser un genio, soy, a mi manera, una de esas excepciones. Poseo esa imaginación tan común entre ingleses y alemanes y tan rara entre italianos, españoles y demás meridionales. ¿Y cuál es el resultado? En mí se ha convertido en una enfermedad. Estoy llena de presentimientos que hacen terrible esta desdichada vida mía. No importa ahora cuáles son. Basta con decir que me dominan por completo... me empujan por mar y tierra según su capricho. ¡Ahora mismo estoy siendo presa de ellos y me torturan! ¿Por qué no me resisto? ¡Pero sí... los resisto! Estoy tratando, con ayuda de este ponche, de resistirlos. Una vez creí haber vencido esta obsesión... llegué a consultar a un célebre doctor inglés. Otras veces me han asaltado dudas razonables sobre mi cordura. Pero haga lo que haga... se apoderan nuevamente de mí. Esta semana sabré si el destino decide mi suerte o si soy yo quien la decide. Si es así, volcaré mi tormentosa fantasía en la ocupación de la que le he hablado. ¿Me comprende ahora un poco mejor? ¿Le parece bien que abandonemos este caluroso café para respirar un poco de aire fresco?

Salieron; Francis, en su fuero interno, aventuró que la única explicación posible de cuanto le había dicho la condesa radicaba en el ponche de marrasquino.



Librodot

# XX

-¿Volveremos a vernos? -preguntó la condesa al despedirse-. Por lo que respecta a la obra, supongo que no hay más que hablar.

Francis recordó lo ocurrido en la habitación 13 A.

-Mi estancia en Venecia es incierta -dijo- Si tiene usted que añadir algo sobre esa obra suya, será mejor que lo diga ahora. ¿Tiene ya planeada la trama? Conozco los gustos del público inglés mejor que usted... y puedo ahorrarle tiempo y trabajo.

-No me preocupa la trama, ya lo haré cuando empiece a escribir -contestó ella con indiferencia-. Si se le ocurre algo, dígamelo. Yo respondo de los personajes.

-¿Que responde de los personajes? -repitió Francis-. Eso es bastante atrevido para tratarse de una principiante. Yo participaría de su confianza en sí misma, por ejemplo, si eligiéramos un tema trillado. ¿Qué diría usted, condesa, de una obra a lo Shakespeare, pero introduciendo un fantasma? ¡Una historia verdadera, basada en acontecimientos que han sucedido en esta ciudad y en los que ambos estamos interesados!

La condesa lo tomó del brazo y, apartándolo de los pórticos, lo condujo al solitario centro de la plaza.

-¡Dígame! -exclamó con ansiedad- ¡Aquí nadie nos oye! ¿Por qué tiene que interesarme? ¿Por qué?

Asida a su brazo, lo sacudía con impaciencia, esperando la respuesta. Por un momento, Francis vaciló. Si había hablado de aquella manera era por la exagerada confianza que la condesa parecía tener en sí misma, y medio en broma. Ahora, impresionado por su irresistible vehemencia, empezó a considerar las cosas bajo un punto de vista menos ligero. Francis estaba convencido de que aquella mujer, sabiendo todo lo que había pasado en el antiguo palacio, podría sugerir alguna explicación plausible acerca de lo que les había acontecido a sus hermanos y a él mismo. Y aun si no era así, quizá su propia experiencia, confiada a algún competente autor dramático, daría como resultado una obra notable. Su teatro era lo único verdaderamente importante de su vida.

-Quizás tenga ante mí un éxito semejante al de "Los hermanos corsarios" -pensó-. Una obra así me proporcionaría más de diez mil libras.

Por ese motivo, actuando en su calidad de empresario, relató a la condesa, sin más vacilaciones, lo que le había ocurrido en el hotel y lo que sus hermanos habían experimentado. También le refirió los supersticiosos comentarios de la camarera de Mistress Nortbury.

-Triste asunto, si se mira bien -añadió-. Pero hay algo teatral en la influencia sobrenatural que dicen sentir sucesivamente los individuos de una misma familia a medida que van llegando al fatal aposento... hasta que un miembro escogido ve al fantasma y oye de sus labios la terrible verdad.

# XXI

Lord Montbarry y su familia fueron recibidos por el ama de llaves, pues el director se había ausentado por uno o dos días. Las tres habitaciones reservadas a los viajeros, situadas en el primer piso, consistían en dos dormitorios que se comunicaban, dando uno de ellos a una sala. La combinación no era muy satisfactoria, pues faltaba un tercer dormitorio para Agnes y la mayor de las niñas, que dormían juntas desde el principio del viaje. No hubo más remedio que disponer para Agnes una habitación en el segundo piso, puesto que en el primero no quedaban más habitaciones disponibles; la contigua a las suyas estaba ocupada por una viuda inglesa. Lady Montbarry se quejó en vano de esta separación. El ama de llaves, con la mayor cortesía, expuso que le era imposible pedir a ningún huésped que cediese su cuarto. Tan sólo podía lamentar no poder resolver mejor su problema, asegurando, eso sí, que el dormitorio que ocuparía Miss Lockwood en el segundo piso era el mejor de aquella parte del hotel. Al marcharse el ama de llaves, lady Montbarry observó que Agnes estaba sentada en un extremo de la estancia, aparentemente indiferente a la cuestión del alojamiento. ¿Estaba enferma? No; algo fatigada del viaje, eso era todo. Oyendo esto, lord Montbarry propuso que lo acompañara a dar un corto paseo al aire libre. Agnes aceptó agradecida. Tardarían sólo media hora en regresar. Se encaminaron a la plaza de San Marcos para disfrutar de la brisa de las lagunas. Era la primera vez que Agnes visitaba Venecia, y la fascinación de la ciudad causó un fuerte impacto en su sensible naturaleza.

Había transcurrido ya la media hora señalada y pasaría otra media antes de que lord Montbarry explicase a su compañera que era la hora de la cena. Al regresar, no advirtieron a la mujer enlutada que paseaba por la plaza. Estremeciéndose al reconocer a Agnes, la condesa vaciló unos instantes y después los siguió hasta el hotel, guardando una discreta distancia.

Lady Montbarry recibió a Agnes alegremente. Diez minutos después de que hubieran salido el ama de llaves le había entregado una nota escrita a lápiz. La firmaba la viuda que ocupaba el dormitorio de al lado. Mrs. James, así se llamaba, decía que había conocido por el ama de llaves el disgusto de lady Montbarry a causa del alojamiento. Mrs. James estaba sola, y siendo el cuarto aireado y cómodo tanto le daba estar en el primero que en el segundo piso. Así pues, no tenía inconveniente en cambiar su equipaje, de modo que Miss Lockwood podía tomar posesión de la 13 A.

-Quise darle las gracias a Mrs. James -dijo milady-, pero había salido. Le he escrito unas palabras de agradecimiento y mañana se las repetiré en persona. He ordenado que coloquen tus cosas en la 13 A, Agnes. Ve y juzga si esa buena mujer no te ha dejado el cuarto más hermoso del mundo.

La habitación agradó a Agnes. En las paredes y el techo se veían reproducciones de las exquisitas pinturas de Rafael que estaban en el Vaticano. El armario era tan grande que la ropa de Agnes apenas lo ocuparía. En un rincón del cuarto se veía un pequeño hueco convertido en una dependencia que se utilizaba como tocador; tenía dos puertecillas, una estaba en la habitación y la otra daba a la escalera de servicio. Agnes se vistió rápidamente para la cena. Al dirigirse al salón, le salió al paso una camarera que le pidió la llave.



Librodot

-Voy a arreglar su habitación -dijo-. Luego le devolveré la llave.

Mientras la camarera desempeñaba su cometido, una dama, asomada a la balaustrada del segundo piso, parecía espiarla. Al cabo de un rato la sirvienta dejó la habitación por la escalera de servicio. Cuando desapareció de la vista de la dama que la observaba (la condesa, quizás sea innecesario decirlo), la criada bajó rápidamente las escaleras hasta el salón y le entregó la llave a Agnes. Estaban ya los viajeros sentados a la mesa cuando una de las niñas advirtió que Agnes no llevaba puesto su reloj. ¿Se lo habría dejado en su cuarto con las prisas? Aunque no era probable que en el hotel hubieran rateros, lady Montbarry la urgió a que tomara precauciones y cerrara bien las puertas. Se levantó inmediatamente y salió en busca de su reloj. Lo encontró encima de la mesa. Antes de salir siguió el consejo de lady Montbarry y echó la llave a la puerta del tocador y la dejó puesta en el paño. Al dejar el cuarto cerró también la puerta principal. Inmediatamente la condesa, sofocada por el aire enrarecido del armario, se aventuró a salir de su escondite. Entrando a tientas en el tocador, aplicó el oído a la puerta hasta cerciorarse de que el corredor estaba desierto.

Después abrió la puerta, desde fuera, y la ajustó sin hacer ruido.

En el comedor, los Montbarry vieron entrar a Henry Westwick, recién llegado de Milán. Al estrecharle la mano Agnes experimentó una sensación que corría pareja con el placer, no disimulado, que Henry manifestaba al verla. Tan sólo le miró un instante; pero en ese mismo momento ella comprendió que acababa de darle esperanzas. Lo leyó en el súbito resplandor que iluminó el rostro del joven y, confusa, se refugió en el recurso de preguntarle por los parientes que seguían en Milán. Tomando asiento en la mesa, Henry hizo una chistosa exposición del problema de Francis, con la calculadora bailarina de un lado y el poco escrupuloso francés del otro. Las cosas llegaron a tal punto que había sido necesaria la intervención de la justicia, que concedió la razón a Francis. Obtenida la victoria, él había vuelto a Londres acompañado de su hermana, reclamado por asuntos relacionados con su teatro. La verdad es que después de las dos terroríficas noches pasadas en el hotel, Mrs. Nortbury no estaba dispuesta a volver a poner un pie en él. Pretextando hallarse indispuesta se disculpaba por no poder acudir a la reunión familiar.

La sobremesa se fue alargando, y hubo que pensar en acostar a las niñas. Al levantarse para salir, acompañada de la mayor, Agnes observó un sorprendente cambio en el semblante de Henry. Su aspecto delataba una gran preocupación; al despedirse de su sobrina la interpeló con ansiedad: Lucy, ¿en qué parte del hotel os han alojado?

Lucy no lo sabía; como siempre dormiría con tía Agnes. Henry inquirió si el cuarto estaba cerca de los que ocupaban los otros miembros de la familia. Contestando por la niña, y sorprendida por las preguntas, Agnes mencionó la delicada conducta de Mrs. James.

-Gracias a ella -añadió-, Lucy y yo estamos en la habitación contigua a los otros dormitorios.

Henry enmudeció; parecía incomprensiblemente contrariado. Dio las buenas noches a Agnes y a la niña y permaneció en el corredor hasta que hubieron entrado en la habitación. Luego llamó a su hermano.

-¡Salgamos un rato, Stephen, y fumaremos un cigarro! Tan pronto como los dos hermanos estuvieron en situación de hablar libremente, Henry explicó a Stephen el motivo que le había impulsado a hacer aquellas preguntas. Francis le había informado de la presencia de la condesa en

Venecia y de todo lo ocurrido entre ellos, y Henry lo repitió a su hermano sin olvidar detalle.

-No comprendo -dijo- qué pretende esa mujer cediéndole la habitación. Habría que avisar a Agnes para que cerrara bien la puerta.

Lord Montbarry recordó que ya su esposa la había advertido sobre ello, y sin duda Agnes seguiría su consejo. Por lo demás, consideraba la absurda historia de la condesa y sus supersticiones como propia de su enajenación, por lo que no había que prestarle atención.

Pero mientras los dos hermanos paseaban lejos del hotel, la habitación 13 A fue de nuevo escenario de un extraño suceso, en el que participó la mayor de las niñas. La pequeña Lucy estaba arrodillada a los pies de la cama recitando sus oraciones cuando se le ocurrió dirigir la mirada hacia lo alto. Inmediatamente lanzó un alarido de terror mientras señalaba una mancha oscura en una de las blancas artesas del techo.

-¡Es sangre! -exclamó la niña- ¡Sácame de aquí! ¡Yo no quiero dormir en esta cama!

Comprendiendo que sería inútil tratar de tranquilizarla, Agnes envolvió a la niña con su bata y la llevó al cuarto de su madre. Las dos mujeres hicieron todo los posible por calmarla, pero la niña no dejaba de temblar. Todos sus esfuerzos fueron inútiles: la impresión recibida por aquella mente adolescente no era de las que se borran fácilmente. Lucy no era capaz de explicar qué era lo que le hacía sentir un pánico tan intenso. Tampoco podía decir por qué la mancha del techo le parecía de sangre. Lo único que sabía es que moriría de miedo si volvía a verla. No había otro remedio que dejar a la niña con sus hermanas y la camarera. Media hora después, Lucy dormía apaciblemente abrazada a Claire. Lady Montbarry acompañó a Agnes hasta la habitación encantada; quería ver la mancha que había producido un efecto tan notable en su hija. Apenas perceptible, era de pequeño tamaño. Sin duda provenía de alguna humedad del piso superior.

-No puedo comprender por qué Lucy se ha dejado impresionar por una cosa tan baladí -observó lady Montbarry.

-Sospecho que la doncella es la responsable de lo ocurrido -dijo Agnes-. Seguro que le ha contado algún cuento terrorífico. Deberías reñirla.

Lady Montbarry examinó el aposento con admiración.

-¡Qué hermosas pinturas! -exclamó-. Supongo que a ti no te dará aprensión dormir aquí.

Agnes se echó a reír.

-Estoy tan rendida -contestó-, que estaba pensando en darte las buenas noches en vez de regresar al salón.

Lady Montbarry se encaminó a la puerta.

-Veo tu joyero sobre la mesa -dijo-. No te olvides de cerrar la puerta del tocador.

-Hace rato que la cerré -dijo Agnes-. ¿Me necesitas para algo antes de acostarte?

-No, querida, gracias; voy a seguir tu ejemplo. Buenas noches, Agnes; y que tengas felices sueños en tu primera noche veneciana.

# XXII

Tras asegurarse de que la puerta quedaba cerrada, Agnes se puso un camisón y se dedicó a deshacer el equipaje. Para la cena había tomado el primer vestido que encontró, dejando sobre la cama la ropa que llevaba puesta. Abrió por primera vez las puertas del armario y fue colocando su ropa en uno de los compartimentos. Cansada, a los pocos minutos decidió dejar esa tarea para el día siguiente. El depresivo viento del sur no había cesado de soplar en todo el día. La atmósfera del aposento estaba cargada; Agnes se echó un chal sobre la espalda y, abriendo la ventana, se asomó al exterior. La noche era densa y brumosa; nada se distinguía netamente. El canal que pasaba bajo la ventana parecía una sima negra; las casas de enfrente eran una masa de sombras recortadas sobre un cielo sin estrellas. A ratos, el chasquido de los remos sobre el agua indicaba el paso de una góndola que devolvía a algunos huéspedes al hotel. Excepto aquellos sonidos, el misterioso silencio de la noche de Venecia parecía, literalmente, el silencio de la tumba. Apoyada en el antepecho de la ventana, Agnes miraba vagamente el negro abismo que se abría a sus pies. Sus pensamientos volaron hacia aquel mísero que, tras quebrantar su promesa, había muerto en aquella casa. Curiosamente, su llegada a Venecia coincidía con una suerte de cambio que se había operado en ella, como si sobre su persona se estuviera ejerciendo algún tipo de influencia. Por primera vez, la compasión y el dolor no eran las únicas emociones que se despertaban en ella al recordar la muerte de Montbarry. Ahora la asaltaba también la sensación, que su bondadosa naturaleza había ignorado hasta entonces, de que había sido objeto de una gran ofensa. Se sorprendió pensando en cómo había sido humillada casi con tanta indignación como la que Henry Westwick había manifestado en su momento. Entonces ella lo había regañado por hablar de su hermano con aquella ligereza. Apartó la mirada del sombrío abismo que ocultaban las aguas, como si el misterio tenebroso que encubrían fuese responsable de las emociones que la habían dominado. Cerrando bruscamente la ventana, echó el chal sobre una silla y encendió un candelero puesto en el ábaco de la chimenea, impelida por un súbito deseo de iluminar la soledad de su aposento. La apacible luminosidad de la habitación, que contrastaba con las tinieblas del exterior, reanimó su espíritu. ¿Iba a acostarse ahora? ¡No! La fatiga de hacía media hora había desaparecido. Volvió con su equipaje. Y de nuevo, al poco tiempo, dejó de colocar la ropa en el armario, embargada por una sensación de fastidio. Se sentó a la mesa y tomó una *Guía de Venecia*.

Su atención huyó del libro antes de que hubiese pasado de la segunda página. La imagen de Henry Westwick había invadido su mente. Todo en él le parecía ahora digno de su interés. Sonrió, y acabó ruborizándose al pensar cuanto afecto él le profesaba. ¿Podría ser la depresión que había sufrido persistentemente durante el viaje, efecto de su momentánea separación del joven enamorado? ¿O quizá la causaban remordimientos de conciencia por el trato que le había dispensado en París? Alarmada por las libertades que se tomaban sus pensamientos, se aplicó de nuevo al libro. ¡Cuántas tentaciones encuentran su cobijo en el camisón de una mujer, cuando está sola en su alcoba! ¡Aún estando su corazón en la tumba de Montbarry, ella era capaz de pensar en otro hombre, y de pensar en el amor! ¡Qué vergüenza! ¡Qué indignidad! Por segunda vez trató de interesarse en la

lectura de la Guía, y por segunda vez fue en vano. Dejando el libro, volvió desesperada al único recurso de que disponía: su equipaje. Resolvió fatigarse despiadadamente hasta ser vencida por el sueño. Durante un buen rato se entretuvo en la monótona tarea de trasladar la ropa de las maletas al armario. El gran reloj del hotel anunció la media noche. Se sentó un momento a descansar. El impresionante silencio de la casa llamó entonces su atención; le resultó desagradable. ¡Estaban todos en la cama menos ella!

-He perdido dos horas de sueño -pensó frunciendo las cejas mientras se anudaba el cabello frente al espejo-. Mañana no serviré para nada.

Encendió una lamparilla de aceite y apagó las velas, dejando una en la mesilla de noche, al alcance de su mano, junto con los fósforos y la *Guía*, por si acaso no conseguía dormirse. Hecho esto se acostó. Tumbada sobre el lado izquierdo, el débil reflejo de la luz de la lamparilla le permitía entrever el sillón. La tapicería mostraba ramos de rosas sobre un fondo verde pálido. Trató de amodorrarse, contando una y otra vez los ramos de rosas. Por dos veces un sonido la distrajo en su cuenta: la campanada de las doce y media y el choque con el suelo, en el piso superior, de un par de botas lanzadas con fuerza, con esa despreocupación hacia el descanso de los demás que suelen tener los hombres en todos los hoteles. En el silencio que siguió, Agnes siguió contando los ramos, cada vez más lentamente. Al poco rato confundió los dibujos; trató de empezar a contar de nuevo; pero sintió que sus ojos se cerraban y que su cabeza se hacía más pesada; suspiró débilmente y se quedó dormida. Jamás supo el tiempo que duró aquel sueño. Sólo pudo recordar que despertó súbitamente. Todas sus facultades cruzaron la distancia entre la inconsciencia y la conciencia, por decirlo así, de un sólo salto. Sin saber por qué se sentó en la cama, tratando de escuchar no sabía qué. Su cabeza ardía; su corazón palpitaba violentamente sin motivo. La lamparilla se había apagado, y la habitación se encontraba a oscuras. Tendió la mano para buscar las cerillas, pero no hizo nada con ellas luego de haberlas encontrado. Una vaga sensación de aturdimiento se había enseñoreado de ella. No tenía prisa por encender la luz. Aquella pausa en la oscuridad, por extraño que parezca, le resultaba agradable.

Más serena, se preguntó por qué se había despertado tan de súbito y con aquella excitación nerviosa. ¿Se debía a lo que estaba soñando? Pero no recordaba haber soñado.

Comenzó a sentirse incómoda en aquella oscuridad. Encendió la vela. Un terror infinito se apoderó de su ser. ¡No estaba sola!

Allí, en el sillón, a los pies de la cama, iluminada por la luz de la vela, una mujer reclinaba su cabeza en el respaldo. Tenía el rostro vuelto hacia el techo y los ojos inmóviles, como si estuviera sumida en un profundo sueño. El pánico paralizó a Agnes. Su primer acto consciente, apenas se sintió de nuevo dueña de sí misma, fue saltar de la cama y examinar más de cerca a la mujer que se había deslizado en su habitación durante la noche. Una ojeada le bastó; retrocedió lanzando un grito de asombro. La persona dormida en el sillón no era otra que la viuda del difunto Montbarry. ¡La mujer que le había prometido que se volverían a ver en Venecia! La vista de la condesa le devolvió su valor, excitada por la indignación que le causaba su presencia.

-¡Despierte! -gritó-. ¡Cómo se ha atrevido a entrar aquí! ¿Por qué ha venido? ¡Salga o pediré auxilio!

Casi gritaba al decir estas últimas palabras. No produjeron efecto. Avanzando un paso más, puso una mano en la espalda de la condesa y la



Librodot

sacudió. Pero ni aun así pudo despertarla. Estaba como presa de un sopor mortal, insensible a los sonidos, insensible al tacto. ¿Dormía realmente? ¿Estaría desmayada? Agnes la examinó con atención. Su respiración era regular. A intervalos rechinaba los dientes con violencia. Gotas de sudor resbalaban por su frente. De vez en cuando, sus manos crispadas se agitaban convulsivamente. ¿Sufría una pesadilla? ¿O estaba bajo el influjo de algo misterioso que albergara la habitación? La duda se le hizo insoportable. Decidió llamar al recepcionista de guardia. El cordón de la campanilla pendía junto a la cabecera de la cama. Se irguió, pues todavía estaba en cuclillas frente a la condesa, y pasando al otro lado de la cama alargó la mano para tirar del cordón. En ese mismo momento miró hacia arriba. Su mano cayó inerte, pegada al cuerpo. Estremecida, se desplomó sobre la almohada. Había visto otro intruso en la habitación. Entre el techo y ella oscilaba una cabeza humana, seccionada por la base del cuello, como si una guillotina la hubiese separado del tronco. Nada le había advertido de su aparición, ni el menor ruido. En la habitación no parecía haberse producido ningún cambio anormal, nada que pudiera considerarse sobrenatural, si se exceptuaba la propia cabeza.

El mudo despojo colgaba en el aire. La muda e ida figura continuaba en el sillón; el balcón seguía estando a los pies de la cama, y tras sus cristales se agazapaba la noche sombría; la vela ardía sobre la mesilla; en el cuarto nada había cambiado. Sólo la cabeza estaba fuera de lugar en aquella escena.

A la amarillenta luz de la vela, Agnes la observaba atentamente, como atraída por una fuerza superior a su espanto. La carne del rostro había desaparecido. La arrugada epidermis había tomado un matiz oscuro, semejante a la piel de una momia egipcia, excepto en el cuello. En esta parte el color era más claro; en algunos puntos se apreciaba un color más oscuro, semejante al de la mancha que había aterrorizado a la niña. Restos de una barba y del bigote, que pendían del labio superior y las mejillas, atestiguaban que se trataba de la cabeza de un hombre. La muerte y el tiempo habían hecho su labor destructora. Los párpados estaban cerrados. El cabello, lacio y descolorido, había sido quemado en algunas partes. Los descarnados labios, entreabiertos en una lúgubre mueca, dejaban ver una doble hilera de dientes. La cabeza, al principio inmóvil, empezó a descender hacia Agnes. Aquel extraño olor, mezcla de dos hedores, que los comisionados advirtieron en los sótanos del antiguo palacio, y que había mareado a Francis Westwick días antes en esta habitación, esparció sus fétidas emanaciones. Poco a poco la aparición fue acercándose a Agnes; se detuvo junto a ella y se giró hasta quedar frente a la mujer que estaba en el sillón. Durante un tiempo, la cabeza permaneció inmóvil. Luego, el rígido quietismo de la faz muerta comenzó a alterarse. Los párpados se levantaron lentamente. Los ojos brillaron con la frialdad de la muerte y se fijaron en la mujer del sillón. Agnes vio aquella mirada y cómo la mujer se levantaba como obedeciendo una orden inapelable. No vio nada más.

Cuando recobró el conocimiento, el sol brillaba en la ventana, lady Montbarry estaba a la cabecera de la cama y las niñas se asomaban a la puerta.



Librodot

# XXIII

-Tú, Henry, que tienes influencia sobre Agnes, trata de que se tome las cosas con más calma. No hay por qué ponerse así. La doncella de mi mujer llamó esta mañana a su puerta para llevarle su taza de té. Como no le respondió, fue por la escalerilla de servicio, encontró la puerta del tocador abierta y a Agnes desmayada en el lecho. Avisó a mi esposa, y entre ambas consiguieron hacerla volver en sí. Entonces Agnes contó la extraordinaria historia que has oído. Desde luego la pobre se ha fatigado mucho durante el viaje; sus nervios están excitados... y es la criatura más a propósito para ser turbada por un sueño. Se obstina en rechazar esta explicación. No creas que me he mostrado severo con ella. Al revés, he hecho cuanto he podido para tranquilizarla. Le he escrito a la condesa ofreciéndole de nuevo su habitación, pero no quiere aceptar el cambio. Así, pues, he arreglado las cosas de manera que yo dormiré dos o tres noches en la 13 A, mientras Agnes se repone bajo los cuidados de lady Montbarry. No puedo hacer nada más. A todo lo que Agnes me ha preguntado he respondido de la mejor manera posible. Le he contado cuanto me dijiste anoche sobre Francis y la condesa. Pero no he conseguido calmarla. Prueba tú, a ver si eres más afortunado.

Con estas palabras, lord Montbarry le explicó la situación a su hermano. Henry no hizo ninguna observación y se fue directamente al salón. Encontró a Agnes paseando por la estancia, encendida y presa de gran excitación.

-Si vienes a repetirme lo que me ha dicho tu hermano -exclamó, antes de que Henry pudiese abrir la boca- puedes ahorrarte el trabajo. Yo no necesito sentido común... necesito un verdadero amigo que crea lo que he visto.

-Yo soy ese amigo, Agnes, y tú lo sabes.

-¿Crees que todo es un sueño?

-No lo creo... cuando menos en un punto.

-¿Cuál?

-En el referente a la condesa. Estoy seguro de que estaba allí...

Agnes le interrumpió.

-¿Por qué no me dijiste anoche que Mrs. James y la condesa eran la misma persona? -preguntó con recelo.

-Olvidas que el cambio de habitaciones se efectuó antes de mi llegada -contestó Henry-. Estuve a punto de decírtelo... pero sólo hubiese conseguido alarmarte. Pero sobre que la condesa estuvo en tu habitación no cabe la menor duda. Lo sé por ella misma.

-¿Has visto a la condesa? preguntó Agnes con ansiedad.

-Hará unos diez minutos.

-¿Qué estaba haciendo?

-Escribía. No conseguí que me mirara hasta que pronuncié tu nombre.

-Se acuerda de mí y de lo que ha pasado, claro.

-Con alguna dificultad. Viendo que no quería contestarme, la interrogué como si fuese de tu parte. Entonces habló. No sólo admite los supersticiosos motivos que la impulsaron a cederte su cuarto, los mismos que le había explicado a Francis, sino que confiesa que ha estado esta noche a la cabecera de tu cama con objeto de "observar qué es lo que ella veía", por usar sus propias palabras. Al oír esto traté de que me dijera de qué modo



Librodot

había entrado en el cuarto, pero volvió al manuscrito y tomó de nuevo la pluma. "El barón necesita dinero", me ha dicho, "y es necesario que termine mi obra". No he podido descubrir que fue lo que vio o soñó mientras estuvo contigo. Pero a juzgar por lo que me dijo mi hermano, algún suceso reciente ha trastornado la mente de esa desgraciada. Una prueba es que me ha hablado del barón como si éste existiese. A Francis le contó que el barón había muerto, lo cual es verdad. El cónsul de los Estados Unidos en Milán nos enseñó un periódico americano que anunciaba su óbito. El poco sentido que conserva lo ha concentrado en una absurda idea... la de escribir un drama para el teatro de Francis. Este confiesa que la animó pensando que podría ganar algún dinero. Creo que hizo mal. ¿No te parece?

Sin contestar la pregunta, Agnes se levantó bruscamente.

-Hazme otro favor, Henry -dijo-. Llévame a ver a la condesa ahora mismo.

Henry vaciló.

-¿Te sientes lo suficientemente bien, después de lo mal que lo has pasado?

La joven tembló; desapareció el color de sus mejillas, sustituido por una mortal palidez. Pero se esforzó para mantener su decisión.

-¿Sabes lo que vi anoche? -preguntó con voz débil.

-¡No hables de eso! -exclamó Henry-. ¡No te excites inútilmente!

-¡Es necesario que hable! Mi mente está llena de horribles preguntas. No puedo identificarla... y sin embargo, me pregunto una y mil veces a quién se parece. ¿Era la de Ferrari o...?

Se detuvo, estremeciéndose.

-La condesa lo sabe -continuó con vehemencia-, y es necesario verla. Tenga o no el valor, debo intentarlo. Llévame allí antes de que el miedo me lo impida.

Henry la miró con preocupación.

-Si estás realmente segura de que eso es lo que quieres, estoy de acuerdo -dijo-, y cuanto antes mejor. ¿Recuerdas qué extrañamente hablaba de la influencia que ejercías sobre ella el día en que se metió en tu casa?

-Lo recuerdo perfectamente. ¿Por qué me lo preguntas?

-En su estado mental, quizá siga pensando que eres el ángel de la venganza que viene a castigar sus crímenes. Será prudente ver hasta dónde llega esa influencia, caso de que pueda recordarla.

Esperó la repuesta de Agnes. Esta se apoyó en su brazo y se encaminó a la puerta. Subieron al segundo piso y, después de llamar, entraron en el cuarto de la condesa. Ésta escribía frenéticamente. Cuando levantó los ojos y vio a Agnes, por sus ojos pasó una sombra de duda. Después de unos momentos, la memoria pareció acudir a su mente. Se le cayó la pluma de la mano. Lívida y temblorosa se quedó mirando a Agnes; la había reconocido.

-¿Ha llegado la hora? -preguntó en voz baja-. ¡Déme un respiro! No he terminado aún mi obra.

Cayó de rodillas y extendió sus manos con un gesto de súplica. Agnes no se había recobrado aún de aquella noche; sus nervios seguían presos de una gran excitación. La sobresaltó de tal modo la condesa que no supo qué decir ni hacer. Henry se sintió impulsado a animarla.

-Pregunta ahora que tienes la oportunidad -le dijo en voz baja-. Fíjate... su mirada vuelve a extraviarse.

-Anoche estuvo usted en mi habitación... -empezó.

Antes de que pudiese añadir una sola palabra, la condesa, gimiendo, elevó las manos sobre su cabeza. Agnes retrocedió e hizo un gesto que indicaba que iba a marcharse. Henry la detuvo y le susurró unas palabras. No sin esfuerzo, ella le obedeció

-Anoche -dijo-, dormí en el cuarto que me cedió y vi...

La condesa se puso de pie bruscamente.

-¡Basta! -exclamó-. ¡Dios mío! ¿Cree que no sé lo que eso significa para ambas? Decídase. Píenselo bien. ¿Está dispuesta a seguirme a través de los crímenes del pasado, hasta los secretos de la muerte?

Volvió de nuevo al escritorio sin esperar la respuesta. Sus ojos centelleaban. Pero fue algo momentáneo. El ardor y la impetuosidad desaparecieron. Ladeó su cabeza; suspiró profundamente al sacar una hoja de pergamino con caracteres ya descoloridos; llevaba adheridos unos hilos de seda, como si hubiera sido arrancada de algún libro.

-¿Sabe italiano? -preguntó, tendiéndole la hoja a Agnes.

Ésta asintió con una inclinación de cabeza.

-Esta hoja -continuó la condesa-pertenece a un libro de la vieja biblioteca del palacio. Lea... empiece en la quinta línea.

Agnes se sentía desfallecer.

-Acércame una silla -pidió a Henry- probaré a leerla

Henry obedeció. Se situó tras ella, tratando de leer él también la hoja. He aquí lo que leyeron:

"Mi investigación artística en el primer piso del palacio está acabada. Por deseo de mi noble protector, dueño de este glorioso edificio, subí al segundo piso para continuar mi catalogación con la descripción de los cuadros, frescos y otros tesoros artísticos allí contenidos. Permítaseme empezar por el aposento del extremo occidental del palacio, llamado sala de las Cariátides por las dos estatuas que soportan el ábaco de la chimenea. La obras son de ejecución reciente, comparativamente hablando; datan del siglo XVIII, y todos sus detalles revelan el corrompido gusto de la época. Sin embargo, la chimenea es notable; contiene un escondite ingeniosamente disimulado entre el pavimento y el techo de la habitación inferior. Construido en los tiempos en que la Inquisición de Venecia hacía a su antojo, se dice que salvó a un antepasado de mi señor de caer en sus garras. La maquinaria que abre este curioso escondrijo se conserva perfectamente. Mi señor me explicó su funcionamiento. Se debe apoyar la mano en la frente de la figura de la izquierda, empujándola como si se quisiera inclinar la cabeza hacia la pared. Entonces, la losa que cubre el suelo del hogar gira sobre un eje, dejando al descubierto una cavidad suficiente para contener a un hombre acostado. El método para cerrar el escondite es igualmente sencillo. Se colocan ambas manos en las sienes de la figura, y atrayendo hacia uno la cabeza la losa recobra su primera posición."

-No necesita leer más -dijo en ese momento la condesa-. Procure recordar lo que ha leído.

Colocó de nuevo el pergamino en un cajón del escritorio, cerró éste y se encaminó hacia la puerta.

-Venga -dijo-. Verá lo que los franceses llaman el principio del fin.

Agnes apenas tenía fuerzas para levantarse de la silla; temblaba de pies a cabeza. Henry le ofreció su brazo.

-No temas -susurró-, yo estoy a tu lado.

La condesa avanzó por el corredor y se detuvo frente a la habitación 38. Era el aposento que había ocupado el barón de Rivar; estaba situado encima de aquel en el que Agnes había pasado la noche. Se hallaba desocupado desde hacía dos días.

-¡Vea! -dijo la condesa, señalando las esculturas de la chimenea. Ya sabe lo que tiene que hacer. Ahora le pido un poco de misericordia -continuó en voz baja-. Concédame unas cuantas horas. El barón necesita dinero... debo terminar mi- drama.

Sonrió vagamente e imitó con la mano derecha la acción de escribir. Evidentemente, se hallaba al límite de sus fuerzas. Aceptada su petición, se limitó a decir:

-No tema, no escaparé. Donde esté usted estaré yo, hasta que llegue el fin.

Sus ojos recorrieron el aposento. Su mirada era de estupefacción. Regresó a su habitación con el paso lento e inseguro de una anciana.

# XXIV

Agnes y Henry se quedaron solos en el aposento. La persona que había catalogado el palacio -probablemente algún escritor de segunda fila o algún artista-, había señalado con acierto los defectos de la chimenea. En toda ella dominaba un pésimo gusto. Era, no obstante, admirada por toda clase de viajeros ignorantes, en parte por sus imponentes dimensiones, y en parte por las variedades del color de los mármoles que el escultor había empleado en su diseño. Henry condujo a Agnes hasta la cariátide de la izquierda.

-¿Lo hago yo -dijo-, o prefieres hacerlo tú?

La joven se desasió de su brazo y retrocedió en dirección a la puerta.

-¡No puedo ni verlo! -dijo- ¡Esas despiadadas caras de mármol me hacen estremecer!

Henry posó una mano en la figura. Antes de que pudiera oprimir el resorte, Agnes abrió precipitadamente la puerta.

-Espera a que me haya ido -dijo-. Me aterra la idea de que ahí pueda haber algo. Estaré afuera, en el pasillo.

Agnes cerró la puerta. Henry puso de nuevo la mano sobre la cariátide, pero por segunda vez tuvo que retirarla.

Esta vez la interrupción se debió al sonido de voces amigas que llegaban a través del corredor. Una voz femenina exclamó:

-¡Querida Agnes, qué alegría volverte a ver!

Una voz masculina aseguró que presentaría a Miss Lockwood a algunos de sus amigos. Una tercera voz, que Henry reconoció como la del director del hotel, encarecía al ama de llaves que mostrase a las señoras las habitaciones disponibles.

-Si con aquellas no tienen suficiente -añadió el hotelero-, aquí está este magnífico cuarto.

Abrió la puerta y se encontró frente a frente con Henry.

-¡Qué agradable sorpresa, caballero! -dijo el director cariñosamente-. Veo que está usted admirando nuestra famosa chimenea. ¿Puedo preguntarle qué tal le prueba esta vez el hotel, Mr. Westwick? ¿Le han vuelto a hacer perder el apetito algunas circunstancias sobrenaturales?

-Las presencias sobrenaturales no se han metido conmigo esta vez -contestó Henry-. Pero quizás sepa que han afectado a otros miembros de la familia.

Hablaba gravemente, resentido por el tono frívolo con que el director se refería a su primera visita al hotel.

-¿Hace mucho que ha regresado? -preguntó luego para cambiar de tema.

-Acabo de llegar. He tenido el honor de compartir el mismo tren que sus amigos, Mr. y Mrs. Barville, y sus compañeros de viaje. Miss Lockwood está con ellos. No tardarán en aparecer por aquí si es que necesitan alguna otra habitación.

Henry se decidió a actuar sin pérdida de tiempo. Cuando Agnes lo dejó solo por su mente había pasado la idea de lo conveniente que hubiera sido contar con la presencia de un testigo, por si la casualidad le ofrecía algún peligroso descubrimiento. Aquel confiado hotelero, que no recelaba nada, estaba a su disposición. Volvió el rostro hacia la cariátide, resolviendo que el director sería su testigo.

-He oído con placer la llegada de mis amigos -dijo-; pero antes de saludarlos permítame una pregunta. Las fotografías de esta chimenea que se exhiben en el salón, ¿están a la venta? ,

-En efecto, Mr. Westwick.

-¿Es tan sólida como parece? -continuó Henry-. Cuando usted entró estaba preguntándome si esta cabeza no se ha despegado un poco de la pared.

Por tercera vez puso la mano sobre la frente de la escultura.

-En mi opinión, está un poco inclinada. Y parece que la cabeza se mueve.

La empujó. Se oyó un chirrido de hierro oxidado procedente del interior de la pared. La losa giró lentamente bajo los pies de los dos hombres, mostrando una oscura cavidad, mientras una extraña y nauseabunda combinación de olores salió de lo hondo y saturó el ambiente. El director retrocedió.

-¡Santo Dios! -exclamó- ¿Qué significa esto, Mr. Westwick?

Henry decidió disimular.

-¿Qué sé yo? Estoy tan sorprendido como usted -fue su respuesta.

-Espere un momento -dijo el hotelero-. Es preciso evitar que entren sus amigos.

Salió precipitadamente, cerrando la puerta tras él. Henry abrió la ventana y esperó asomado a ella, aspirando el aire del canal. Vagos presentimientos acerca de lo que iban a descubrir se deslizaban por su mente. No pensaba dar un solo paso sin la presencia de un testigo. El hotelero apareció con una palmatoria, que encendió tan pronto como hubo entrado.

-Ahora no hay que temer ninguna interrupción -dijo-. Le ruego, Mr. Westwick, que sostenga usted la vela. Me corresponde a mí averiguar que hay aquí dentro.

Henry tomó la palmatoria. Mirando en el interior de la cavidad, al tenue resplandor de la vela, ambos divisaron en el fondo un objeto de color oscuro.

-Creo que podré alcanzarlo -observó el director- si me tiendo en el suelo y alargo la mano.

Se arrodilló, vacilante.

-¿Quiere hacerme el favor de darme mis guantes? -dijo-. Están junto a mi sombrero, en esa silla.

Henry se los dio.

-¡Donde estaré metiendo la mano! -bromeó el hotelero con una sonrisa forzada, en tanto se ponía el guante derecho.

Se tendió boca abajo y metió la mano en la cavidad.

-No sé lo que será -dijo-, pero ya lo tengo.

Se incorporó y sacó el brazo.

Al ponerse de pie lanzó una exclamación de terror. Una cabeza humana se había desprendido de su mano, rodando hasta los pies de Henry. ¡Era la cabeza que Agnes había visto aquella noche! Los dos hombres se miraron, enmudecidos por la misma sensación de horror. El hotelero fue el primero en recobrarse.

-¡Vaya usted a puerta, por amor de Dios! -dijo-. ¡Cualquiera puede haberme oído gritar!

Henry se encaminó a la puerta maquinalmente. Con la llave en la mano, dispuesto a abrir, continuaba con la vista fija en aquella cosa horrible

que yacía en el suelo. No era posible reconocer a quién podían pertenecer aquellas deformes y desdibujadas facciones, pero su alma se hallaba ya sembrada de dudas. ¿Aquella cabeza era la de Ferrari o la de ...? Los pensamientos que habían torturado a Agnes lo torturaban a él ahora. ¡Agnes! ¿Qué iba a decirle? ¿Qué pasaría si le contaba la verdad?

En el corredor no se oían pasos ni voces. En pocos segundos el director había recobrado la suficiente sangre fría como para recordar que lo más importante de su vida consistía en la salvaguardia de los intereses de la compañía hotelera. Se acercó angustiado hasta donde estaba Henry.

-Si esto se hace público -dijo- el hotel habrá de cerrar, y la Compañía irá a la ruina. Creo que puedo confiar en su discreción, Mr. Westwick.

-Desde luego -contestó Henry-. Pero la discreción tiene sus límites ante un hallazgo como este.

El hotelero comprendió.

-Encontraré la forma -dijo-de llevarme esto, y yo mismo lo pondré en manos de la policía. ¿Quiere irse ahora o prefiere esperarme aquí para ayudarme?

Las voces de los huéspedes se oían al final del corredor. Henry consintió en quedarse allí esperando. Le aterraba encontrarse con Agnes. El director salió rápidamente, intentando no cruzarse con los huéspedes que se acercaban. Henry regresó a la ventana, procurando distraer su imaginación con la vista del canal. Pero la morbosa fascinación que ejerce todo lo que es horrible desviaba sus ojos hacia el tétrico objeto que continuaba en el suelo. Realidad o sueño, ¿cómo había podido Agnes soportar aquella visión? Al hacerse mentalmente esta pregunta notó, por primera vez, que algo relucía en el suelo, junto a la cabeza. Mirando con más atención vio una pequeña placa de oro, con tres dientes postizos unidos a ella, que aparentemente se había desprendido del cráneo al caer éste de la mano del director. Henry comprendió enseguida la importancia de este descubrimiento. Quizá aquel despojo humano fuese la prueba de un crimen. Obsesionado por esa idea recogió los dientes, que podían constituir un medio de identificación si ésta no se producía de otra forma. Y de nuevo volvió a la ventana; la soledad del aposento empezaba a angustiarle. En ese momento alguien golpeó suavemente en la puerta. Se adelantó a abrir, pero se detuvo en seco. ¿Era el hotelero u otra persona?

-¿Quién es? -preguntó.

Le respondió la voz de Agnes.

-¿Has visto algo, Henry?

-Todavía no. Perdóname si no te abro. Dentro de un rato hablaremos.

La voz se oyó de nuevo, suplicante.

-¡No me dejes sola, Henry! ¡No puedo soportar la alegría de la gente!

¿Cómo resistirse a su súplica? La oyó suspirar y el roce de su vestido al alejarse de la puerta. Salió tras ella. La joven se volvió y señaló hacia la habitación.

-¿Tan terrible es? -preguntó con voz desmayada.

Henry pasó un brazo por su espalda para sostenerla. Se le ocurrió una idea al mirarla, y esperó su respuesta entre el temor y la duda.

-Puedes decidirlo por ti misma -dijo-. Ponte el sombrero y el abrigo y acompáñame.

La proposición sorprendió a Agnes.

-¿Para qué he de acompañarte? -preguntó.



Librodot

-Quiero que me acompañes a casa del doctor que visitó a lord Montbarry, y también a la del cónsul que le acompañó al cementerio.

Los ojos de la joven se posaron con gratitud en el rostro de Henry.

-¡Oh, cómo me comprendes! -exclamó.

El director se les acercó cuando se disponían a bajar las escaleras. Henry le entregó la llave del cuarto y luego llamó a un criado para que llamase a una góndola.

-¿Va usted a salir? -preguntó el hotelero.

-En busca de pruebas -contestó Henry señalando la llave-. Si la justicia me necesita estaré de vuelta dentro de una hora.

# XXV

El día terminó apaciblemente. Lord Montbarry y los demás habían ido a la ópera. Sólo Agnes, pretextando cansancio, se había quedado en el hotel. Henry, para cubrir las apariencias, acudió al teatro con su familia, pero se escapó al término del primer acto y se reunió con Agnes en el hotel.

-¿Has pensado en lo que te dije esta mañana? -le preguntó, sentándose a su lado-. ¿Estás de acuerdo conmigo en que la duda que nos angustiaba ya está aclarada?

Agnes movió la cabeza tristemente.

-Quisiera decir que sí, Henry... quisiera poder decir que ya me he tranquilizado.

La respuesta hubiera desanimado a cualquier otro hombre. Pero la paciencia de Henry para con Agnes no tenía límites.

-Si recapacitas en todo lo que ha pasado hoy convendrás en que no estábamos del todo engañados. Recuerda lo que el doctor Bruno objetó a nuestras dudas: "Después de treinta años de práctica, ¿cree usted que puedo equivocarme sobre los síntomas de una bronquitis?" Si quedaba alguna pregunta sin respuesta, ahora ya la tenemos. ¿Y el testimonio del cónsul, puede dar lugar a dudas? Fue a ofrecer sus servicios a lord Montbarry; después, sabiendo su muerte, llegó a tiempo para verle en el ataúd, y rezó junto al cadáver el oficio de difuntos. Combina todo eso, Agnes, y verás que es imposible negar que la muerte y sepultura de Montbarry son hechos probados. Sólo nos queda una duda: saber si los despojos encontrados pertenecen o no al guía. Así es como yo entiendo la cuestión. ¿No son ésos los hechos?

Agnes no pudo negar que lo fuesen.

-¿Pues qué te impide sentir el alivio que yo siento? -preguntó Henry.

-Lo que vi la pasada noche -contestó Agnes-. Ya sé que a ti te parece que soy supersticiosa, pero no es así. Cuando recuerdo lo que éramos tu hermano y yo el uno para el otro, me doy cuenta que yo era la destinataria de esa aparición que reclama una sepultura cristiana y el castigo del crimen. Convengo en que hay cierta posibilidad de verdad en la explicación que tú has elaborado, pero lo que no puedo comprender es por qué he debido pasar por esta terrible prueba si la víctima era Ferrari, a quien ni siquiera conocía. No puedo rebatir tu razonamiento, Henry, pero mi corazón me dice que estás equivocado. Nada borrará mi convicción de que estamos tan lejos de descubrir la verdad como estábamos al principio.

Henry no intentó llevar la discusión más lejos. A su pesar, la firmeza con que la joven había expresado su opinión le había impresionado.

-¿Has pensado en cómo llegar a la verdad? -preguntó-. ¿Quién podría ayudarnos? Sin duda, la condesa tiene en sus manos la clave del misterio. Pero dado su actual estado mental, ¿puede creerse lo que diga... aun cuando fuese cierto? En base a mi propia experiencia, opino decididamente que no.

-¿Es que has vuelto a verla? -preguntó Agnes con impaciencia.

-Sí... antes de comer, y por cierto que he vuelto a interrumpirla en la redacción de su obra.

-¿Y le has contado lo que hallaste en el escondite?

-Por supuesto -contestó el joven-. Le dije que la hacía responsable de ello, y que esperaba que revelase toda la verdad. Ella continuó escribiendo,

como si yo le estuviese hablando en griego. Pero soy obstinado. Le dije claramente que la cabeza había sido depositada en manos de la policía, y que el hotelero y yo habíamos firmado nuestra declaración. Tampoco me hizo el menor caso. Para empujarla a hablar añadí que la investigación se hacía en secreto, y que podía confiar en mi discreción. Por un momento creí que había dado en el blanco. Apartó los ojos del manuscrito, con un destello de curiosidad, y me dijo: "¿Y qué van a hacer con ella?" Se refería, supongo, a la cabeza. Contesté que iba a ser enterrada secretamente, después de que se le tomaran fotografías. Hasta llegué a informarla de la opinión del médico forense, el cual asegura que se ha usado una sustancia corrosiva para destruir la cabeza, habiéndose logrado sólo en parte... y le pregunté bruscamente si el facultativo tenía razón. El lazo no estaba mal tendido... pero fracasé por completo. Me dijo glacialmente: "Puesto que está aquí, quiero consultarle acerca de mi obra... hay aquí un incidente que me tiene mareada". Y fíjate bien, Agnes, no había malicia en aquellas palabras. Tenía verdaderos deseos de leerme su creación... debía suponer que a mí me interesan semejantes cosas por el mero hecho de ser hermano de un hombre de teatro. Salí, ofreciéndole la primera excusa que me vino en mientes. No creo equivocarme diciendo que no podremos sacar nada de ella. Aunque es posible que tú puedas conseguir algo más. ¿Quiere hacer una última prueba? Todavía está en su cuarto, y si quieres yo estoy dispuesto a acompañarte.

Agnes se estremeció ante la simple idea de tener otra entrevista con la condesa.

-¡No me atrevo! -exclamó-. ¡Después de lo que ha ocurrido, me repele más que nunca! ¡No me pidas eso, Henry! ¡Toma mi mano... fría como la muerte sólo de pensarlo!

El terror que sentía la joven era ilimitado. Henry se apresuró a cambiar de conversación.

-Hablemos de algo más interesante -dijo-. Tengo que hacerte una pregunta. ¿Me equivoco pensando que cuanto antes te vayas de Venecia será mejor para ti?

-¡No te equivocas en absoluto! -exclamó la joven, excitada-. No puedo expresar con palabras el deseo que tengo de abandonar este horrible lugar. Pero sabes mi situación... y has oído lo que ha dicho lord Montbarry en la cena.

-Supongamos que ha cambiado de idea -observó Henry.

Agnes pareció sorprendida.

-Yo creía que había recibido cartas de Inglaterra que le obligaban a partir mañana -dijo.

-Así es -asintió Henry-. Había dispuesto salir para Inglaterra mañana mismo, dejando a lady Montbarry, las niñas y a ti misma a mi cuidado. Pero os iréis todos con él, pues me ha surgido un asunto y yo también debo dejar Italia y regresar a Inglaterra.

Agnes lo miró con perplejidad; no estaba segura de haberle entendido bien.

-¿Tú tienes que regresar enseguida? -le preguntó.

Henry sonrió al contestarle:

-Guárdame el secreto, o mi hermano no me perdonará jamás.

Agnes leyó el resto en el semblante de Henry.

-¡Oh! -exclamó sofocándose-. ¿No será por mi causa que has decidido adelantar tu regreso?

-Vuelvo contigo, Agnes. Y eso me lo compensa todo.

Ella le tomó la mano con un irresistible impulso de gratitud.

-¿Qué bueno eres! -murmuró tiernamente-. ¿Qué hubiera sido de mí sin tu apoyo? No sabes que grande es mi gratitud.

Y trató, impulsivamente, de besar la mano de su enamorado. Él la detuvo dulcemente.

-Agnes -dijo-, ¿empiezas a comprender cuánto te amo?

Esta pregunta fue directa al corazón de la joven. Sin necesidad de palabras confesó todo lo que sentía. Le miró, y luego desvió los ojos. Henry la oprimió contra su pecho.

-¡Amor mío! -murmuró besándola. Suaves y temblorosos, los dulces labios de Agnes correspondieron a la caricia. Inclinó la cabeza. Echó los brazos al cuello de su amado y ocultó su rostro. No hablaron más.

Aquel silencio encantador fue despiadadamente interrumpido por un golpe en la puerta. Agnes se incorporó sobresaltada. Fue a colocarse tras el piano que, frente a la puerta, impedía a quien fuese contemplar su ruborizado rostro. Henry exclamó irritado:

-¡Adelante!

Se abrió la puerta. El intruso, desde fuera, preguntó:

-Mr. Westwick, ¿está solo?

Agnes reconoció la voz de la condesa. Corrió hacia una puerta lateral que comunicaba con una de las alcobas.

-¡No permitas que se me acerque! -murmuró nerviosamente-. ¡Buenas noches, Henry, buenas noches!

Si Henry hubiese podido transportar a la condesa al otro confín de la tierra hubiese hecho el esfuerzo sin el menor remordimiento. Pero como no era posible, se contentó con repetir, más secamente que la primera vez:

-¡Adelante!

La condesa entró en el aposento con el manuscrito en la mano. Su paso era vacilante; en lugar de la palidez habitual, un color rojizo cubría su semblante. Sus ojos, muy abiertos, estaban inyectados de sangre. Al aproximarse a Henry demostró cierta incapacidad en el cálculo de las distancias, pues fue a dar contra la mesa junto a la cual el joven estaba sentado. Al hablar articulaba confusamente, y su pronunciación, en alguna de las palabras más largas, era difícilmente inteligible. Cualquiera hubiese sospechado que estaba bajo la influencia de un exceso alcohólico. Henry, que la consideraba bajo otro punto de vista, le dijo al ofrecerle una silla:

-Condesa, me temo que ha trabajado usted en demasía; está rendida de fatiga.

Ella se llevó la mano a la cabeza.

-¡Mi inspiración se ha ido! -dijo-. ¡No puedo escribir el cuarto acto! ¡Hay un vacío... un vacío absoluto!

Henry le aconsejó que esperase al día siguiente.

-Métase en la cama -dijo-, y trate de conciliar el sueño. La condesa agitó la mano con impaciencia.

-Es necesario que termine la obra -contestó- Sólo deseo hacerle una consulta. Usted debe saber algo acerca de teatro, puesto que su hermano tiene uno. Debe haberle oído hablar del cuarto y quinto acto... y visto los desenlaces y todo lo que se relaciona con ellos.

De pronto puso el manuscrito en las manos de Henry.

-Yo no puedo leérselo -continuó-, pues mi escritura me turba. Échele usted una ojeada... y déme consejo.

Henry miró el manuscrito. Se le ocurrió fijarse en los personajes. Al leer la lista se estremeció; se volvió súbitamente hacia la condesa como para pedirle una explicación. Las palabras quedaron en suspenso en sus labios. Vio que era completamente inútil preguntarle nada. Su cabeza estaba inclinada a un lado del respaldo. Aparentaba estar medio dormida. Había aumentado el color de su semblante; parecía una persona a punto de caer en algún tipo de paroxismo. Tiró del cordón de la campanilla y le pidió al camarero que acudió que enviase una doncella. Su voz pareció despertar parcialmente a la condesa; ésta abrió sus ojos.

-¿Lo ha leído usted? -preguntó balbuceante.

Era necesario, aunque sólo fuera por humanidad, seguirle la corriente.

-Lo leeré con mucho gusto -dijo Henry-, si se va usted a descansar. Mañana le daré mi opinión. Tendremos clara la cabeza y podremos resolver el cuarto acto.

La doncella entró en ese momento.

-Creo que la señora está enferma -le dijo Henry en voz baja-. Acompáñela a su habitación.

La sirvienta se fijó en la condesa, y murmuró a su vez:

-¿Debo llamar al médico, señor?

Henry aconsejó que la llevase primero a su aposento y que consultase después con el director. Costó persuadir a la condesa para que se levantase y aceptase el brazo de la doncella. Tan sólo con reiteradas promesas de que leería el drama aquella noche y la ayudaría a modelar el cuarto acto por la mañana, pudo conseguir Henry que la condesa se marchase. Al quedarse solo, empezó a sentir una lánguida curiosidad con respecto al manuscrito. Hojeó el cuaderno leyendo una línea aquí y otra más allá. De pronto cambió de color, y apartó sus ojos del papel con expresión de extravío.

-¡Dios mío! ¿Qué significa esto? -se dijo.

Sus ojos se volvieron nerviosamente hacia la puerta por la que había escapado Agnes. La joven podía volver en cualquier momento; podría desear leer lo que la condesa había escrito. Leyó de nuevo el párrafo que lo había alarmado, reflexionó un momento y salió del salón discretamente.

# XXVI

Al llegar a su cuarto, Henry dejó el manuscrito sobre la mesa, abierto por la primera página. Sus nervios estaban alterados. Empezó a leer. Sus manos temblaban al pasar las hojas; se estremecía con cualquier ruido que llegara desde fuera de la habitación. El drama de la condesa no contenía ni prefacio ni explicación alguna. Empezaba de esta manera:

Permítame usted, mi querido Francis Westwick, que le presente a lo personajes de mi obra: El lord. El barón. El guía. El doctor. La condesa. Como ve, no me tomo la molestia de inventar nombres ni apellidos. Mis protagonistas están suficientemente definidos por su posición social y por el chocante contraste que forman unos con otros. Empieza el primer acto... ¡Pero no! Antes es preciso advertir, haciéndome justicia a mí misma, que esta obra es fruto de mi invención. No me he inspirado en nada real; y, más extraordinario aún, no he sacado ninguna de mis ideas de los modernos dramas franceses. Usted probablemente no me cree. No importa. Nada importa, excepto el comienzo de mi primer acto.

Estamos en Hamburgo, en el famoso Salon d'Or. La condesa (elegantemente vestida) está sentada junto a una mesa de ruleta. Extranjeros de todas las nacionalidades se sitúan detrás de los jugadores, unos tomando notas y otros simplemente mirando. Milord está entre estos extranjeros. Parece impresionado por la apariencia de la condesa, en la cual defectos y encantos se complementan de la manera más atractiva. Mira el juego de la dama y coloca su dinero cuando ve que ella pone el suyo, y a su mismo juego. Ella se vuelve y le dice: "No confíe usted en mi color; tengo mala suerte esta noche. Juegue usted contra mí y es probable que gane". Milord (un verdadero inglés) se ruboriza, se inclina y obedece. La condesa no se ha equivocado. Ella pierde sin cesar. Milord recupera el doble de lo que había arriesgado. La condesa se levanta de la mesa. No le quedan fichas, y le ofrece su silla a milord. En lugar de aceptar, éste pone cortésmente sus ganancias en la mano de la condesa y le ruega que acepte el préstamo. La condesa continúa jugando y pierde de nuevo. Milord sonríe bondadosamente y le vuelve a dejar dinero. Desde este momento cambia su suerte. Ella gana y gana sin cesar. Su hermano, el barón, que prueba fortuna en otro extremo, se entera de lo que ocurre y se reúne con milord y la condesa. Le suplico que se fije en el barón. Es un personaje interesante. Tiene una desmedida afición a la química experimental, algo sorprendente en un hombre joven y guapo, con un brillante porvenir ante sí. Un profundo conocimiento de las ciencias ocultas le ha persuadido de que es posible resolver el problema de la piedra filosofal. Sus recursos pecuniarios se agotaron hace mucho en costosos experimentos. Después, su hermana le había entregado la escasa fortuna que poseía, reservándose tan sólo las alhajas de la familia, colocadas en casa de su banquero en Frankfurt. El dinero de la condesa también ha desaparecido, y el barón piensa pedirle a la ruleta nuevos recursos. La fortuna le favorece generosamente, gana sin medida y ello le impele a profanar su noble entusiasmo por la ciencia entregándose en cuerpo y alma a la degradante pasión del juego. Al empezar el primer acto la suerte se ha cansado de favorecer al barón. Funda todas sus esperanzas en un experimento que trocará en oro los metales más viles. ¿Pero cómo sufragar los gastos? El destino, como un eco burlón, contesta:

"¿Cómo?" ¿Podrán las ganancias de su hermana (con el dinero de milord) ser lo bastante cuantiosas como para ayudarle? Ansioso tras el resultado, aconseja a la condesa sobre el modo en que ha de jugar. Desde este momento la mala suerte la acompaña. Pierde y pierde hasta quedarse sin un céntimo. El amable y acaudalado lord ofrece un tercer préstamo, pero la escrupulosa condesa rehúsa categóricamente. Al abandonar el juego, presenta su hermano a milord. Los dos hombres entablan una amigable conversación. El lord pide permiso para presentar sus respetos a la condesa al día siguiente. El barón le invita a tomar el desayuno con ellos. Milord acepta, echando una ojeada de admiración a la condesa que a ella no le pasa inadvertida; ya entrada la noche, milord se despide. Solo con su hermana, el barón le habla con claridad.

-Nuestros asuntos -dice-, están en un estado desesperado, por lo que es preciso hallar remedio con idéntico desespero. Voy a informarme acerca de milord. Debemos aprovechar la fuerte impresión que le has causado.

La condesa se queda sola en el escenario e inicia un monólogo. Es un personaje a la vez peligroso y atractivo. En su naturaleza coexiste la capacidad para el bien con una igual capacidad para el mal. Las circunstancias son las que desarrollan una u otra. Como es persona que no pasa inadvertida, se la hace protagonista de toda clase de historias escandalosas. A una de ellas, la que la pinta como amante del barón en vez de su hermana, se refiere ahora con indignación. Cuando regresa su hermano le expresa su deseo de irse de Hamburgo, pues es allí donde por primera vez se propagó tal calumnia. El barón la oye atentamente y contesta:

-Sí, marchémonos de Hamburgo, pero siempre y cuando lo hagas como prometida de milord.

La condesa se queda estupefacta. Protesta, porque no puede corresponder al afecto que milord siente por ella. Llega hasta el punto de declarar que no volverá a verle. El barón contesta:

-Necesito dinero, venga de donde venga. Elige entre casarte con la fortuna de milord o empujarme a vender mi persona y mi título a la primera plebeya con dinero que quiera comprarme.

La condesa escucha estas palabras desconcertada. ¿Es posible que el barón hable seriamente? Sí, lo hace muy seriamente.

-Hay una mujer que me compraría -dice-. Está en la habitación de al lado. Es la viuda de un usurero judío. Tiene el dinero que necesito para resolver el gran problema. Sólo con aceptar ser su marido dispondré de cuantiosas cantidades. Tómate cinco minutos para reflexionar, y decide quién de los dos se ha de casar: tú o yo.

Cuando va a salir, la condesa le detiene. Sus más nobles sentimientos se han exaltado hasta lo indecible.

-Las mujeres -exclama- no necesitan tiempo para pensar cuando el hombre al que dedican su vida les pide un sacrificio. La condesa no necesita cinco minutos, ni cinco segundos... extiende su mano y dice:

-¡Me sacrifico en el altar de tu gloria! Mi amor, mi libertad y mi vida son los escalones que te conducirán al triunfo. Con esta escena cae el telón.

A juzgar por este primer acto, Mr. Westwick, dígame: ¿soy o no capaz de escribir un drama?

Henry detuvo su lectura al concluir el primer acto; no reflexionaba sobre los méritos de la obra, sino sobre la semejanza de los incidentes que

relataba con los acontecimientos que habían precedido al desastroso matrimonio del primer lord Montbarry. ¿Era posible que la condesa, en su actual estado mental, creyera ejercitar su imaginación cuando sólo ejercitaba su memoria? La pregunta conducía a consideraciones demasiado graves como para responderla con ligereza. Evitando forjarse una opinión, Henry se aplicó a la lectura del segundo acto. El manuscrito continuaba de esta forma:

El segundo acto se desarrolla en Venecia. Han transcurrido cuatro meses desde la escena de la ruleta. La acción tiene lugar en un salón de un palacio veneciano. Al levantarse el telón aparece el barón, solo. Relata los acontecimientos ocurridos desde el final del primer acto. La condesa se ha sacrificado; el matrimonio ha tenido lugar... pero no sin obstáculos, causados por diferencias de criterio en el contrato matrimonial. Informes obtenidos secretamente en Inglaterra han enterado al barón de que la mayor parte de la renta de milord proviene de una rica propiedad, pero vinculada al título. En caso de fallecimiento de lord Montbarry, su esposa quedaría con muy bajas rentas, pues la propiedad pasaría al detentador del título. Claro que si milord, por ejemplo, asegurara su vida por una cantidad determinada, el seguro garantizaría la situación de su esposa si llegase a enviudar. Milord vacila. El barón no pierde el tiempo en inútiles discusiones.

-Permítame considerar rotas estas relaciones.

Milord propone una suma menor que la que se le indica. El barón replica secamente:

-No es ésta materia para regateos.

Milord está enamorado; accede a todo. Por lo que parece, milord no tiene motivo de queja. Pero, una vez consumado el matrimonio y pasada la luna de miel, le llega el turno. El barón se ha reunido con los recién casados en un palacio que han alquilado en Venecia. Continúa trabajando en la búsqueda de la piedra filosofal. Instala su laboratorio en los sótanos, así las emanaciones de sus manejos químicos no pueden molestar a los moradores del palacio. El único obstáculo que se opone al gran descubrimiento es, como siempre, la falta de dinero. Su situación es verdaderamente crítica, ha contraído deudas de honor con personas de elevada alcurnia y han de ser pagadas; pide a milord cierta cantidad prestada, pero milord rehúsa en los términos más groseros. El barón suplica a su hermana que use de su influencia conyugal. La condesa únicamente puede contestar que su noble esposo, pasada la primera explosión de amor, ofrece su verdadero carácter, el de uno de los hombres más mezquinos del mundo. Se ha sacrificado, y el sacrificio resulta inútil. Tal es el estado de las cosas al comenzar el segundo acto. La entrada de la condesa distrae al barón de sus reflexiones. Milady está en un estado rayano al frenesí. De su boca salen incoherentes expresiones de rabia; necesita un buen rato para dominarse y poder hablar inteligentemente. Ha sido doblemente insultada, primero por una sirvienta, y luego por su marido. Su doncella, una inglesa, ha declarado que no quiere servir más a la condesa. Quiere cobrar sus salarios y partir inmediatamente para Inglaterra. Al preguntarle la razón de semejante proceder, insinúa insolentemente que el servicio de milady no es el más indicado para una mujer honesta desde que el barón ha entrado en la casa. La condesa ha hecho lo que una dama de su clase haría; echarla a la calle inmediatamente. Milord, oyendo la indignada voz de su mujer, sale del gabinete en el que suele encerrarse con sus libros y pregunta qué significa aquello. La condesa



Librodot

le informa del ultrajante lenguaje y la ofensiva conducta de su doncella. Milord no sólo aprueba el proceder de la sirvienta, sino que expresa sus dudas sobre la fidelidad de su esposa con un lenguaje tan brutal que la condesa no puede manchar sus labios repitiendo sus palabras.

-Si hubiera sido un hombre y hubiera dispuesto de un arma, le hubiera tenido muerto a mis pies -le explica al barón.

Éste, que ha escuchado atentamente, dice:

-Si quitases la vida a tu esposo perderías la cantidad que el seguro habría de pagarte... y esa suma es la que ha de sacar a tu hermano de esta insoportable situación.

La condesa recuerda que la ocasión no es la más adecuada para sus bromas. Después de lo que milord le ha dicho, está segura de que escribirá a sus abogados y les confiará sus sospechas. De no hacer algo, el divorcio y la afrenta que conlleva podían estar en camino, y entonces no le quedaría otro recurso que vender sus joyas para no morir de hambre. En ese momento el guía, que había sido contratado por milord en Inglaterra, cruza la escena con una carta en la mano. Va a echarla al correo. La condesa le detiene. Mira el sobre y tiende la carta a su hermano. La letra es de milord, y está dirigida a sus abogados londinenses. El guía sale a cumplir su encargo. El barón y la condesa se miran en silencio. Las palabras son innecesarias. Comprenden perfectamente la posición en que se hallan; ven claramente el único y terrible remedio que puede oponerse. Qué alternativa tienen ante sus ojos? Deshonor y ruina... o la muerte de milord. El barón camina agitado por la estancia, hablando consigo mismo. La condesa oye fragmentos de este monólogo. Habla de la constitución de milord, probablemente debilitada por su larga estancia en la India, de un catarro que molesta a milord hace dos o tres días, de la curiosa manera en que cosas tan ligeras como esa terminan a veces con la muerte. Observa que la condesa le está escuchando y le pregunta si tiene algo que proponer. La condesa es una mujer que entre sus muchos defectos tiene el mérito de hablar con claridad.

-¿No hay algo en alguno de esos frascos que tienes en los sótanos capaz de producir una enfermedad mortal?

El barón mueve gravemente la cabeza. ¿Qué teme... acaso, la inspección del cadáver? No; él puede desafiar todas las inspecciones habidas y por haber. Es el periodo que transcurre entre las primeras dosis de veneno y la muerte lo que teme. Un hombre tan distinguido como milord no puede morir sin asistencia médica. Donde entra un médico hay siempre peligro de que se descubra algo. Además, hay que contar con que el guía es fiel a milord, porque éste le paga bien. Aun cuando el médico no sospechase, el guía podría descubrir algo. El veneno, para que sus efectos se manifiesten con prudencia, se ha de administrar gradualmente. Un cálculo erróneo puede despertar sospechas. La compañía de seguros revolvería tierra y cielo para excusar el pago. Así pues, el barón no quiere arriesgarse ni permitir que se arriesgue su hermana. Milord hace su aparición en escena. Ha llamado diferentes veces al guía sin obtener respuesta. ¿Qué significa aquella insolencia? La condesa (hablando con insólita dignidad, porque ¡cuánto no gozaría su grosero marido viendo que la había ofendido!) hace notar a milord que ha ido a correos. Milord pregunta con recelo si ella ha visto la carta. La condesa contesta fríamente que no le interesan sus cartas. Refiriéndose al catarro que padece, le pregunta si tiene intención de llamar al médico. Milord contesta que sabe lo bastante para curarse por sí mismo.



Librodot

En esto vuelve el guía de correos. Milord le ordena que vaya a comprar algunos limones. Se propone tomar una limonada caliente para provocar sudores enseguida que se acueste. De este modo se ha curado siempre los constipados, y de este modo se curará el de ahora. El guía obedece en silencio. A juzgar por las apariencias cumple con repugnancia este segundo recado. Milord se vuelve al barón (que no ha dicho aún una palabra) y le pregunta con sarcasmo cuanto tiempo se propone prolongar su estancia en Venecia. El barón contesta con calma:

-Hablemos francamente, milord. Si desea que me vaya de su casa dígalo y me iré en el acto.

Milord se vuelve hacia su mujer y le pregunta si podría soportar el dolor de la ausencia de su hermano, pronunciando con insultante énfasis la palabra hermano. La condesa continúa guardando su impenetrable compostura; nada en ella delata el mortal odio con que mira al aristocrático canalla que la ha insultado.

-Tú mandas en tu casa -es todo cuanto dice-, y puedes hacer lo que te venga en gana.

Milord mira a su mujer y luego al barón, y cambia repentinamente de tono. ¿Ha observado, bajo la compostura de los dos hermanos, alguna oculta amenaza? Es probable, pues se excusa por el lenguaje usado. Las excusas de milord son interrumpidas por la llegada del guía con los limones y una vasija con agua caliente. La condesa advierte por primera vez que el guía parece enfermo. Sus manos tiemblan al poner los objetos en la mesa. Milord ordena al sirviente que le siga y haga la limonada en su dormitorio. La condesa observa que el guía no parece muy capaz de hacer nada en ese momento. Al oírla, el guía declara que se siente enfermo. Sufre también un catarro. Siente escalofríos y pide permiso para meterse en la cama un par de horas. Por pura humanidad la condesa se brinda a preparar la limonada. Milord coge al guía por un brazo y desliza estas palabras en su oído:

-Cuida de que no pongan nada en la limonada; tráemela tú, y luego te irás a la cama si quieres.

Y sin decir una palabra más, milord sale de escena. La condesa hace la limonada y el guía la lleva a su amo. Al dirigirse a su cuarto se siente tan débil que tiene que apoyarse en los muebles que halla a su paso. El barón, siempre considerado, aun con las personas de baja extracción, le ofrece el brazo.

-Mucho me temo, amigo mío -le dice-, que está usted realmente enfermo.

El guía da esta extraordinaria respuesta:

-Todo ha concluido para mí, señor; esto significa la muerte.

La condesa se sobresalta.

-¡Pero usted no es viejo! -dice tratando de animar al enfermo-, y a su edad un constipado no debe inspirar tan serios temores.

El guía fija en la condesa sus ojos desesperados.

-Mis pulmones son débiles, milady, he padecido ya dos bronquitis. La segunda vez, un famoso médico celebró consulta con el facultativo que me asistía. Me dijo que tuviese mucho cuidado, pues al tercer ataque podía darme por muerto. Siento los mismos escalofríos que las otras veces, milady... He venido a encontrar la muerte en Venecia.

Diciéndole algunas frases de consuelo, el barón le acompaña hasta su cuarto. La condesa queda sola en escena. Se sienta y mira hacia la puerta por donde ha salido el guía.



Librodot

-¡Ah, pobre amigo -dice-, si pudiese cambiar tu constitución con la de milord, qué feliz desenlace para el barón y para mí! ¡Si pudieses curarte con una limonada caliente y él morir en tu lugar!

Se detiene de pronto, reflexiona un momento, y se pone de pie lanzando un grito de triunfante sorpresa; la admirable, la sin par idea ha cruzado su mente como un relámpago. ¡Hacer que los dos hombres cambien de nombre y de lugar, y el plan queda consumado! ¿Dónde están los obstáculos? Sacar a milord de su habitación y tenerle secretamente prisionero en el palacio, para vivir o morir según las circunstancias impongan. Colocar al guía en el lecho de milord y llamar al médico para que le visite, enfermo, y si muere, que lo haga bajo el nombre de milord.

El manuscrito cayó de las manos de Henry. Estaba horrorizado y sobrecogido. La pregunta que se había hecho al terminar el primer acto tomaba ahora un nuevo y terrible sesgo. ¿Era el monstruoso complot fruto tan sólo de la desequilibrada mente de la condesa? ¿O se había ilusionado con la idea de que estaba creando, cuando escribía realmente bajo la influencia de su culpable recuerdo del pasado? Si la última interpretación era correcta, había leído el premeditado asesinato de su hermano, tramado a sangre fría por la mujer que en aquel momento vivía bajo su mismo techo. Y para que la fatalidad fuese más completa, Agnes, inocentemente, había proporcionado a los cómplices al único hombre idóneo para representar un papel pasivo en el drama. La duda de que pudiera ser así se le hizo insoportable. Salió del aposento; resolvió saber la verdad por cualquier medio, obteniéndola de la condesa o a través de la justicia, a la que la denunciaría por asesinato.

En la puerta se tropezó con algunas personas, entre ellas el director; éste parecía estar sumido en la mayor desesperación.

-¡Oh, venga, Mr. Westwick! -dijo a Henry- ¡Fíjese en esto! No soy supersticioso; pero empiezo a creer que el crimen lleva envuelta una maldición con él. Este hotel está maldito. ¿Qué pasó esta mañana? Descubrimos que un crimen había sido perpetrado tiempo atrás en el palacio. Llega la noche y nos proporciona otro espantoso acontecimiento... una muerte; una muerte súbita y sorprendente. ¡Entre usted y convénzase! ¡Voy a dimitir de mi cargo, Mr. Westwick; no puedo ya con tantas fatalidades!

Henry entró en el cuarto. La condesa estaba tendida en su cama. El médico en un lado y la doncella en el otro, la contemplaban. De vez en cuando, un estertor estremecía su pecho.

-¿Se muere? -preguntó Henry.

-Ha muerto -contestó el doctor-. Ha sufrido un derrame cerebral. Sus estertores son puramente mecánicos... pueden persistir durante horas.

Henry miró a la doncella. Esta pudo decir muy poco. La condesa no había querido acostarse y se había sentado a escribir a la mesa. Viendo que no le hacía caso, la doncella acudió a consultar con el director. Se llamó al médico a toda prisa, y encontraron a la condesa en el suelo. Esto era todo. En el escritorio, Henry vio la cuartilla donde la condesa había escrito sus últimas líneas. Los caracteres eran casi ilegibles. Henry sólo pudo descifrar las palabras: "Primer acto" y "Personajes de la obra". La desventurada había estado pensando en su drama hasta el último momento, y había vuelto a empezarlo por la primera línea.

# XXVII

Henry volvió a su cuarto. Su primer impulso fue echar el manuscrito al canal. La única probabilidad de averiguar la verdad, y aliviar así su espíritu de la terrible certidumbre que lo oprimía, había desaparecido con la muerte de la condesa. ¿Qué alivio podría proporcionarle seguir leyendo? Comenzó a dar paseos por la habitación. Después de un breve intervalo sus pensamientos tomaron una nueva dirección; la cuestión del manuscrito se le presentaba bajo otro punto de vista. Su lectura le había informado de que el complot estaba tramado. ¿Pero cómo asegurar que hubiese sido llevado a cabo? El manuscrito estaba sobre el suelo. Lo recogió y, volviendo a la mesa, reanudó la lectura en el punto en que la había dejado:

Mientras la condesa estaba absorta en la atrevida, aunque sencilla, combinación de circunstancias que había forjado, entra el barón. Cree seria la enfermedad del guía y le parece necesaria la intervención del médico. En palacio no queda ningún sirviente. El barón irá en busca del médico si es necesario.

-Llamemos al médico, sea o no necesario -dice la hermana-; pero espera a que te explique algo.

Su proyecto electriza al barón. ¿Qué peligros pueden temer? La vida de milord en Venecia ha sido de reclusión; nadie, sino su banquero, le conoce. Y éste sólo lo ha visto un momento; el tiempo justo para reconocer su carta de crédito. Si ha salido alguna vez en góndola lo ha hecho absolutamente solo. El precavido barón escucha; pero todavía no da su opinión.

-Ve a ver qué puedes obtener del guía -dice-, y decidiré qué hacer cuando sepa el resultado. Puedo adelantarte un valioso detalle. Nuestro hombre es capaz de todo por dinero... si se le ofrece con abundancia. El otro día le pregunté, en broma, qué haría por cinco mil libras. Me contestó que todo. Tenlo presente y ofrécele sin reparos.

Cambio de decorado; habitación del guía, y éste con un retrato de su mujer en la mano, llorando. Entra la condesa. Comienza por mostrarse muy afable con su pretendido cómplice. Él se muestra agradecido y confía sus penas a la bondadosa señora. Creyéndose en el lecho de muerte, siente remordimientos por el trato poco cariñoso que ha dado a su mujer. Está resignado a morir; pero se desespera al pensar que la deja en la miseria, a merced del mundo.

-Supongamos -dice la condesa, aprovechando la oportunidad-, que le pidiera hacer una cosa muy sencilla, y supongamos que por ello se le recompensara con mil libras esterlinas...

El guía se incorpora sobre el lecho, y mira a la condesa con una expresión de incrédula sorpresa. No puede ser tan cruel milady (piensa él) para burlarse de un desgraciado. ¿Quiere contarme, milady, cual es esa sencilla cosa que merece tan magnífica recompensa? La condesa explica al guía sus propósitos sin la menor reserva. Siguen algunos momentos de silencio. El guía no quiere contestar sin antes reflexionar. Sin quitar los ojos de la condesa, hace algunas inocentes observaciones sobre lo que ha oído.

-Nunca he sido lo que se llama un hombre religioso; pero me siento inclinado a serlo. Ahora que la veo empiezo a creer en el diablo.

La condesa trata de tomar a broma esta confesión de fe. No se ofende. Únicamente dice:

-Le doy media hora para que piense mi proposición. Está usted en peligro de muerte. Decida si quiere morir dejando a su mujer en la miseria o con mil libras.

Al quedarse solo, el guía considera seriamente su posición. Se decide. Se levanta trabajosamente; escribe unas cuantas líneas en una hoja de papel, y con paso vacilante sale del cuarto. La condesa, terminado el plazo, vuelve a la habitación del guía y no encuentra a nadie. Cuando, alarmada, va a salir, el guía entra. ¿Qué ha ido a hacer?

-Preservar mi vida -contesta-, en el dudoso caso de que cure de mi tercera bronquitis. Si usted o el barón intentan acelerar mi salida de este mundo o negarme las mil libras prometidas, el médico sabrá dónde puede encontrar un papelito en el que se denuncia todo el plan. Quizás no me queden fuerzas para hacer yo mismo la denuncia, pero puedo emplear mi último aliento pronunciando la media docena de palabras que pondrían al médico sobre la pista.

Con este audaz preámbulo impone las condiciones mediante las cuales tomará parte en la trama. La condesa y el barón deben probar todos los alimentos que se le destinen, en presencia suya, y aun las medicinas que el doctor prescriba. Por lo que respecta al dinero debe dársele en un billete de banco envuelto en un papel en el cual se escribirán unas líneas que él dictará. Ambas cosas se encerrarán en un sobre, dirigido a su mujer, y dispuesto para echar al correo. Esto hecho, la carta se pondrá debajo de su almohada. El guía tenía su conciencia, y para mantenerla tranquila debía dejársele en la ignorancia sobre cómo se desarrollara el complot, no porque le importase lo que pudiese ser de su sórdido amo, sino porque no estaba dispuesto a cargar con responsabilidades ajenas. Aceptadas las condiciones, la condesa llama al barón, que en un aposento contiguo esperaba el resultado. Se le informa de que el guía ha caído en la tentación; aun así, es demasiado prudente para hacer observaciones comprometedoras. Vuelto de espaldas a la cama, entrega un frasco a la condesa. El rótulo dice: "Cloroformo". Ella comprende que milord saldrá inconsciente de su habitación. ¿En qué parte del palacio iban a encerrarlo? Cuando abren la puerta para salir, la condesa se lo pregunta a su hermano.

-¡En los sótanos! -contesta el barón en voz baja. Y con estas palabras cae el telón.

# XXVIII

Así terminaba el acto segundo. Al pasar al tercero, Henry miró las páginas con fatiga. Comenzó sentir que necesitaba reposo, tanto moral como físicamente. La última parte del manuscrito era distinta de lo que ya había leído. Señales de un evidente cansancio cerebral se veían aquí y allá a medida que la obra iba llegando a su fin. La letra se hacía cada vez más confusa. Algunos párrafos no finalizaban. En los diálogos, las preguntas y respuestas no pertenecían siempre al verdadero interlocutor. A intervalos, la menguada inteligencia de la escritora parecía remontarse de nuevo, pero para volver a caer otra vez perdiendo el hilo de la narración. Después de haber leído dos o tres de los pasajes más coherentes, Henry comprendió que no podía ir más allá, y se dejó caer exhausto en la cama. La puerta se abrió casi en el mismo momento. Lord Montbarry entró en la habitación.

-Acabamos de llegar de la ópera -dijo- y nos han dado la noticia de la muerte de esa desgraciada. Me han dicho que habías hablado con ella un rato antes. ¿Qué ha ocurrido?

-Sabrás lo que ha ocurrido -contestó Henry-, y algo más. Tú eres el cabeza de familia, Stephen. En la situación en que me encuentro debo dejar en tus manos este asunto.

Luego explicó a su hermano cómo el drama de la condesa había llegado a sus manos.

-Lee unas cuantas páginas -dijo-. Necesito saber si produce en los dos la misma impresión.

Antes de que hubiese llegado a la mitad del primer acto, lord Montbarry se detuvo y miró a su hermano.

-¿De dónde diablos ha sacado que todo esto era pura invención? -dijo-. ¿Tan desequilibrada estaba para no recordar que todo sucedió como lo cuenta?

Esto le bastó a Henry; ambos creían lo mismo.

-Haz lo que quieras -dijo-, pero te aconsejo que te ahorres la lectura de lo que sigue. Ahí está descrita la terrible expiación de nuestro hermano por su disparatado matrimonio.

-¿Lo has leído, Henry?

-Todo no. Me horroriza leer la última parte. Ni tú ni yo sabíamos gran cosa de nuestro hermano mayor, y yo no me he abstenido de censurar su canalla proceder con Agnes; pero al leer la confesión del complot de que fue víctima, recuerdo con cierto remordimiento que la misma madre nos dio el ser. He sentido por él esta noche, me avergüenza confesarlo, lo que no había sentido nunca.

Lord Montbarry posó una mano sobre la de Henry.

-Eres un buen muchacho -dijo-; ¿estás seguro de que no te estás martirizando sin necesidad? Porque algunos hechos sean verdaderos, ¿hemos de concluir que todo lo es?

-¡Aquí no cabe duda posible! -exclamó Henry.

-¿Que no cabe? -repitió su hermano-. Seguiré leyendo, Henry... No sé qué justificación puede tener una opinión tan concluyente.

Leyó sin detenerse hasta el final del segundo acto.

-¿Crees realmente -preguntó entonces- que los restos encontrados esta mañana pertenecen a nuestro hermano?

Henry, silenciosamente, hizo un signo afirmativo.

-No has leído las últimas páginas del manuscrito -dijo lord Montbarry-. No seas niño, Henry. Si persistes en prestar fe a semejante bobada, lo menos que puedes hacer es convencerte de pleno. ¿Quieres leer el tercer acto? ¿No? Pues te lo leeré yo.

Buscó de nuevo la página y leyó los pasajes que podían entenderse.

La escena se desarrolla en los sótanos del palacio -empezó-. La víctima de la conspiración duerme en su miserable lecho, y la condesa y el barón estudian la situación. La condesa ha conseguido dinero, ultimando un empréstito sobre sus alhajas depositadas en Frankfurt, y el doctor ha declarado que milord (el guía), puede salvarse. ¿qué harán los dos cómplices si aquel hombre se cura? El precavido barón propone dejar en libertad al prisionero. Si apelase a los tribunales sería fácil probar que milord está sujeto a extrañas manías, apelando al testimonio de su esposa. Por otra parte, si el guía muere, ¿cómo quitarse de encima al secuestrado? ¿Dejándole morir de hambre en su mazmorra? No; el barón es hombre de refinado gusto y odia la crueldad innecesaria. ¿Asesinado por un sicario? El barón no quiere confiar en otro cómplice, ni gastar un dinero que a él le hace falta. ¿Echarán el prisionero al canal? Tampoco, el agua saca los crímenes a la superficie. ¿Harán arder la cama en que yace? Excelente idea, pero el humo podría denunciarlos. No; el veneno es el mejor medio que puede emplearse; se le envenenará. ¿Es posible, Henry, que puedas creer que esta conversación tuvo lugar?

Henry no contestó. Las sucesivas preguntas que acababan de ser leídas coincidían con el contenido de los sueños que habían aterrado a Mrs. Nortbury durante las dos noches que pasó en el hotel. Era inútil apuntarle esta coincidencia a su hermano.

-Continúa -dijo tan sólo.

Lord Montbarry pasó algunas páginas hasta encontrar un párrafo inteligible.

-Aquí -dijo-, se da una doble escena, si no me equivoco. El doctor, extendiendo inocentemente el certificado de defunción del supuesto lord en la cámara mortuoria, y en el sótano el barón ante el cuerpo del asesinado lord, preparando un potente ácido para reducir el cadáver a un montón de cenizas. ¡Seguramente no vale la pena que nos molestemos descifrando semejantes horrores! ¡Echémoslo al canal!

Pero empezó de nuevo a pasar hojas, tratando en vano de descubrir el significado de las confusas escenas que seguían. En la última página encontró dos o tres párrafos legibles.

-El tercer acto -dijo-, está dividido, me parece, en dos cuadros. Creo que podré leer el principio del segundo. El barón y la condesa abren la escena. Las manos del barón están misteriosamente enguantadas. Ha reducido, por su sistema de cremación, el cuerpo a cenizas, excepto la cabeza.

Henry interrumpió aquí a su hermano.

-¡No sigas leyendo! -exclamó.

-Queda poco que pueda leerse -insistió lord Montbarry-. Haber volcado la vasija del ácido ha producido grandes quemaduras en las manos al barón. Debido a ello le es imposible proceder a la destrucción de la cabeza, y la condesa no es capaz (con toda su maldad) de continuar su tarea. En este momento llegan las primeras noticias de la próxima llegada de una comisión investigadora, enviada por las compañías de seguros. El

barón no siente temor. La muerte natural del guía, usurpando la personalidad de milord, les pone a cubierto de toda sospecha. No habiendo sido destruida la cabeza, lo lógico es ocultarla, y el barón sabe dónde. Sus pesquisas en la antigua biblioteca del palacio le han hecho conocer un escondite seguro. La condesa puede sentir repugnancia a manejar los ácidos, pero seguramente no la tendrá para rociar la cabeza con unos polvos desinfectantes...

-¡Basta! -reiteró Henry-. ¡Basta!

-No veo nada más que pueda leerse. La última página parece el colmo del delirio. ¡Tenía razón al decirte que su inspiración se había evaporado!

-Dime la verdad, Stephen, ¿qué piensas?

-Tus nervios están alterados, Henry -contestó milord-. Y no es de extrañar después de lo que descubriste bajo la chimenea. No discutamos ahora; esperemos unos días a que te recobres completamente. Entretanto pongámonos de acuerdo en una cosa. ¿Me dejas, como cabeza de familia, decidir qué debe hacerse con este manuscrito?

-Sí.

Lord Montbarry cogió el cuaderno y lo echó a la chimenea.

-Al menos que sirva para algo. El cuarto está frío... que el drama de la condesa ayude a que haya algo de calor.

Esperó un momento al lado del hogar y volvió después junto a su hermano.

-Ahora, Henry, una última palabra y daré esto por terminado. Estoy dispuesto a admitir que has tropezado, por una desgraciada coincidencia, con la prueba de un crimen cometido en el palacio, nadie sabe cuándo. Admitido esto, niego todo lo demás. En lugar de aceptar tu opinión debemos negar que haya ocurrido nada. Las sobrenaturales influencias que alguno de nosotros hemos experimentado... tu pérdida de apetito, los terroríficos sueños de nuestra hermana, el hedor que hizo huir a Francis y la cabeza que se le apareció a Agnes... declaro que son raras ilusiones. ¡No creo nada, nada, nada!

Abrió la puerta como para retirarse y desde allí continuó.

-Sí..., en una cosa creo... Mi mujer ha tenido cierta confidencia... creo que Agnes no te negará su mano. ¡Buenas noches, Henry! Mañana a primera hora salimos de Venecia.

Y así lord Montbarry dio por finalizado el misterio del hotel encantado.

# POST SCRIPTUM

Sólo un último medio, cuya pieza esencial aún continuaba en posesión de Henry, podía utilizarse para dirimir la diferencia de opinión que existía entre su hermano y él. Sabía muy bien qué hacer con los dientes postizos en cuanto llegase a Inglaterra.

La única persona que podía rememorar las viejas historias de la familia era la nodriza de Agnes Lockwood. Henry aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para tratar de refrescar sus recuerdos sobre el difunto lord Montbarry. Pero la anciana no había perdonado su conducta con Agnes. Se negó a recordar nada que tuviera relación con él.

-La sola vista de milord, cuando me lo encontré en la calle -dijo la nodriza-, me llenó de indignación. Había ido a hacer un recado y le vi salir de casa de un dentista...

Henry la interrumpió para preguntarle si recordaba dónde estaba aquel dentista. Lo recordaba... ¿acaso creía Mr. Henry que había perdido sus facultades por haber alcanzado los ochenta años? Le dio las señas. Ese mismo día Henry llevó los dientes a la consulta. Cualquier duda quedó disipada. Los tres dientes le habían sido implanta dos a lord Montbarry. Henry jamás reveló a nadie este último eslabón de la cadena de descubrimientos, ni siquiera a su hermano. Aquel terrible secreto le acompañó a la tumba. El mismo silencio guardó sobre otro acontecimiento igualmente doloroso. Mrs. Ferrari jamás supo lo que había sido de su marido; tampoco, pues, que había sido cómplice de la condesa. Continuaba creyendo que el difunto lord Montbarry le había enviado el billete de mil libras, y seguía sin hacer uso de esa cantidad, que consideraba "el precio de la sangre de su esposo". Agnes, de acuerdo con ella, entregó el dinero al Hospital Infantil.

La boda se celebró durante la primavera siguiente. Por deseo de Agnes sólo asistieron a la ceremonia los miembros de la familia; las tres niñas fueron sus damas de honor. No hubo banquete nupcial, y los recién casados pasaron la luna de miel en una apartada granja a orillas del Támesis. Durante los últimos días de estancia de la feliz pareja junto al río las niñas de lord Montbarry fueron invitadas a pasar un día con ellos. La mayor oyó (y contó lo que oyó a su madre) un breve diálogo conyugal con referencia al hotel encantado.

-Henry, dame un beso.

-Ahí va, querida.

-Ahora que ya soy tu esposa, ¿puedo preguntarte algo?

-¿Qué quieres saber?

-Se trata de lo ocurrido un día antes de nuestra salida de Venecia. Viste a la condesa en las últimas horas de su vida. ¿Te hizo alguna confesión?

-No conscientemente. Y en cualquier caso no dijo nada que merezca la pena repetir.

-¿No dijo nada de lo que vio u oyó aquella espantosa noche en mi cuarto?

-Nada. Lo único que sabemos es que su mente no se recobró de lo que debió sufrir.

Agnes no se dio por satisfecha. Aunque breve, la relación que sostuvo con su infeliz rival la llevaba a hacerse preguntas que no podía contestar.

Recordaba lo que le había dicho la condesa: "Usted me conduce fatalmente al día del descubrimiento y al castigo que merezco". ¿Habría equivocado aquella predicción? ¿O se había cumplido en la memorable noche de la aparición?

Fuera como fuese, entre las virtudes de Mrs. Westwick se encontraba la de no intentar persuadir a su marido de que le revelase sus secretos. Agnes era una mujer chapada a la antigua.

¿Y esto es todo? Esto es todo.

¿Existe alguna explicación al misterio del hotel encantado?

Pregúntate tú mismo, querido lector, si existe explicación al misterio de la vida y de la muerte.